

APÉNDICE I: IMAGEN QUE LOS PRIMEROS REDENTORISTAS SE FORMARON DE VENEZUELA

El título de este apéndice es demasiado pretencioso para el material que vamos a manejar. Hubiera sido un capítulo sumamente interesante del libro si se hubiera dispuesto de material adecuado y tras una buena y minuciosa investigación. Pero, a falta de todo esto, al menos he querido colocarlo, no con la categoría de capítulo de un libro, sino sólo como un apéndice testimonial, para recoger algunos testimonios de los fundadores, publicados, casi en vivo, en la revista “El Perpetuo Socorro” de Madrid entre los años 1926 y 1932, en una sección muy leída y comentada por los lectores de la Revista, y con seguridad bastante compartida por los primeros misioneros redentoristas de Venezuela, ya que sin duda todos ellos la leyeron e intercambiaron impresiones en sus tertulias con los autores.

Y presentamos esta imagen de Venezuela desde tres ángulos: Venezuela vista desde Los Andes, desde Los Llanos y desde las Misiones.

1) Imagen documentada:

Antes de escribir primero se documentaron. Aunque haya errores tipográficos y los datos no se correspondan punto por punto con los que hoy en día, casi un siglo después, se conocen con mayor exactitud, sin embargo, no deja de ser una visión muy objetiva y estudiada del momento. Veamos este testimonio:

«No mirarán mal los lectores de EL PERPETUO SOCORRO el que hoy me permita hacer una descripción sucinta, a vista de pájaro, de la Republica de Venezuela, nuestro campo de Misiones. Antes lo hubiera hecho, mas quise informarme mejor y reunir más datos para, de este modo, presentar ante mis lectores, en trazos más breves y claros, el cuadro sintético de la patria de Bolívar.

Venezuela está situada al norte de la América del Sur, entre 1° y 8° y 12° y 16° de latitud boreal y 8° y 19° de longitud este y al oeste del meridiano de Caracas, su capital.

Confina, por el norte, con el mar Caribe y el océano Atlántico; por el este, con el mismo océano y la Guayana inglesa; por el sur, con el Brasil, y por el oeste, con la República de Colombia.

Sus dimensiones son: de norte a sur, 1.100 kilómetros de largo, y de ancho de este a oeste, 1.480 kilómetros. Tiene un perímetro de 6.000 kilómetros; su superficie alcanza a 1.020.400 kilómetros cuadrados, con una población que oscila en 3.027.000 habitantes.

Desde el punto de vista climatérico y de sus alturas sobre el nivel del mar, Venezuela se divide en tres zonas: la fría, que empieza desde una altura de 2.000 metros y termina en las cumbres nevadas; la templada, que comienza desde los 2.000 metros hasta los 600, y la cálida, desde estos 600 metros hasta el nivel del mar.

La región de los llanos, que está comprendida en esta última zona, es insalubre, no tanto por el calor como por los innumerables pantanos y caños que se forman durante la estación de las lluvias.

Desde el punto de vista de sus producciones naturales, la República de Venezuela se divide también en tres zonas: la agrícola, situada al norte. Los frutos principales de esta zona son: cacao, café, caña, cocos, plátanos, algodón, patatas, fréjoles, maíz, arvejas, garbanzos y otros más. Las frutas de esta zona son la piña, parchas, guanábana, nísperos, aguacate, chirimoya, lechosas y cien más. Hay también ricas canteras de mármol, piedra y asbesto; se hallan aguas minerales. Mide toda esta zona más de 250.000 kilómetros cuadrados.

La zona pecuaria la forman los llanos y las mesetas. Los llanos son inmensas sabanas, parecidas a la pampa argentina, y llamamos mesetas a las partes elevadas de los llanos. La más notable por su extensión, casi erial, es la de Guanipa, en el Estado Anzoátegui, que tiene 150 kilómetros de largo por 30 de ancho. Sirven de semioasis a Guanipa las pintorescas frondas de morichales y mantecales que se enfilan a lo largo de las márgenes de los ríos que la cruzan.

Además de los pantanos, caños y lagunas mortíferas que se forman con las aguas invernales, acontece también que la creciente del Orinoco represa a la del río Apure y éste a la del Portuguesa, a la del Santo Domingo y a la de los otros afluentes, desbordándolos. Estas aguas inundan las sabanas, conocidas con el nombre del Bajo Apure, hasta formar un inmenso lago, donde se ahogan los ganados que no fueron llevados a los invernaderos o que no tuvieron la suerte de retirarse a las islas que emergen de este temible lago.

La zona de los bosques, llamada también virgen, porque hay en ella regiones que aun no ha pisado el hombre civilizado, tiene 365.000 kilómetros cuadrados de superficie.

Forman la zona virgen el Estado Bolívar y los territorios Delta Amacuro y Amazonas. Las fabulosas riquezas petrolíferas del Estado Zulia son una bagatela en comparación de las que se hallan en esta zona de los bosques. Su territorio es fertilísimo; abundan las minas de oro y demás metales, a más de ser un bosque extenso y espeso de bosques, de plantas preciosas y medicinales; bosques de caucho, de serapia, balatá, pendare, chicle y palo de oro; bosques del árbol de la quina, del de la cola, serpentaria, fruta del pan, copaífero, algarrobo, incienso, canelo; y todas estas selvas están entrelazadas por las tupidas lianas y bejucos terapéuticos, entre los que se encuentra el mavacure, cuyo principio activo es la estricnina.

Estos bosques están habitados por tribus aborígenes. Los guaraunos del delta del Orinoco, indios ictiófagos, son inteligentes pescadores. Construyen estacadas y exclusas de paja y juncos a la boca de los caños en el tiempo de las lluvias, y al retirarse las aguas en el verano dejan amontonados en dichos obstáculos innumerables peces, de que se alimentan y viven. Estos indios mantienen a sus hijos recién nacidos con sagú, fécula extraída de la palma moriche, que los misioneros denominaban pan de la vida.

Del cogollo de esta planta sacan también unas fibras muy resistentes con que hacen sus hamacas y morrales, así como de las hojas fabrican sombreros y estereras.

Entre las no pocas tribus que viven en esta parte de Venezuela se distinguen los piaroas, por la habilidad con que pasan en sus piraguas los peligrosos saltos y raudales de los ríos caudalosos. Los banivas, que ocupan las selvas que bañan el Guaviare y el Atabapo, se ocupan en la explotación del balatá y el caucho.

En el Estado Zulia existen todavía puros los primitivos aborígenes, representados por las tribus de los motilones, guajiros y paraujanos. Los guajiros, por el contacto que han tenido con la civilización, van perdiendo mucho de su salvajismo; se dedican a la cría de caballos preferentemente, y es fama que éstos son de gran coraje y resistencia.

En el Estado de Anzoátegui se encuentran aún los aguerridos caribes, oriundos del Brasil, de donde partieron para el norte, arrollando y sometiendo a las tribus que encontraron a su paso por Venezuela.

Los sistemas de montañas venezolanos son tres: el de los Andes, el de la Costa y el de la Parima.

El sistema de los Andes comienza en el páramo de Tama, cerca del Nudo de Pamplona en la frontera colombiana, y a poco de su punto de origen se divide en dos cadenas: una hacia el norte, y llega hasta el fin de la península de la Guajira; la otra se dirige al nordeste, terminando en el Estado Lara, en cuyo término arrancan las sierras del Estado Falcón y las del litoral de la costa.

De los montes andinos nacen los caudalosos ríos llamados Motatán, Chama, Escalante, Catatumbo y Zulia, que desembocan en el lago de Maracaibo, y el Acarigua, el Portuguesa, el Guanave, el Santo Domingo, el Canaguán y el Caparro, que desaguan en el Apure y en el Orinoco; tienen también sus fuentes en la cordillera andina. Sus cumbres más elevadas, coronadas siempre de nieve, son: la Columna, de 5.002 metros de altura; la Corona, con sus dos cimas; Humboldt, de 4.942 metros, y Bompland, de 4.883 metros. El pico de Garza de la Concha se eleva a 4.922 metros.

El sistema de la Costa está formado por la gran cadena de montes que corre paralela a la costa del mar, y parte desde la montaña del Altar, cerca de Barquisimeto, hasta el promontorio Pavía en el Estado Sucre. Esta cordillera alcanza la extensión 800 kilómetros.

La tercera cordillera, llamada de Parima, arranca en los límites del Brasil y se extiende por el Estado Bolívar y el territorio Amazonas. Su estructura es un conglomerado heterogéneo de montes selváticos y de rocas peladas; mide 20.000 hectáreas.

Numerosos y majestuosos ríos surcan por todas partes este sistema; entre ellos, sobresalen el soberbio Orinoco, el Meta, el Guanave, el río Negro, el Caroní y otros cien.

El rey de los ríos venezolanos es el Orinoco, que recorre 2.374 kilómetros, de los cuales 2.200 son navegables. La mayor anchura, del Orinoco es de 22 kilómetros, frente a Picoa y San Rafael Barrancas. Tiene 436 ríos y 2.000 riachuelos tributarios que aumentan considerablemente su ya caudalosa corriente. Los ríos Apure, Guaviare, Meta y Caroní, tienen más de 1.000 kilómetros de largo.

Para terminar, diré tan solamente que Venezuela se divide políticamente en 20 estados (provincias), dos territorios federales y un distrito federal. De su religión y división eclesiástica hablaremos otro día»³⁰³.

2) Desde los Andes venezolanos:

«Por más que amontone metáforas sobre metáforas, por más que quiera con párrafos los más brillantes describirte, caro lector, la grandeza de los Andes, no lo conseguiré. Son demasiado grandes para encuadrarlos en estas pobres cuartillas mías.

Quien los contempla en día sereno y límpido, a la altura de tres o cuatro mil metros sobre el nivel del mar, calla, porque teme desdorar tanta sublimidad. Esta cadena de

³⁰³ JOSÉ F. POSADO, “De nuestros Misioneros. Venezuela. Algo de Geografía y un poco de Etnografía”, en: *El Perpetuo Socorro*, Madrid, N° 367, 1929, págs. 24-27

gigantes, que se van dando la mano unos a otros, forman una cordillera original y rara. Su estructura es cosa aparte: no presentan las formas que los otros montes. En los Andes todo es violento, impetuoso, sin orden. Las cimas se amontonan unas sobre otras, escalando la altura de los cielos en pugilato de titanes; las faldas y estribaciones son poco extensas; pero su ascensión es, rápida, abrupta, empinadísima. Por lo regular, sus crestas carecen de vegetación; algunas brillan con la blancura de sus nieves perpetuas, dando al paisaje de los trópicos una modalidad sorprendente.

Los ríos, sobre sus lechos rocosos, saltan, brincan, se precipitan rápidos hacia la llanura y a duras penas se consiguen algunos peces en sus aguas, que, por lo regular, son sanas y dulces.

El clima de la región andina es bueno, sobre todo en los valles donde ni el calor es fuerte ni el frío riguroso.

Los Andes es la parte más saludable y apetecible, hoy por hoy, de Venezuela, por razón de su excelente temperatura. Sus habitantes, dados a la agricultura, son los más sanos y robustos de la república.

De su religión te darás cuenta, caro lector, si pones tus ojos en estas anécdotas misionales que, a vuela pluma, te voy a decir.

Una mujer paupérrima y de oficio lavandera se acercó una mañana a la casa cural toda alegre y alborozada, y, dirigiéndose al P. Misionero, le dice: “Hoy es para mí el día más feliz de mi vida. He confesado y comulgado, lo que no había hecho nunca, santo Padre misionero... ¿Qué más puedo desear? Cuando se dijo que iban a venir sus mercedes a misionar estos campos, me dije: pues yo sí que me he de aprovechar de las misiones, aunque para ello tenga que empeñarme para siempre jamás. Y me he confesado y he comulgado; por eso estoy tan contenta. Poco importa, santo Padre misionero, que me haya empeñado para toda mi vida en el comercio comprando un vestido por diez reales. ¡Dios sabe cuándo pagaré mi deuda, estando la vida tan cara! Pero, en fin, entienda su merced, santo Padre misionero, que yo confesé y comulgué y asistí a las misiones con mi vestido nuevo.... Que mi Señor Jesucristo eso y mucho más se merece...”

Los aeroplanos militares hicieron un rápido y atrevido vuelo de exploración por las regiones andinas a fines del año 29... La gente de los campos, que apenas tiene noticia de tales aviones, al verlos muy de mañana pasar volando sobre sus caseríos y campiñas, se llenaron de pavor.

Las diez de la mañana serían cuando nos llamaron al recibidor del convento unas buenas mujeres.

Al vernos exclamaron angustiadas: “¡Ay, santos misioneros!, venimos muy temerosas a hacer confesión de promesa. Porque, ¡ay, santos Padres!, estando recogiendo café, sentimos un ruido muy feo que venía del norte; miramos y vimos unos pajarracos muy grandes y muy refeos; tantico con su pico por delante y tantico con su rabo por detrás. Nosotras, al verlos y oírlos con un ruido tan refeo, nos espeluznamos, y, aterradas dejamos caer al suelo las cestas del café. Unas rezábamos, otras prendíamos velas a los santos: éstas corrían despavoridas, aquéllas caían desmayadas, y todas, perplejas, asustadísimas, nos abrazábamos, como si viniera el fin del mundo. No sabíamos qué hacer, si llorar o reír. ¡Tan temerosas estábamos! Por fin, cuando pasaron aquellos temidos pájaros, nos sosegamos un poquito y nos dijimos: vamos a ver lo que nos dicen los santos misioneros, porque puede suceder que venga el fin del mundo, como ellos explicaban en las misiones”.

Muy consoladas se fueron las buenas campesinas con las explicaciones que les dimos de los aeroplanos, y nosotros alabamos a Dios que pone tanta bondad en los corazones sencillos de esta gente tan cristiana.

Estaba descansando de la brega de las confesiones un Padre misionero en la sacristía, cuando hete aquí que, sin pedir licencia, se entra un hombre no mal trajeado y como de unos cincuenta años, y sin más preámbulos, exclama: -señor Padre misionero, me quiere confesar. -Está bien, le respondió éste. -Pero entienda su merced, replicó el hombre, que yo no sé el rezo de la confesión... -No importa, ya se lo haré yo, repuso el Padre. -Lo peor es que yo no sé escribir, señor misionero. -Hombre, para confesarse no es necesario saber escribir, añadió el confesor. -Pero, santo misionero, si tampoco sé leer. -Está bueno, interpuso el Padre; mire, aunque usted no sepa leer, yo haré que usted haga una buena confesión, le dijo el Padre misionero. -Pero que decir... los pecados... ; que tengo reparo, santo Padre, ¿entiende? Por eso, mi santo Padre, traigo aquí todas mis culpas, para las vea su merced. -Y, sacando una cajetilla de tabaco usada, deja caer lentamente sobre la palma de la mano izquierda unos granos de maíz, y, mirando al Padre, exclama: -Mire su merced, aquí están mis pecados; son siete, cuatro de maíz y tres de arvejas. -Pero ¡cómo! ¿Estos son sus pecados?, preguntó intrigado el misionero. -Sí, santo Padre, éstos, éstos son. Para no olvidarme de ellos, los he señalado con estos granos, contestó el penitente; y prosiguió diciendo: Ve su merced este grano de maíz más grande y gordo que los demás, pues es el pecado más grande que tengo en mi vida. Aquel otro grano seco y flaco son unas miserias de pecados que hice de muchacho, y los demás, por no dejar, Padre, por no dejar. -¿Y las arvejas? inquirió el Padre misionero. - ¡Oh! Las arvejas, respondió el hombre, ya puede imaginarse su merced que son cosas más pequeñas; y como ve, son tres solamente. Así que, señor Padre, ¿me podré confesar? -Sí, hombre, si se puede confesar con estos siete granos... -Y, ayudado por el Padre, hizo una buena y sincera confesión.

Otra mujer, al colocarse en el confesonario, entregó al Padre misionero una cuerda de bramante llena de pequeños nudos. Aquí tiene su merced todos mis pecados, exclamó la penitente. Mire, santo Padre, tantos nudos, otras tantas culpas mías. Yo, cuando en casa, por los caminos y campo hago algún pecado, echo luego un nudo en el bramante, y así no me olvido de ellos. -Y estos dos nudos juntos, ¿qué significan?, preguntó el Padre. -¡Ay santo misionero!, repuso la mujer, qué van a significar, sino que ese pecado lo cometí dos veces. Y mire su merced: aquel otro más grande es un pecado muy remalo; pero, santo misionero, ya me perdonará su merced, porque su santidad es muy bueno.

Y cómo no se les va a absolver en nombre de Dios, cuando nos ponen en las manos su corazón, todo ingenuidad, y nos abren de par en par su alma sencilla, para que les perdonemos y queden livianitos, como ellos dicen...

Cuántos otros casos pudiéramos hilvanar, para nuestras crónicas, de esta buena gente de los campos y haciendas. Son el consuelo del misionero, porque en las ciudades no deja de reinar la indiferencia y la apatía en religión.

Que la Virgen del Perpetuo Socorro, a quien tanto aman estos buenos campesinos, los proteja y defienda siempre con su mano de bondad»³⁰⁴.

³⁰⁴ ANÓNIMO, "Por las cumbres de los Andes", en: El Perpetuo Socorro, Madrid, N° 391, 1931, págs. 61-64

«Una gira misional por la Cordillera andina de Venezuela.

El mejor encomio que pueda hacerse de las santas misiones, es sin duda el entusiasmo espontáneo que sólo su anuncio despierta en los pueblos de nuestras regiones. Hallaréis aquí individuos dominados de la gangrena del indiferentismo religioso; son plantas exóticas en nuestros pueblos de Venezuela, raras, gracias a Dios, pero pueblos indiferentes para la misión no los encontraréis en las sierras andinas, todo lo contrario, es de ver cómo la llegada del Misionero constituye en todas partes un acontecimiento de primera magnitud; de eso se habla en los hogares, eso se cuenta en los caminos, y hasta los más remotos caseríos llega el anuncio de la futura misión. Y aquel anuncio que el párroco hace en la misa de domingo de que “la Misión va a llegar”, es como un reguero de pólvora que se inflama, o como estampido de trueno que encuentra eco donde quiera hay una humilde vivienda. Maravilloso prestigio que lleva impreso la Obra por excelencia redentora de las santas Misiones.

Creemos, por tanto, que los lectores de EL PERPETUO SOCORRO leerán con agrado una breve reseña de la gira misional llevada a cabo en uno de los Distritos más interesantes del Estado de Mérida, llamado Torondoy, formado por las estribaciones de la Sierra andina y las vastísimas llanuras que rodean el gran lago de Venezuela: el Maracaibo.

La ciudad de Mérida de los Caballeros, porque tales debieron ser al estilo del Manchego, los que le dieron nacimiento, tiene dentro de sus muros una Comunidad de Misioneros Redentoristas, anidada al costado norte del vetusto templo de los Santos Agustín y Francisco. El empuje misional que el P. Arce y primeros compañeros dieron a la fundación es hasta hoy asunto de elogio y aplausos de todos los merideños.

Es un hermoso día de esos que un europeo llamaría primaveral, dos Misioneros (cuyos nombres de por sí de ningún interés, tal vez lo tengan para algún lector amigo), los Padres Fernández Posado, y García Ortega, previa la bendición que el Superior les imparte a la puerta del convento, entran en un humilde camión, el cual, tras innumerables vueltas y revueltas, los deja a la puerta de la aristocrática mansión de los Sres. Sánchez, digamos del Rey del Trigo en aquellas trojes venezolanas.

Muy de madrugada, a altas horas de la mañana, nuestros guías nos advierten que es menester encumbrar la sierra antes del medio día, sólo pena de cualquier peligro; y por tanto, celebrado el santo sacrificio de la misa, con toda premura montamos nuestras mulas y principiamos nuestra ascensión serpenteando por senderos pedregosos; el frío, que al principio era tolerable, va invadiendo nuestros miembros; es que íbamos sintiendo los efectos del continuo ascender y nos amenazaba ya el “emparamiento”, tan temido en Venezuela, y que consiste en la atrofia de los miembros, no tanto por el frío, cuanto por el enrarecimiento del aire. Eran las once y media cuando pisábamos el temible Pico de las Lajas; estaba cubierto de nieve. ¡Nieve! Todos los días la estamos mirando en los picos que coronan la ciudad de Mérida pero a la distancia de 15 km.; ahora la tenemos a nuestros pies; nos apeamos y a comer nieve; al instante acudieron a nuestra memoria los días de nuestra niñez. Son las doce meridianas y nos encontramos a una altura superior a 4.000 metros; el cielo es de un azul terso, hermoso, el horizonte que dominamos, limpio. Nuestro espíritu, intuitivamente turista, digamos en cristiano, admirador de la gran obra de la creación, se promete vistas encantadoras, cerros altísimos, valles de una vegetación loca, la inmensa llanura en que ríos caudalosos parecen dormir perezosamente; al fin, cortando el horizonte, las transparentes ondas del gran lago de Venezuela. ¡Cuánta belleza!

Mas hete, aquí que de repente una nubecilla (así me figuro yo la del Profeta Elías) se yergue de uno de aquellos descarnados picos y con una rapidez asombrosa se extiende en dimensiones gigantescas y en menos de un cuarto de hora, cual brochazo de mano airada,

tapa todo aquel cuadro encantador con una densa niebla, cual se me antoja serían las sombras de Egipto. ¡Oh!, las bellezas humanas qué pronto desaparecen ante una nubecilla del espíritu.

Cuatro horas llevábamos envueltos en aquella niebla, en medio de una lluvia de copiosa agua-nieve, con una temperatura bajo cero. Una cohetería que se oye cada vez más cercana, nos avisa que llegamos a lugar habitado: es el pueblecito de Mucúmpiz, estábamos ya sólo a 1.800 metros de altura sobre el lago; la niebla se rasga en inmensos jirones. Los picos de las montañas hacen semblanzas de titánicos gigantes que tocan las nubes con sus cabezas.

Mucúmpiz, aldea que nació el día de ayer, tiene ya aproximadamente 500 habitantes, toda gente de pastoreo y de labranza, no tiene más que una humilde capillita de bahareque, allí no hay torre, ni por tanto, campanas; el pueblo atiende para los actos religiosos al ronco sonido de un cuerno tocado por los mozos de más potentes pulmones.

Tienen por Patrono al sagrado Apóstol San Judas Tadeo, a quien veneran con un culto devotísimo, y entre otros cultos en su honor hay establecido desde tiempo inmemorial (dicen ellos) una Hermandad de escopeteros que llaman “La Sífica”, cuyos hermanos, formados en dos filas delante del Santo llevado en andas, hacen numerosos disparos de pólvora sin munición. Al frente de ellos marcha un alférez enarbolando una bandera azul y blanca y en las paradas que hace la procesión se acerca a la santa Imagen y previa una profundísima genuflexión, principia a hacer devotas piruetas, al mismo tiempo que con gran destreza hace girar la bandera entre el dedo pulgar y el anular, y esto es de riguroso ceremonial.

Pues bien, la misma Sífica y con el mismo ceremonial fue la que hizo los honores a la llegada de los Misioneros; detrás venían los niños y niñas, muy bien organizados y con banderitas. Al disponerse los devotos escopeteros a disparar enfrente de nosotros, que estábamos aún montados en nuestras mulas, nos dijeron que así debíamos quedar, puesto que no había munición, y que no era más que pólvora; pero ya se figura el lector el cosquileo de las mulas ante aquel disparo de escopetas y tercerolas a distancia de unos pasos de sus orejas, por lo que los Misioneros, atendiendo más al imperativo de la conservación que al ceremonial laico del alférez, nos apeamos de nuestras mulas de prisa y corriendo.

La gente de Mucúmpiz es verdaderamente buena y sencilla, con un tinte muy marcado de religiosidad, pero casi todos son muy pobres, como pobre es el terreno, por lo que no fue pequeña nuestra sorpresa al ver la hermosa iglesia que tienen en construcción.

No entraba en el plan del párroco que allí se diese la misión, sino que, como son tan buenos, dijo, “todos acudirán a la cabecera”. Téngase presente que la cabecera está a tres horas y media, por cuestas altísimas. Comprendimos los Misioneros que era aquello excesivo sacrificio para la pobre gente y, después de convencer al dicho párroco, acordamos predicar allí una Misión en toda regla, de donde resultó que se confesaron pasadas de 300 personas y el número de comuniones no bajó de 400, a más de haberse legalizado canónicamente un cierto número de matrimonios.

Una gigantesca Cruz de siete metros y medio, tosca y sencilla como el alma de aquellos aldeanos de Mucúmpiz, está diciendo al caminante que por allí pasó la paloma con el ramo de oliva de la paz: la Santa Misión»³⁰⁵.

³⁰⁵ COSME GARCÍA ORTEGA, “Una gira misional por la cordillera andina de Venezuela”, en: *El Perpetuo Socorro*, Madrid, N° 403, 1932, págs. 23-26 (continúa en el N° 406, del mismo año, págs. 157-161)

3) Desde los Llanos venezolanos:

A pesar de no ser las zonas típicamente llaneras los lugares más frecuentados por los primeros Misioneros Redentoristas, si es verdad que quedaron embelesados por la contemplación de la majestuosidad de las Montañas Andinas, sin embargo parecería que, a juzgar por los siguientes relatos, hubieran quedado fascinados y hasta cautivados por el embrujo del Llano y la imaginación efervescente del llanero. Digamos que al abrigo de los Andes *contemplaron...* y al amparo de los Llanos de horizontes infinitos *soñaron...*

«Allá los argentinos llaman a su gaucho rey de la pampa, nosotros los venezolanos damos el nombre de rey a nuestro llanero, porque él tiene el cetro de oro de estas inmensas sabanas; él pasea, arrastrando el manto señorial de su bizarria, por estas agrestes llanuras; él, coronado con la diadema del genio, calienta y vigoriza, ilumina y enaltece estos bosques y ríos inconmensurables, irradiándoles, generoso, los esplendores de su alma tropical.

Enérgico y audaz como el tigre que ronda su rancho, vigoroso y fuerte como el toro que muge escarbando en la tierra y poniendo pavor con sus astas aceradas, de músculos no menos acerados y enjutos, forjados al temple del sol sabanero, el habitante de nuestros llanos es la cristalización del tipo venezolano.

Si tiene el alma blanca como las plumas de las garzas, si es candoroso con la ingenuidad del cordero, si reza como un santo, si su corazón exhala fragante la poesía profunda y melancólica de los llanos, también es verdad que relampaguea aún más, mucho más su espíritu al sentirse señor de la sabana, al contemplar los dilatados horizontes tornasolados por la luz del sol al cruzar, machete en mano, las enmarañadas selvas, al vadear, impávido, los impetuosos y temidos ríos de sus amadísimos llanos.

El caballo cerril de la sabana es el compañero insubstituible del llanero; sin él no se le comprende... ¡Si es el centauro de la pampa! Cuántas veces se le ve cabalgando en la soledad de las llanuras, dominando el ímpetu salvaje de su corcel, que se desboca en loca carrera, azotando el flanco del sudoroso bruto con su “chaparro colorado”, flotando al viento su revuelta cabellera y dando vuelcos sobre los robustos hombros el sombrero “pelo de guama”, atado al cuello por grosero “barboquejo de guaral”.

En el amplio escenario de la pampa se temple su corazón animoso; nunca rehuyó el peligro; siempre estuvo pronto a las aventuras; jamás aceleró el paso de su caballo ante las furias del toro salvaje, porque sabe con la destreza de su lazo encadenarlo como a un cordero, porque sabe, “bayeta en mano”, acechar el instante propicio de tumbarlo en tierra para darse el inmenso placer de pisarle la testuz con su planta dominadora, de verlo vencido, impotente, atadas las cuatro patas, mientras que con su lanza le marca las dos orejas y le quema el flanco con el hierro enrojecido, declarándole su esclavo para siempre.

Y cuántas veces, en noches pavorosas, oculto en el espeso jaral, espera al tigre carnívor, que diezma su rebaño.

Con la lanza en ristre, espera a la fiera que rencorosa atraviesa la selva oscura, y veloz como el relámpago se la hiende por la mancha blanca del pecho, único punto visible en medio de las tinieblas.

Por la mañana regresa al rancho, cantando las sentidas canciones del llano, con la piel del tigre al hombro, destinada a lucir la gallarda armonía de sus colores bajo la hamaca de su dormitorio.

Para que veas, lector, por un resquicio siquiera, las vetas pujantes y recias de estos llaneros, quiero contarte algunas de las anécdotas que, como flores, he recogido en mis caminos de misionero...

La noche había sido lluviosa; el río había engrosado el caudal de sus aguas considerablemente, tanto, que batía con sus cenagosas olas las paredes del ranchito, hogar de amores y nido de alegrías... Maruja, al aire su negra cabellera, salió presurosa muy de mañana a hacer provisión de agua. Su padre, el señor Julián, al verla salir sin temor, la dijo precavido: “Acércate con precaución, ten cuidado, que el caimán viejo está de mal humor desde que le eché las entrañas de la ternera muerta; el sabor de la sangre le tiene alborotado”. Ella tal vez no oyó la advertencia de su padre, tal vez no temía al caimán, acostumbrada como estaba a verlo todas las tardes arrastrándose olímpicamente por la arena; lo cierto es que se llegó confiada hasta la orilla del río y dio unos pasos agua adentro buscando la más clara. En una mano llevaba la tinaja y en la otra la “blanca totuma”, exornada de arabescos. Cuando, no sin elegancia, tiró hacia atrás su larga cabellera para inclinarse, se sintió lanzada al aire por recio coletazo, y su cuerpo quedó apresado entre las formidables mandíbulas del caimán viejo.

Un grito ahogado se escapó de su pecho; aquel grito de angustia lo oyó su padre y comprendió al punto lo pavoroso del caso.

De dos saltos veloces llegóse al barranco del río. Y, ¡oh dolor!, allá entre las revueltas aguas, atravesada en la boca del saurio, criminal, estaba su hija adorada... El caimán viejo, la cabeza en alto, repartiendo furiosos coletazos a diestra y siniestra, defendía su presa de la voracidad de los otros compañeros, que en parvada se arremolinaban a su alrededor; varias veces trató de sumergirse bajo las aguas para ahogar a su víctima, pero los demás caimanes no le dejaron.

El señor Julián lanzóse al agua sin desvestirse, mordiendo con los dientes su cuchillo. Rápido desapareció de la superficie, saliendo luego con increíble celeridad delante del grupo de los caimanes, frente por frente del que llevaba a su querida Maruja. Sin darle tiempo para huir, apoya la siniestra en la trompa del saurio y con la diestra hunde todo el cuchillo en el cuello del caimán viejo. Este dio un salto enorme, que levantó las aguas, ya ensangrentadas, y su cuerpo inerte lo arrastró la corriente panza arriba...

Nadando con fuerza hacia la orilla, viene el señor Julián, llevando en brazos a su hija desvanecida; a gritos espanta a los otros caimanes que con él se atreven, y, al depositar en tierra su preciosa y amada carga, exclama entre rencoroso y soberbio: “Animal traidor, con tu vida me pagaste la insolencia de habérmela tocado”.

Negro, alto y musculoso era el capitán Ramón Ramírez, hijo de las llanuras del Apure; tenía el ojo pequeño y colorado, señal de esforzado y de valiente entre la gente de raza negra.

En las no escasas contiendas civiles de Venezuela, tan estériles como funestas, había conquistado por su arrojo legítima fama de invencible. Fue nacionalista en las últimas guerras civiles y asistió a la batalla de Manacal, donde murió. En los postreros disparos del combate se veía retirar al Batallón Hernández apenas con cincuenta hombres de los trescientos que lo formaban, y a la cabeza de aquel puñado de valientes iba el capitán Ramírez. Una bala traidora le alcanzó, cortándole la piel del vientre, y, en masa y violentamente, hicieron irrupción hacia fuera los intestinos. Trató devolverlos a su lugar con las

manos ensangrentadas en su propia sangre; pero era tan ancha la herida, que de nuevo volvieron a salir con fuerza; dio unos pasos pensando poder seguir la marcha de sus compañeros; mas viéndolo imposible, dijo a su jefe con energía: “Mi coronel, sálvese usted; estas tripas me pesan mucho, y yo he resuelto salir de ellas”. Y de dos tajos de su propia espada se cortó las vísceras colgantes. “Así estoy mejor”, dijo, y con estoicismo heroico se tendió sobre la raída manta de campaña, y se acostó para siempre.

* * *

Cuando en los pueblos suena el clarín guerrero de la independencia, se levantan figuras de valientes que admiran y asombran. En Venezuela, al lado de Bolívar y Páez se irguieron héroes de talla prócer. No fue el menor el general Juan José Rondón. En este indio llanero se hermanaban la fanfarronería y el valor. Cuenta la Historia que, cuando Páez le felicitó por su arrojo en la refriega de las “Queseras del Medio”, le gritó altivamente: “Así se baten los hijos del Alto Llano”. Y cuando Bolívar, en la batalla del “Pantano de Vargas”, juzgaba perdida la acción, el general Rondón, empinándose sobre los estribos y blandiendo furiosamente su lanza, exclamó: “Mi general, Rondón no ha peleado”. Y poniéndose al frente de su escuadrón de lanceros, conquistó con su temeridad una victoria casi perdida.

En un principia sentó plaza en las filas realistas; pero en 1817 ante la aspereza de un jefe español, desertó, ofreciendo sus servicios al general Páez. Una mañana le anunció su espionaje que por el extremo norte de la llanura se veía avanzar un nutrido cuerpo de caballería patriota. Rondón reunió su mesnada y salió con ella a situarse en un cerro próximo. Desde aquella altura vio aproximarse a sus futuros compañeros, que venían a buena marcha. Cuando los tuvo a tiro de ballesta, descendió solo, con lentitud; se desmontó del caballo, y, tendiendo delante de ellos, su lanza, la atravesó con su espada en forma de cruz. Luego, doblando sus rodillas y besando aquella improvisada cruz, dijo en alta voz: “Juro morir combatiendo por la libertad de mi patria”.

De estos ligeros apuntes colegirás algo de lo mucho que valen estos valientes, intrépidos y cristianos llaneros»³⁰⁶.

«Para terminar, vamos a asistir a una esguazada de ganado en estos ríos llaneros.

Llenan primero las empalizadas (que hacen de corrales) de ganado, traído de las dehesas. Se colocan los jinetes a lo largo de las estacadas, que sirven para encaminar el ganado hacia la orilla del río. Se llevan varias canoas, que navegarán al costado de las reses para no dejarlas ir río abajo. Ya el guía sobre su caballo en pelo, se arroja al agua, y en pos de él se lanzan los bueyes amaestrados, seguidos del tropel de las reses bisoñas.

Al poco tiempo pierden piso el guía, el caballo y las reses, empezando a nadar en las aguas, que se extienden de monte a monte. El guía comienza a cantar para llamar al ganado, y, para no cansarse en la larga brega, apoya su mano izquierda en el caballo, mientras con la derecha bracea, empuñado el garrote, defendiéndose de los caimanes. Detrás de él vienen los bueyes y vacas con los cuernos y el hocico a flote.

-¡Apretá! ¡Apretá!- gritan los vaqueros de la orilla, y los jinetes empujan las reses, que van cayendo al río. Braman asustadas; algunas tientan a revolverse y a otras se las lleva la corriente; pero en la ribera los vaqueros, y a lo ancho del río los bogadores de las canoas, las contienen y enfilan. Una línea de cuernos señala el rumbo sosegado de la esguazada. Adelante va la cabeza del guía junto a la de su caballo. Se oye tan sólo el canto del guión en

³⁰⁶ JOSÉ F. POSADO, “Semblanzas llaneras. Venezuela”, en: *El Perpetuo Socorro*, Madrid, N° 369, 1929, págs. 100-104

medio del ancho río, en cuyas turbias aguas acecha el caimán traicionero, el temblador, y la raya y el enjambre devorador de los zamuritos y caribes, que hacen de las suyas. Al fin, las reses ganan la opuesta orilla, a centenares de metros en diagonal. Una a una van saliendo del agua, lanzando mugidos lastimeros, y así están largo rato en la playa, mientras el cabestrero vuelve a echarse al río a pasar otro lote.

Ya los corrales del paso se han vaciado por la empalizada y en la margen opuesta se eleva el coro de mugidos del ganado, que será conducido camino de Caracas, a través de leguas y leguas de sabanas anegadas, paso entre paso, al son de las tonadas de los encaminadores...»³⁰⁷.

4) Desde las Misiones Populares Redentoristas:

«El campo donde reñimos las batallas del Redentor, fue el Estado de Yaracuy. Tiene este Estado o Provincia 7.100 kilómetros cuadrados de superficie, con sus 108.000 habitantes. La capital de este fertilísimo Estado es San Felipe, fundada en 1551 por Juan Villegas. Actualmente asciende a 15.000 el número de almas que cuenta, incluyendo las que viven en las haciendas, caseríos y aldeas de su jurisdicción. El río Yaracuy, que da su nombre al Estado, es el principal afluente que riega sus feracísimas plantaciones de azúcar, tabaco, café, maíz, algodón y cacao. Después de haber recorrido 50 kilómetros (en muchos de los cuales es navegable) rinde el tributo de sus aguas al Mar de las Antillas. El panorama, espléndido y riquísimo como pocos que presenta el valle de Yaracuy, está encuadrado en el grandioso marco de la Sierra de San Felipe y los montes de Nirgua.

Conocido a grandes líneas el campo de nuestra primera campaña en Venezuela, hagamos algo de crónica.

Después de una semimisión que, como prelude, predicamos en una iglesia de los barrios de Barquisimeto, emprendimos el P. Esteban Arce y el que estas mal trazadas líneas suscribe una verdadera campaña de misiones.

Las ocho de la mañana serían cuando arrancó el tren de Barquisimeto. Penosamente subía, cuesta arriba, por los rieles de vía estrecha, que culebrea por montes y laderas. Bosques de cerrado bosque, donde pacen los ganados y se ocultan las pobres casas y miserables chozas de los pocos habitantes que por aquellos parajes viven, flanquean con el ejército de sus altos y valientes árboles todo el largo trayecto de la empinada cuesta. Ya en la cumbre, la locomotora respira ufana, lanzándose en vertiginosa carrera a devorar la dilatada sabana. Entra luego pitando, piafando y dando al viento el glorioso penacho de vapor y humo de su caldera, en las gargantas y hoces de la cordillera, para dejarnos después de cinco horas de viaje en Aroa, sita en el corazón de la montaña, a quien da su nombre.

La una de la tarde marcaba el reloj cuando paramos en la estación de Aroa. Nadie nos esperaba, fuera de algunos niños y el señor que nos había de hospedar en su casa.

³⁰⁷ JOSÉ F. POSADO, “Curiosidades llaneras. Venezuela”, en: *El Perpetuo Socorro*, Madrid, N° 376, 1929, págs. 424-425. Otros relatos sobre los llanos de Venezuela se pueden ver en la misma Revista, N° 355, 1928, 20-22; N° 359, 1928, 181-184; N° 373, 1929, 260-264; N° 376, 1929, 421-425 y el N° 360, 1928, 225-228 sobre la devoción en Venezuela a Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro antes de la venida de los Redentoristas.

A mil alcanzará el número de almas que Aroa cobija bajo sus techos amorosos. Las ricas minas de cobre, en que no escasean sus montes, han atraído a multitud de obreros de casi todas las naciones; de ahí que sea una población cosmopolita, y por ende irreligiosa e indiferente. No llegaban a una docena las familias que visitaban los días festivos la iglesia. Cumplir el precepto pascual eran muy pocos los que lo hacían. Hay más; dos sectas protestantes, la anglicana y la de los evangelistas, por lo crecido de sus afiliados, la habían hecho hija de la Reforma. Se la conocía y se la llamaba con el nombre de Aroa la protestante. Los evangelistas, que contaban en sus filas unos quinientos secuaces, atrevidos y fanáticos, tenían a los católicos en un puño, quienes no se atrevían a salir por la honra y en defensa de su fe católica.

El día 18 de enero del presente año, día de nuestra llegada a Aroa, comenzamos la Santa Misión. Los evangelistas, por su parte, trabajaban cuanto podían en contra nuestra. Nos apodaban rencoristas, aludiendo al nombre de Redentoristas que llevamos. Hablaban, predicaban, repartían a todos y por todas partes hojas de propaganda evangelista. Hasta en su cínica osadía, tuvieron el atrevimiento de entrar en la casa donde vivíamos, sin llamar ni recibir la competente licencia, a darnos sus papeluchos, unos cuantos fanáticos. Los cogimos por banda, y allí mismo les dimos un revolcón de muy señor mío, refutando sus dislates y ciencia divina!!!

Esta lucha contribuyó a llamar la atención de los ánimos descreídos unos, indiferentes otros, muchos relajados y los más alejados de toda práctica religiosa.

La simpática procesión de los niños empezó a darnos la victoria. Aquellos padres, aquellos hermanos descreídos e indiferentes, al contemplar a sus hijos y hermanitos que rezaban, cantaban y vitoreaban a Jesús Niño y a María Inmaculada, sintieron que sus corazones (que llevaban la misma sangre) querían vitorear, cantar y rezar... Y fueron a la Santa Misión... y cantaron y rezaron y vitorearon a Cristo y a su Madre Santísima.

Había que ver con qué entusiasmo cantaban en las plazas, calles y montes, aquellos mineros, aclamando al Corazón de su Jesús por su Dios y Rey. ¡Qué vivas más sinceros a la Religión Católica brotaban de sus pechos enardecidos!

Pero donde rayó más alto el entusiasmo católico, donde brilló la luz de su fe con más fúlgidos esplendores, fue en la función de las Promesas del Santo Bautismo. Era de ver aquellos hombres de las minas con qué entusiasmo y decidido valor se adelantaban a besar el Crucifijo y la bandera venezolana que el P. Misionero les presentaba. En este día se ganó Aroa para Jesucristo. Las confesiones de los hombres llegaron a 500, según la prensa local; las mujeres se confesaron en su totalidad. Hubo numerosas retractaciones de protestantes; los católicos se animaron a salir a la calle defendiendo su catolicismo, y lo defienden con la bandera muy alta. El capitán de esta gloriosa campaña es su celoso y prestigioso Cura Párroco D. Evaristo Falcó, español. Mucho dicen las 300 comuniones mensuales que hoy día se están repartiendo, cuando antes no se repartían 100 en todo el año. En fin, que Aroa dejó de ser Aroa la protestante, para llamarse y ser Aroa la católica.

Si es cierto que nadie nos esperaba en la estación cuando nos apeamos, también es cierto que todo el pueblo, con el jefe civil a la cabeza, nos despedía a los quince días de misión. Cuatro vagones más tuvieron que enganchar a la máquina, para llevar a los muchos hijos de Aroa que nos quisieron acompañar a la estación de cruce. La despedida fue entusiasta, sentida y... triste. En el tren se cantaban los cánticos de la Santa Misión... y allá dejamos los Misioneros a la industriosa Aroa, recostada a la sombra de la vegetación tropical que hermosea sus montes, y envuelta en el gigantesco manto de humo, con que la entoldan y embozan sus altos hornos.

La segunda misión de nuestra campaña fue San Felipe, capital del Estado. El recibimiento no pudo ser mejor. La estación estaba abarrotada de gente que nos esperaba; dos filas de niñas nos echaban flores, y en todos los rostros se leían la alegría y contento de -tenernos ya entre ellos.

Muchísima fue la mies que recogimos en la capital de Yaracuy. Repartimos más de cuatro mil comuniones; el fervor religioso rayó muy alto, y todos confesaban que nunca, que jamás se había visto cosa semejante en San Felipe. Allí donde todo y todos habían fracasado, a causa de la indiferencia sistemática y de la oposición decidida de los masones, nosotros logramos un triunfo decisivo... Lástima que no nos dejasen recoger las gavillas doradas que había segadas y colocadas en el surco ... Siempre el enemigo del Padre, de familias se ha de aprovechar de la oscuridad de la noche para hacer su mal. Y lo más sensible es que la oposición y contratiempos vinieron del campo católico. Un consuelo, entre muchos, llevábamos los Padres Misioneros, a saber: La devoción a nuestra Madre del Perpetuo Socorro prendió muy fuerte en los corazones; tan fuertemente que, al volver nuestro rostro y alzar nuestras manos para dar la última bendición y el postrer adiós a San Felipe, la vimos envuelta en las llamas amorosas del amor al Perpetuo Socorro de María. Prueba de ello es el que se haya establecido la archicofradía de tan bondadosa Madre y dedicado un altar en su iglesia parroquial. Que la Virgen del Perpetuo Socorro bendiga con larga mano a San Felipe y nos lleve pronto, muy pronto, coger las gavillas doradas que nos obligaran a dejar en el surco... Dios lo quiera...

Cocorote, tercer pueblo misionado, es uno de los más pintorescos y apacibles de Venezuela. Su clima, encantador; el panorama que ofrece a la vista de su admirador más encantador y deleitoso aún. La gente de esta población y de sus caseríos, no puede ser mejor. Correspondieron admirablemente a la Santa Misión. Hicimos más de ciento veinte matrimonios. Las comuniones pasaron de dos mil. Y se ha de tener en cuenta para todos los pueblos misionados, que muchos, muchísimos, hicieron la primera confesión, comunión y legitimaron sus concubinarias uniones a los treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta y ochenta y siete años de edad. Casamos algunos pollitos y pollitas con todas sus ilusiones de sus ochenta y tantos años. Hubo madre amancebada que se casó por la Iglesia al mismo tiempo que sus tres o cuatro hijos amancebados. ¡Cuántas veces las lágrimas asomaban a los ojos, para contemplar cuadros tan admirables!

En Cocorote hizo la Virgen del Perpetuo Socorro un favor insigne, una de tantas gracias que cautivan los corazones y los inflaman en amor y devoción de tan bondadosa Madre.

Oyó una madre que tenía a su hijo, de nueve años, tullido de todo el cuerpo, lo milagrosa que era la Virgen Misionera, y con todo el fervor de su maternal corazón pidió ante su cuadro bendito la salud para el pedazo de su corazón, que mudo y sin movimiento (sólo se conocía que vivía por la respiración) estaba en el lecho del dolor. Cuál no fue su sorpresa al llegar a casa y oír balbucir a su hijito mudo estas palabras: «Per ... pe ... tuo... So... co... rro» Desde este punto siguió hablando cada vez mejor. Al día siguiente nota la madre que su hijo se mueve en la cama y se sienta en ella, lo que antes no podía hacer. Más creció su estupor al tercer día de hablar, cuando lo vio de pie fuera de la cama, y esto sin ayuda de nadie. Completóse el milagro al cuarto, pues este día ya pudo andar por su pie sin ayuda ni arrimo de ninguna clase. Hoy corre, juega con sus compañeritos y hace los recados propios

de su edad... ¡Sea por siempre bendito y alabado el Perpetuo Socorro de María Santísima!»³⁰⁸.

«No llegarán a un millar los habitantes de Sarare. La iglesia, aunque pobre y sin párroco, está regularmente aseada. Hay bastantes familias que son ricas y acomodadas, pero la mayoría de la población es pobre y necesitada. Llamen la atención lo próspero y fértil de las haciendas, donde se cultivan con rendimiento satisfactorio, cacao, caña de azúcar, arroz, tabaco, café y maíz. Las aguas puras y cristalinas del riachuelo, que, al besar con sus ondas las plantas de Sarare, toma su nombre, fertilizan las sábanas, dan hermosura a las vegas y alegran con sus murmullos la campiña, como los mil pintados pajarillos la llenan de inefables armonías con sus no aprendidos trinos.

Sarare, sentado como cacique de tribu (tiene aún muchas chozas de bambú, espadañas y bano) en medio de bosques cerrados y de selvas impenetrables, donde se afina la caoba y crecen orgullosos los cedros, goza de un clima bastante benigno, a pesar de estar próximo a los trópicos y molestarle las fiebres palúdicas.

Grandes vacadas, numerosos rebaños de cabras y ovejas, así como manadas de animales de cerda vagan y pastan pacíficamente por las selvas y dilatadas sábanas. Dije pacíficamente, y dije mal; porque de vez en cuando les hace su visita el rey de las selvas americanas, el pintado y cruel felino, el tigre feroz y sanguinario.

No bien barruntan su temida presencia huyen despavoridos y llenos de terror los rebaños de ovejas y cabras; se dispersan en loca carrera, dando temerosos mugidos, las vacas y terneros; se disparan, piafando veloces, los asnos y caballos, y todo animal, que hay en la sabana o en la selva, presa de pánico terror, corre desatentado buscando un refugio, un escondrijo donde guarecerse del furioso carnicero; pero en vano, casi siempre hace su presa, cuando no son varias. Vez hubo que el tigre tuvo la osadía de meterse hasta el vecindario tras su codiciada presa, y la llevó con espanto y terror de todos. Y cuenta que es mortal toda dentellada de sus formidables caninos, o todo rasgón de sus terribles garras; pues se inflama la herida atrocemente y causa la muerte del animal herido.

El pánico de los animales anuncia a los vecinos de Sarare que el tigre ha hecho acto de presencia en la sabana, y que sus garras (la mano derecha de un tigre pesó dos kilos y medio; tan terribles son sus zarpas) y colmilludos dientes han hecho alguna víctima.

Armanse luego de buenas escopetas media docena de los mejores tiradores y se van con grandísima cautela a reconocer el campo. Por lo regular suelen ver al felino listado devorando su presa. Sin hacer otra diligencia vuelven al pueblo y con actividad preparan todo lo necesario para dar caza a la fiera

Al día siguiente, bien salido el sol, vanse con precaución al sitio donde está la res muerta. El tigre, por lo común, al alborear el día se recoge en sus guaridas, y ciertamente se sabe que, al llegar la noche, volverá a comer de su presa.

Sobre el árbol más grande y más alto colocan y preparan un tablado, y aquí, llegada la noche siguiente, se sitúan los cazadores con sus escopetas, cuchillos de monte, revólveres y pistolas. Suben también allí a los perros y se alumbran con linternas sordas...

Ya todo listo, poco a poco se va echando encima la noche, y la sabana queda oscura, desierta y silenciosa. Sólo se oye el rumor perenne del riachuelo y el chillido de las aves

³⁰⁸ JOSÉ F. POSADO, "Nuestros Misioneros en Venezuela", en: El Perpetuo Socorro, Madrid, N° 336, 1926, págs. 269-275

nocturnas, unido al rum-rum monótono de los insectos que cantan. La noche avanza con medrosa lentitud, pasan las horas solemnes e imponentes. Los cazadores para distraerse fuman algo y beben algunas copas.

De pronto llega un momento en que todos se quedan en suspenso; los perros empiezan a olfatear y latir inquietos. Ya viene el tigre, se dicen. En efecto, allá en lo más cerrado del bosque, se oye un sordo y cavernoso rugido. Este, por momentos se va agrandando hasta que es un bramido espantoso que hace estremecer y poner los pelos de punta a los cazadores y perros. Pero pronto recobran su valor. Toman leas escopetas, levantan los gatillos y esperan con alarmante expectación que aparezca la fiera...

Abriéndose paso por la alta hierva de la sabana, se ve una como oscura y moviente masa, un bulto negro, que avanza lento, pero sin miedo ni timidez: es el rey listado del bosque, el terror de las sabanas; el sanguinario y terrible tigre de las Américas, que se acerca un tanto cauteloso a la víctima que había muerto el día anterior.

Mudos, inmóviles, con los ojos fijos en la fiera y las manos en las escopetas esperan los cazadores el momento en que el tigre empiece a cebarse. ¡Qué angustiosos instantes!... Después de largos y lentos rodeos, deteniéndose ya aquí, ya más allá, como para explorar el terreno, avanza resuelto con aquella su majestad de señor de la selva, con aquel su dengue aristócrata, y se llega a la res muerta, le clava sus dientes y garras y empieza a comer. Este es el momento de los cazadores: toman una linterna y proyectan un rayo de luz sobre la fiera, ésta levanta sorprendida la cabeza y olfatea ensanchando sus narices; sus ojos parecen dos carbones encendidos... Mientras tanto musitan los cazadores «Yo a la cabeza. Yo al corazón» Y... suena la descarga cerrada. El tigre al sentirse herido de muerte, dando un bramido horroroso, da un salto atrás y cae muerto.

Esto si la puntería fue feliz; porque si sólo le hieren se enfurece dando rugidos espantosos y espeluznantes, y recogiendo como un ovillo, salta furioso al tablado, donde están los hombres, y allí se traba un combate horroroso. Los cazadores le disparan las pistolas y revólveres y le acribillan a cuchilladas; los perros se le echan furiosos, armados con collares de púas aceradas; mientras tanto el tigre da cara su vida matando a unos, destrozando a otros, e hiriendo a muchos. Veces hubo que el furioso felino dio tan violenta sacudida al tablado, que lo deshizo, y tigre, cazadores y perros vinieron a tierra, donde se trabó la más reñida y pavorosa batalla.

Muerto el tigre y hechas las primeras curas a los heridos, avisan al pueblo. Acuden varios vecinos y llevan con gran regocijo a la Jefatura civil el tigre muerto. Siempre suelen retribuir a los valientes cazadores su arriesgada hazaña.

Caro lector, permíteme poner punto a esta crónica, para rogarte que, en tus oraciones pidas por la extensión del culto de nuestra Madre del Perpetuo Socorro en Venezuela y no te olvides de encomendarle a estos devotos de Sarare; pide a tan buena Madre que los libre del tigre infernal sobre todo, que se anda el muy ladino, no por los montes, sino por las casas y calles, matando muchas almas inocentes, desgarrando muchas conciencias criadas para amar a Dios y honrar a María Santísima»³⁰⁹.

³⁰⁹ JOSÉ F. POSADO, “De nuestros Misioneros. Venezuela”, en: El Perpetuo Socorro, Madrid, N° 43, 1926, págs. 176-178

APÉNDICE II: MEMORIA DE LOS PIONEROS. BREVES BIOGRAFÍAS DE ALGUNOS DE LOS PRIMEROS REDENTORISTAS DE LA VICEPROVINCIA DE CARACAS

Hacemos aquí memoria de los primeros Misioneros Redentoristas destinados a Venezuela. Las notas biográficas han sido tomadas textualmente de las breves biografías que tradicionalmente se componen a la muerte de los Congregados. Para cada biografía se cita su autor y año de publicación. La extensión del texto en cada caso no obedece a la importancia del personaje sino al material más o menos abundante de que se dispone. Nos hemos impuesto algunas limitaciones, especialmente dos: tomar en cuenta casi exclusivamente a los que vinieron a Venezuela en los tres o cuatro primeros años, y que, además, permanecieron en territorio venezolano por período relativamente largo.

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. ANDRÉS ALVAREZ PALACIOS (1883-1971)

(FUNDADOR Y PRIMER SUPERIOR VISITADOR-VICEPROVINCIAL
DE VENEZUELA)

“Ha muerto santamente el R. P. para cumplir los ochenta y ocho años sacerdotales y sesenta y nueve de todo el año anterior a su muerte lo pasó constitución superó todas las crisis; por última enfermedad: «Este material no

“Examinado por el doctor el día hospitalizarlo para atenderle una doble y aun así podría durar más o menos no prometían más. Así pues, rodeado de fieles que habían asistido a la misa Santos Oleos y le administró el Santo conocimiento, respondiendo a las preces y jaculatorias que el Padre le iba sugiriendo, aceptándolo todo como venido de las manos de Dios y ofreciendo su vida por las almas, la Iglesia, la Congregación... Con estas disposiciones lo llevamos a la clínica, donde a los pocos días medio perdió el conocimiento; allí lo velamos día y noche, hasta que el doctor dijo que la ciencia había hecho todo lo que podía hacer y que lo mejor era volverlo a casa, donde con más comodidad y menos gastos lo podíamos atender. Varios de nuestros Padres de paso por ésta lo visitaron en la clínica, entre ellos nuestro amado Padre Provincial, Hortelano. Instalado en su



Andrés Álvarez. Le faltaban quince días de edad; tenía sesenta y tres de vida profesión religiosa. Puede decirse que muy delicado, pero su fuerte algo dijo el doctor que le asistió en su se fabrica ahora».

2 de enero, determinó que había que bronconeumonía, de la cual podría curar tiempo, pues su edad y estado de salud de los cohermanos y de un buen número vespertina, el P. Superior le impuso los Viático, que recibió con todo el

celda de la planta baja, y siguiendo semiinconsciente, pudo recibir las visitas de muchos amigos que venían a verlo y, más que a hablar con él, a rezar y a encomendarlo al Señor.

“El día 23 de enero, a la una de la madrugada, tuvo una crisis, y por tercera o cuarta vez le rezamos las preces de los agonizantes; finalmente, a las once del mismo día, rodeado de los cohermanos y de personas amigas, entregó su hermosa alma al Señor. Se le trasladó en seguida a la iglesia y se le veló hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, domingo, en que se celebraron los oficios de cuerpo presente y se le dio piadosa sepultura. La misa la celebró el P. Viceprovincial y concelebraron varios Padres, con asistencia de otros sacerdotes de la ciudad, penitentes suyos, y fue presidida por el señor Arzobispo, quien en breve discurso resumió la vida del finado. Elogió al sacerdote redentorista, misionero, conductor de almas, consejero dentro y fuera del confesionario; y hablaba por propia experiencia, ya que, habiéndolo conocido muchos años, tuvo no pocas ocasiones de escuchar sus sabios consejos.

“Respecto a su observancia regular se podría decir de él lo que de San Gerardo: que si se perdieran las Reglas las hallaríamos observando la conducta del P. Alvarez. Como a buen redentorista e hijo legítimo de San Alfonso no se le caía el rosario de las manos, y en los últimos días, bien que lo creíamos inconsciente, no dejaba de mover los labios, y cuando lo dejaba caer y lo veíamos intranquilo, bastaba ponérselo de nuevo en las manos y al punto se sosegaba.

“La conducción al cementerio fue muy sentida y con mucho acompañamiento, y pudimos ver que las lágrimas de los fieles eran el mejor testimonio de amor y cariño; lo lloraban como si fuera de la familia. Durante los nueve días que siguieron a su muerte se rezó en la iglesia el santo rosario por las tardes por su eterno descanso, siendo numeroso el público que asistió durante todo el novenario. Hubo personas que dijeron se sentían dichosas de poder prestar servicios al Padre en su última enfermedad; con qué cariño y solicitud le daban los alimentos y las medicinas, y si no fuera por sus ocupaciones, a su lado hubieran permanecido a toda hora. Con razón se hizo merecedor de la condecoración de Jacinto Lara, con que lo distinguió el Gobierno del Estado.

“Un rasgo edificante, entre otros muchos. Estando en el Noviciado el que esto escribe en el año 1925, fecha en que él pasaba por allí con destino a Venezuela, nos dijo a los novicios que, habiéndole preguntado el P. Provincial si tenía inconveniente en aceptar esta orden, le contestó sencillamente: «Ninguno, ya que el redentorista debe estar donde esté la cruz». Sin querer meterme a predicador, insinuamos sencillamente que cuando la cruz se nos haga un poco pesada pensemos en este ejemplo hermoso. No creemos que con esto se haya dicho todo, ni mucho menos; queda mucho por decir de una vida de ochenta y ocho años...

“El P. Andrés Alvarez nació en Revilla del Campo (Burgos) el 4 de febrero de 1883, siendo sus padres Dámaso Alvarez y Tomasa Palacios; hermanos suyos fueron el P. Restituto y el señor Victoriano. Ingresó en el jovenado de El Espino el 17 de septiembre de 1895; en 1901 pasó a Nava para hacer el noviciado, donde profesó el 8 de septiembre de 1902. Hizo en Astorga sus estudios mayores, donde recibió el presbiterado el 14 de marzo de 1908. Terminados los estudios, a finales de agosto de ese mismo año fue destinado a Lourosa (Portugal), donde permaneció hasta que en 1910 estalló la revolución, con la consiguiente liquidación de las fundaciones de la nación hermana. Según deja constancia el P. Gamarra en su crónica provincial, él y el P. Faúndez «fueron los últimos soldados de Cristo que dejaron el campo de batalla», ya que recibieron la orden telegráfica de regreso a España el 12 de octubre, cuando se encontraban de misiones por la diócesis de Braganza. De él escribe también el P. Gamarra la siguiente frase laudatoria: «Gracias al P. Alvarez, único cronista algo decente que

hubo en Portugal, nos es dado exponer el movimiento y situación de nuestro Instituto en Portugal».

“De Portugal pasó a la casa de Pamplona, donde estará tan sólo hasta el mes de abril de 1911, en que salió para Méjico. Allí permaneció hasta que por efectos de una nueva revolución, la mejicana, regresó a España en mayo de 1917, quedando incorporado a la casa de Madrid PS. Los nombramientos de 1921 le llevan de rector a Pamplona; en su tiempo se puso la primera piedra de la actual iglesia. Por fin, en 1925 salía para Venezuela en calidad de superior de la nueva fundación de Barquisimeto.

“Los catálogos de los años siguientes nos lo presentan: en 1927 como Consultor Admonitor del P. Visitador en Venezuela y preparando la nueva fundación de San Cristóbal de Táchira; en 1930 sigue de Consultor Admonitor del Viceprovincial y figura como Rector de Caracas; en 1933 como Consultor Admonitor del Rector y Prefecto de Hermanos en la casa de Bogotá; lo mismo el año 1936, a lo que hay que añadir que era también ministro y que el Rector era su hermano el P. Restituto (cuatro años más joven que él). En 1941 está de Superior en Barranquilla; los nombramientos de 1942 le llevan de Superior a Bogotá como Consultor del Viceprovincial. En 1946 le vemos de Superior de San Cristóbal³¹⁰, y en 1948 de Barquisimeto. En 1950 se divide en dos la Viceprovincia de Bogotá-Caracas, quedando el P. Andrés Álvarez como Viceprovincial al frente de las casas de Colombia y como Superior de Bogotá. En 1953 es maestro de novicios en la casa de Servitá. En 1956 está de Admonitor en Barranquilla.



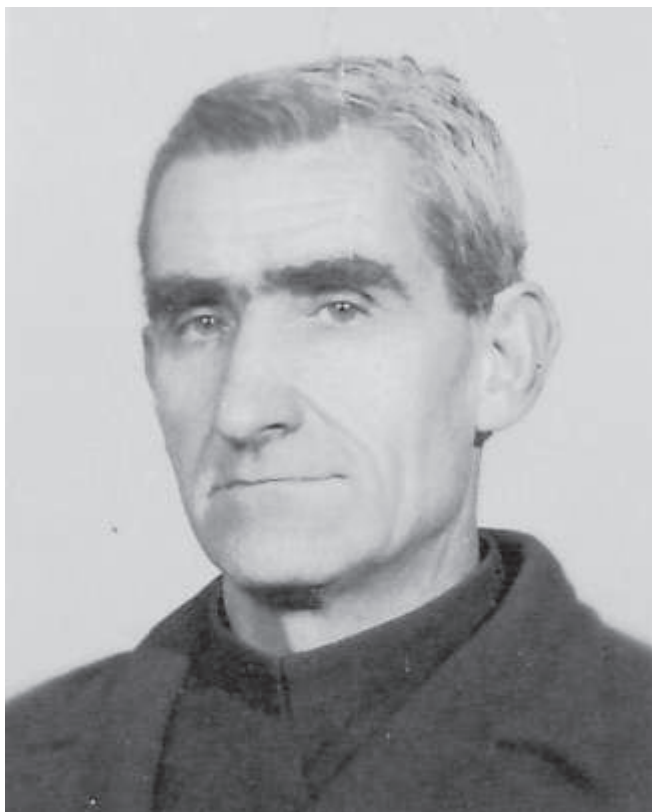
“Al ser erigida en Provincia la Viceprovincia de Bogotá, el Padre Andrés Álvarez pasa a la Viceprovincia de Venezuela (1960). En 1963 viaja por última vez a España, con motivo de sus bodas de diamante de profesión, para visitar a su hermano el señor Victoriano, enfermo ya de cuidado en El Espino, y asistir en Roma a la beatificación del P. Neumann. Y es en la casa de Barquisimeto, donde él había puesto los fundamentos de la Congregación en Venezuela, en la que permanece hasta que, cargado de años y de méritos, le sale al encuentro la muerte. Descanse en paz”³¹¹.

El P. Andrés Álvarez en 1947

³¹⁰ Siendo Superior de la casa de San Cristóbal (Venezuela), en el Capítulo de la Viceprovincia de Bogotá es elegido Vocal para el Capítulo General. Su suplente será el P. Eduardo Perea, Superior Viceprovincial (Ibidem, Vol. II, 15 de agosto de 1947, núms.. 29-30, pág. 491. Dicho Capítulo General se celebró del 26 de abril al 24 de mayo de 1947.

³¹¹ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. XII, N° 93 (1971) págs. 39-42.

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL HNO. RAFAEL NEBOT
ROBLES (1893-1982)³¹²**
(COFUNDADOR DE LA VICEPROVINCIA DE CARACAS)



«En Capileira [Granada] y en un 18 de octubre de 1893, venía al mundo uno de los ocho hijos, mitad varones y mitad hembras, del matrimonio José Nevot y Josefa Robles; bautizado a los seis días, el Arcángel San Rafael le da su nombre que llevará con gran alegría. A los ocho años hace su primera comunión.

Se diría que en el joven Rafael asoman de pronto reminiscencias de los viejos colonizadores gallegos y sueña con América: «en ese tiempo -de sus diecinueve años- tenía gran deseo de ir a las Américas». Y cuando Rafael se empeñaba en una cosa -como tantas veces, más adelante, en cambiar de casa- no solía conocer la palabra "rendición», ni siquiera «tregua»...

Fue inútil el sentimiento de sus padres, la evidencia de que nada le faltaba en casa, etc. ,etc. «Como en esa edad tiene uno muchas ilusiones, no me pudieron quitar los deseos de ir a aquellas tierras».

El 26 de octubre, empujado por sus diecinueve años, sale de casa y tres días después llega a Gibraltar; los emigrantes son tan numerosos que en todo el mes de noviembre no logra embarcar. «Allí comencé a conocer la falta de mis padres; pero vencieron los deseos de

³¹² LUCAS PÉREZ, *C.H. Rafael Nevot Robles*, Granada, 1982

atravesar los mares; se me acabaron los dineros y tuve que recurrir a mi padre para que me socorriese en tan grande apuro...». Su padre le manda el dinero necesario para pagar la fonda, pero a la vez le ruega una vez más que vuelva a casa, aunque tenga que perder el importe del pasaje que ya tenía pagado. Todo inútil. ..

«El 30 de noviembre, día de San Andrés, embarqué en un buque italiano. Mareos y más mareos en medio de aquella abigarrada tripulación que parecía la torre de Babel: la mitad italianos, el resto, turcos, árabes y sólo algún español. Las comidas eran guisadas a la italiana. ¡Cualquiera las comía! ¡Cuántas veces se me ocurrió esta palabra: «¡Cuánto mejor comería el «berbajo» de los cerdos de casa que esto! El olor tiraba al suelo, ¿qué sería el comerlo? Pasé trece o catorce días con las ansias de la muerte. Ya un día fui a entregar las llaves de la maleta a un amigo para que dispusiera de ellas porque consentía morir».

El 22 de diciembre desembarca en Buenos Aires; de allí pasa a Mendoza, luego a un pueblo llamado Rivadavia cerca de los Andes de Chile; trabaja en el despacho de pan de un italiano... Tenía dinero y libertad, pero no tranquilidad de conciencia, sabiendo que estaba contra la voluntad de sus padres... Después de unos meses vuelve a Buenos Aires y el 16 de julio, en un vapor holandés, embarca rumbo a Lisboa, adonde arriba el 3 de agosto. Desde allí comunica a sus padres su llegada a Europa y el 9 del mismo mes entra en Granada.

Si ya en las pampas argentinas y más aún a bordo del buque holandés le temblaban todas las fibras del alma al pensar en el encuentro con sus padres, ahora que los presentía ya a sola la distancia de setenta kilómetros que separan Capileira de Granada, su ser entero se estremece de miedo. Pero ¡cuál no fue su sorpresa cuando en la fonda se encuentra con un tío suyo que le entrega una carta de sus padres en la que le dicen que le esperan con los brazos abiertos, que ansían su llegada... Su orgullo veinteañero se viene abajo al ver que se repite viva y actual la parábola evangélica del Hijo Pródigo...

De repente salta la primera chispa de vocación... «Estuve nueve días en casa de mi tío; y un día fui a oír misa a la iglesia de los jesuitas que celebraban el primer viernes de mes... ; entonces se me ocurrió esta pregunta: que si para ser fraile era menester estudiar... Mis tíos, que se piensan que es broma, no me hicieron aprecio a la pregunta y sólo me contestaron que lo que hacía falta era vocación y yo no la tenía; en esto principiaron a darme bromas que si yo quería ser fraile y tuve que cortar la conversación. Pero es cierto que en aquel tiempo ya me inspiraba Dios esta vida; pero como no tenía conocimientos claros, no me atrevía a dar el paso.

En estos días se me presenta mi padre a por mí: ¡quién me diría que me iba: a recibir como me recibió? No me dice ¿Por qué te fuiste? -Sólo me dijo: ¿Cómo te ha ido?- Se me partió el corazón en esta entrevista. Sin embargo no me hallo muy animoso para ir a casa. Pero ¿a dónde iré? En este momento me encontraba a oscuras. Vamos adelante, probaremos de todo... para renunciarlo todo.

El día 14 llegué a mi casa; mi madre se desmaya; mi hermano, lo mismo. Y yo permanecía duro sin poder llorar. Y por último me dicen que ya que tanto les he hecho sufrir, que no intentara más salir de casa. ¡Qué contrariedad a mis ideas! Yo les dije que no me despedía de salir otra vez, aunque a las Américas no fuera. Pero, dónde, no sabía. Tenía Dios que decírmelo».

Si no Dios, sí parecía que las circunstancias se lo iban a decir: Rafael tiene que ir a cumplir el servicio militar en Málaga: Y Málaga es buena puerta para África: Es cuestión de echarse a dormir en Málaga y amanecer en Melilla: es para él una permanente tentación la contemplación de aquel barco que todas las noches sale del puerto y sin darse uno cuenta lo deja en África. Rafael se lo comunica a sus padres... Pero quizá el comunicar la tentación le ha servido para vencerla.

Concluido el «servicio al Rey» vuelve a su casa... Pero la suya es una vida triste y sin ilusión... Habrá que probarlo todo... De pronto, a su futura gran vocación de jardinero, se le presenta una ROSA: pero esta rosa es sin espinas... y de carne y hueso: Es Rosita: Los padres lo han calculado todo: ella es hija única y bien parecida; hija única de madre viuda; ésta posee unas buenas finquitas que Rafael sabrá trabajar y bien administrar; por otra parte él también es de muy buen parecer y no serían pocas las alpujarreñas que se lo disputarían como un excelente partido... «Me puse en relaciones para casarme sin tener vocación; pero no encontraba otros caminos; así pasé dos años. En este tiempo cuántas veces se me ocurrió este pensamiento: ¿Dónde estaré el año que viene?». Y cuando ya estaba todo muy adelantado, tanto que sólo faltaban diecinueve días, el bueno de Rafael da una espantada, que ahí dejara chicas a las famosas del Gallo, y deja a su Rosita, mustia, pero no ajada, en un mar de lágrimas: compuesta y sin novio llora los desengaños amorosos... Aunque ella tal vez no se lo imagine, él la recordará todavía cuando tenga los ochenta y un años y desde Santa Fe le dedica unas líneas en sus apuntes-recuerdos espirituales.

Aludiéndole a estos escarceos amorosos de su juventud, solía yo en su ancianidad, cantarle de vez en cuando aquello de «LA DOLOROSA» del Maestro Serrano: «¿Qué dice el Padre Lucas?... Me da mucho que pensar - el Hermano Rafael - desde que llegó al convento - a buscar refugio en él... El amor es un veneno - de un poder fatal; - un licor con el perfume - de la flor del mal»... y él se reía con ganas, asintiendo con la cabeza.

Una serie larga y complicada de triquiñuelas que él nos describe y nosotros nos ahorramos en gracia a la brevedad: triquiñuelas para hurtarse a la vigilancia de sus padres, buscando la complicidad de sus tíos y tías; triquiñuelas que arrancan en un 30 de septiembre de 1916 y culminan en un 2 de octubre en la portería del convento de los Redentoristas de Granada, después de haber pagado religiosamente la pensión y quedándole de remanente el capital de UNA PESETA... No es que tuviera predilección por los Redentoristas: «No conozco ninguna Orden; no siendo de los que van pidiendo por las calles, cualquiera es buena y entonces determinaron mis tíos entraría en los Redentoristas, por ser amigos ellos de nuestros Padres...». Y comienzan las dificultades: «Llega un pariente, la toma conmigo y todo lo imaginable me dijo de injurias...; pero todo se convertía en fuego que me abrasaba para odiar más al mundo... Tuve otros dos tentadores más; pero a todos los pude vencer... El día 2 de octubre me presentaron al P. Ruiz Abad, superior de la casa»... Nueva y la más dura prueba: Hay que esperar el permiso del Provincial y mientras tanto... «que puedo ir a mi pueblo... Tuve que estar diecinueve días escondido en casa de una hermana por no tropezar con mi padre. Estos 19 días fueron para mí 19 años...; mi madre me dice que me case; que mi salida le cuesta la vida; pero al fin me dice que haga lo que quiera: «Te estaba preparando el ajuar para el casamiento... Toma lo que necesites para el viaje... que será lo último que te daré» y se abrazó a mí; yo no podía contener las lágrimas, viéndola en cama, sufriendo tanto... Mi padre me echaba de menos y sospecha que me he ido de nuevo a las Américas. Hasta que estuve en el convento no supo nada... «Un hermosísimo cuadro de nuestra Madre del Perpetuo Socorro fue mi consuelo en esos días».

Por fin, el 20 de octubre recibe la carta de admisión, el 21 sale de Capileira sin despedirse de nadie y el 25 entra en el convento, desde el que escribe a sus padres, pidiéndoles perdón por lo que les ha hecho sufrir «y Dios los bendijo. A mi madre le dio la salud, cosa que no esperaba por ser una enfermedad de muchos años». La crónica casera le saluda con estas palabras: «Entra como postulante uno de Capileira, hombre ya formado y formal, de veintitantos años, de buena voluntad, activo y trabajador, de muy buen carácter, llamado Rafael».

La buena acogida del H. Aniceto Lizasoain -que será su ángel- y de toda la comunidad le impresionan tanto «que estuve dos o tres días sin poder dormir del gozo que tenía de verme encerrado en el claustro».

Nueve meses de postulante en Granada confirman la primera buena impresión: «No me extrañó nada. Al contrario; al poco tiempo pedí disciplina Y cadena de cilicio. Me parecía estar en la gloria». Ni sabemos ni supo él qué pasaría para que los superiores creyeran conveniente multiplicar las distancias que le separaban de Capileira Y lo enviaron al Noviciado camino de Nava del Rey (Valladolid).

Allí le recibe el P. Rafael Caveró que como primera impresión, le dice: «¡Vaya! Otro Rafael... Ya somos tres». Y como él es el último, tendrá que dejar su querido nombre del arcángel, para tomar el de un mártir, Sebastián; y como Sebastián será llamado y con este nombre figurará por muchos años... hasta que en 1964 muera el otro H. Rafael y muy gozoso vuelve a protegerse bajo las alas del «Medicina de Dios».

En el año de noviciado le acompañarán más de una docena de jóvenes: nueve coristas y cuatro coadjutores; algunos de ellos tan ilustres como Cabello, Gómez Campo, Armada, Segundo Velasco, Moradillo, etc. El 24 de agosto de 1918 emite sus votos religiosos: De los Hermanos es el primero que estrena la nueva disposición del recién promulgado Código de Derecho Canónico por la que se establece la disciplina de los votos temporales. Hasta entonces los Hermanos, al terminar su noviciado, eran enviados sin votos a consolidar durante varios años su probación y formación; pasados esos años, que variaban según las circunstancias, hacían su segundo noviciado de medio año y emitían los votos que eran perpetuos.

Y comienza la peregrinación, tan característica, primero en la vida seglar y luego en la vida religiosa, del H. Rafael: Nava, Astorga, Pamplona, San Miguel (Pontificia). Cuenca, Granada... se suceden en pocos años [...].

Las sacudidas de la revolución mexicana, con la cruenta persecución de Calles, aventan en 1925-1926 a los Redentoristas españoles de aquella nación tan española: Si bien algunos pueden seguir su apostolado en las tierras de la Morenita del Tepeyac, ocultándose bajo los más pintorescos disfraces, otros iban a implantar la semilla de la Congregación en nuevas tierras, hambrientas de Dios: Venezuela será uno de esos refugios para los Redentoristas perseguidos.

Porque, simultáneamente con el huracán de la persecución religiosa en México, soplaban en España vientos de expansión misionera para aquellas promociones de diez, quince y veinte nuevos jóvenes que cada año juraban bandera en las milicias del Redentor: Entonces -¡oh tiempos felices!- no era necesaria la orden estricta ni el mandato inapelable para ir a América o China. Bastaba una invitación, rarísimamente declinada; a veces era suficiente alzar el banderín de enganche y los legionarios de Alfonso de Ligorio se enrolaban voluntarios para México, China, Cuba, Venezuela o Colombia: Y surgían esos voluntarios, aun a sabiendas de que la partida, en principio, no era un «hasta luego», sino un «adiós para siempre» a la familia y a la Patria.

En el banderín de enganche para Venezuela colocó su nombre entre los primeros, espontáneo y voluntario, nuestro H. Rafael, que acababa de hacer sus votos perpetuos y había sido destinado a la casa del Perpetuo Socorro de Madrid.

El 14 de febrero de 1925. previa breve visita de despedida a su familia en Capileira, embarca a bordo del «Buenos Aires» en Cádiz con los Padres Andrés Álvarez y Esteban Arce. No sé cómo al H. Rafael le entusiasma tanto el mar: pues «pensamos morir en el Golfo de Cádiz. El P. Álvarez se rompió la cabeza, teniendo que darle ocho puntos, y servidor que es-

taba en la litera de encima de él, cerniéndome como un cedazo... El médico nos consolaba diciendo: «Padres, Vds. por su ministerio misionero y yo por el garbanzo, ¡qué mal lo estamos pasando!... Nos dijo que era el viaje más peligroso que había tenido en su vida».

Después de las normales escalas -Las Palmas, Tenerife, La Habana y Santiago de Cuba-, la madrugada del 12 de marzo arribaban a La Guaira, puerto marítimo de Caracas.

Allí les esperaba el Vicario General de Barquisimeto, ciudad sede de la primera fundación redentorista en Venezuela. Al día siguiente desde Caracas, pernoctando en Tinaquillo (Estado de Cojedes), siguieron hacia Barquisimeto, adonde llegaron el 14 por la tarde. Allí les aguardaba con los brazos abiertos el Prelado, anciano octogenario que podía cantar su «Nunc dimittis» al ver en su diócesis a los enviados del Redentor.

Los primeros días se hospedaron en el palacio episcopal, generosamente ofrecido por el Prelado; pero en seguida fueron a vivir en una humilde casita alquilada en la que faltaba casi todo lo más necesario, aunque desde el primer momento hubo un sencillo sagrario y con El ya se sintieron felices.

Mientras los Padres se preocupaban de organizar el culto y la atención espiritual en la capilla, el H. Rafael cuidaba de la comida y de todo lo necesario materialmente, adquiriendo lo más imprescindible y casi todo de segunda mano, pues el presupuesto no daba más de sí.

Unos meses después -octubre 1925- llegan refuerzos de España: Eran los PP. José Fernández y el H. Pedro: aquél para su gran vocación misionera -que reflejará en sus entonces famosos artículos de EL PERPETUO SOCORRO, titulados «Por los llanos de Venezuela»- y el Hermano para trabajar en su especialidad: la construcción. En agosto de 1926 se aumenta la familia redentorística con la llegada de varios Padres huyendo de los sicarios de Calles. Y no mucho más tarde llegan nuevos apóstoles de España: Joaquín Sánchez, Berasáin, Macua, Daniel Domínguez y H. Mateo. Gracias a la pericia y trabajo del H. Pedro la casa pudo inaugurarse el 3 de febrero de 1927 y, por fin, disfrutar la comunidad de una casa capaz para todos ellos.

Pero el H. Rafael, que ha pasado los más grandes trabajos y estrecheces en la fundación, cuando ya todo está en menos malas condiciones, levanta el vuelo para ir a anidar en otras ramas: El 14 de febrero de 1928, un telegrama del Viceprovincial -que entonces se llamaba Visitador- le traslada a la fundación de Caracas que comenzaba a dar sus primeros pasos. El mismo día que recibe el telegrama, sale con otros dos Padres, despedido por el afecto de los cohermanos y la alabanza de la crónica que dice: «Que Dios le bendiga y favorezca en la capital; que los de Barquisimeto estamos muy agradecidos a los altos servicios, que desde su fundación prestó a la Comunidad».

Poco dura su estancia en Caracas, pues en enero del año siguiente, 1929, figura nuevamente en Barquisimeto para, meses después, marchar a Mérida, fundación nueva también. Mérida, llamada «Ciudad de los Caballeros», acunada por los cinco picachos de Sierra Nevada, le recuerda inevitablemente su Capileira, recostada en las estribaciones de otra Sierra Nevada. Su clima sano y casi perpetuamente primaveral, sentará muy bien al cansancio nervioso del H. Rafael.

Aún recorrerá alguna otra residencia venezolana, para, no mucho después, de los llanos de Venezuela saltar a las sabanas de Colombia: Sus diecisiete años americanos se dividirán entre estas dos Repúblicas. También en Colombia le toca vivir las estrecheces de varias fundaciones: Mucho de penurias podrían hablarnos las casas de Socorro, Santa Inés, Barranquilla y Servitá; en todas ellas brilla su amor al trabajo, que parecía una verdadera pasión u obsesión, en huertos y jardines; su amor a la economía en bien de las nacientes fundaciones, haciendo verdaderos juegos malabares con cazos y cacerolas y perolas

cocineriles, era extraordinario. ¡A cuántos he oído ponderar ese espíritu de economía, lo mismo que su profesionalidad en la cocina y su caridad en tratar de complacer los gustos o las necesidades -por razón de prescripciones médicas- de cada uno.

En estos diecisiete años contrae y estrecha amistades con Padres y Hermanos, amistades tan fuertes que ni la muerte pudo romper, sino sublimar; y por eso seguía hablando maravillas de muchos de aquellos cohermanos con los que convivió y sufrió: Todavía meses antes de su muerte, se hará eco de su amor a Venezuela en carta (16-9-1981) a un Padre felicitándole su santo: A la vez que le agradecía el gran beneficio de haberle hecho operarse del oído, le decía: «Ese día le colgaré con más cariño: Es una expresión venezolana para felicitarle. **Y servidor, venezolano de corazón, conservo mis costumbres... En ese pueblo noble de Barquisimeto, primicia de las fundaciones en Venezuela y Colombia, pasé lo mejor de mi vida; Barquisimeto fue mi segunda Patria y me bauticé venezolano. Lo soy y lo seguiré siendo en el cielo**». A su vez, Venezuela, por la voz o la carta de su entonces Viceprovincial, P. Berasáin, le decía: «Ahí le envió un chequecito para su audífono. Mucho le debe Venezuela toda y es justicia que Vd. siga oyendo desde ahí todo lo bueno que pregonamos sobre Vd. los de aquí (28-9-56).

El año 1942 supone un nuevo cambio en la vida del H. Rafael: No sé si a petición propia o, seguramente más por el delicado estado de salud, los superiores la destinan a España: Viene gozoso de que le acompañen los primeros estudiantes del Jovenado-noviciado de Servitá que van a cursar filosofía y teología en Astorga.

A él se le destina a Constantina (Sevilla), la casa que entonces tenía la Provincia para mejor cuidar y atender a sus enfermos.

Antes de los dos años sale de Constantina sin alcanzar la deseada recuperación. En el mismo año, 1944, pasa sucesivamente por Nava del Rey y Astorga, para regresar nuevamente a Constantina el 17 de junio de 1946. Parece que esta vez sí, los dieciocho meses en las alturas del Gurugú (así se llamaba popularmente al lugar ocupado por la «Villa San José» en Constantina, villa que en 1959 sería adquirida por el famoso exiliado belga León Degrelle) le proporcionan una notable mejoría en su salud. Sucesivamente Santander (30-12-47), Vigo (22-9-49), Santander (5-3-50), Coruña (8-1-52) le van serenando sus nervios. Viene una estancia más prolongada en la Pontificia de San Miguel (30-8-54 a 30-9-58); aquí siente la alegría de su operación de oído; se siente como un hombre nuevo. Vienen luego Zaragoza (30-9-58), Coruña (23-8-59): Su clima le sienta bien y de él disfruta durante cuatro años, hasta que, olvidando ya para siempre su oficio de cocinero, se entregará en sus dos últimas residencias: Astorga (1964) y Santa Fe (1971) a lo que era su cualidad principal: el cultivo de la huerta y del jardín.

[...]

Y, siguiendo la vieja definición del jardín romano, practicaba el «miscuit utile dulci », mezclando rincones de lechugas, acelgas o tomates con clavellinas, rosales, alhelios o tulipanes. Sólo con la caída de 1978 se le cayeron de la mano el escardillo y la azada.

El H. Rafael siempre, pero singularmente en su estación de término, Santa Fe, fue un gran rezador: Y Dios le dio por el gusto en proporcionarle oportunidad para ello: Era edificante su actitud de horas y horas arrodillado o sentado ante el sagrario solo o acompañado y dirigiendo las oraciones de los Hermanos: rosarios, visita al Santísimo, corona de los dolores, coronita de la Inmaculada, oración de la semana... y gozaba comentando, a raíz de su gran caída y rotura de fémur, cuando hubo que bajarle al primer piso, diciendo que «Jesús Sacramentado se había metido en su celda» (pues la parte posterior del sagrario de la capilla comunitaria entraba dentro de dicha celda). La última semana santa de su vida, la de 1981, se

vino a Granada para poder participar en más misas: y desde luego asistió a todas las que, se celebraron en el santuario. Apenas en la capilla de Santa Fe había una misa extra, pronto iba a avisarlo a toda la «oración permanente» para que todos gozaran en asistir. (Este era el oficio «Oración permanente», que en la distribución de comienzo de año consignaba la crónica para los cuatro beneméritos Hermanos Miguel, Avelino, Rafael y Florentino; éste, además, rosariero).

Con su buen decir de ameno conversador cuenta el P. Clemente Aparicio que, en Barquisimeto, situaba la hornilla en un patio frente a una puerta que daba a la iglesia: así, mientras hacía la comida para la comunidad, alimentaba su devoción eucarística en una comunicación casi continua con el sagrario a través de esa puerta que dejaba entreabierta: a buen seguro que Jesús desde el tabernáculo se reiría del original atuendo cocineril de aquel adorador permanente y sabría interpretar como el más puro incienso de Arabia los «perfumes» que se escapaban de las ollas o cacerolas en ebullición: Al fin y al cabo ya dicen que dijo Santa Teresa que «entre los pucheros anda Dios»...

[...]

Si hubiera que elegir algún símbolo para su tumba, yo escogería tres: un bordón, una azada y un rosario. Un bordón de peregrino, una azada de trabajador incansable, y un rosario de rezador felizmente empedernido”»³¹³

³¹³ LUCAS PÉREZ, *C.H. Rafael Nevot Robles*, Granada, 1982



Hno. Rafael Nebot

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. JOSÉ FERNÁNDEZ POSADO (1897-1956)³¹⁴



[Nació en San Antonio del Valle, León, España, el 17 de octubre de 1897]

“Hizo su profesión religiosa el 24 de agosto de 1916 y se ordenó de sacerdote el 29 de enero de 1922. Este mismo año, en agosto, lo encontramos en El Espino de profesor. Tengo entendido que estuvo al cargo de los preparatorios. A pesar de su corta estancia en El Espino, dejó allí un grato recuerdo por su celo entusiasta y abnegado al servicio de los jovenistas. «Cuando yo fui de niño a El Espino (1925) -escribe el muy reverendo Padre Provincial-, era común entre los jovenistas el hablar del P. Fernández, que acababa de ser destinado a Venezuela. Le recordaban con cariño y echándole muy de menos.

Sus crónicas «En los llanos de Venezuela» eran leídas con avidez en el jovenado.

En agosto de 1925 los superiores le destinaron a las recientes fundaciones de Venezuela. En la velada de despedida con que le obsequiaron sus alumnos dijo estas palabras: «Aunque es muy triste alejarse de la querida Patria y de todos vosotros, parto, sin embargo, contento, porque comprendo que Dios me quiere allá; y además veo así colmadas mis aspiraciones, pues ya desde mi jovenado y de todo el estudiantado, siempre he tenido clavada como un dardo en mi mente esta idea: mi destino está en América».

No se equivocaba. América llenó los mejores años de su vida, mientras permaneció en activo, y siguió llenando su corazón con sus recuerdos cuando la enfermedad le obligó a abandonar el campo del trabajo. A América hubiera vuelto, sin duda, si Dios le hubiera devuelto la vista. Un cohermano, compañero suyo de fatigas en aquellas tierras, habla de lo que él llama su «vocación de apóstol americano», y dice que muy bien se le podía honrar con el título de «campeón misionero». La historia de nuestra actividad misionera en Venezuela y

³¹⁴ Roberto García, *Necrología del P. José Fernández Posado*, Madrid, 1958

Colombia en los veinticinco primeros años difícilmente se podrá escribir prescindiendo de la actuación del P. Fernández.

El día del Pilar del año 1925 desembarcaba con el P. Leonardo González, con el que convivió largo tiempo y al que estimaba mucho, en Puerto Cabello, habiendo hecho felizmente la travesía en el buque español «Manuel Arnús». En Barquisimeto llevaban siete meses los PP. Alvarez y Arce, que recibieron a los dos expedicionarios con los brazos abiertos. El primer sermón que predicó en tierras de América fue un panegírico sobre la Virgen del Perpetuo Socorro. La crónica anota que fue «con gran aceptación del público». Después siguieron unos meses de descanso casi absoluto. En los tres primeros meses de su estancia en aquella casa no predicó más que dos o tres sermones. Parece que por cierta tirantez entre la nueva comunidad y el señor Provisor, el Superior juzgó más prudente quedarse un poco en la penumbra, limitándose al culto de nuestra iglesia, y aun aquí, sin llamar mucho la atención. Los Padres, ansiosos de lanzarse al campo misional, que se mostraba tan fecundo se comían de impaciencia. El P. Fernández deja constancia de ello en la crónica en un estilo muy suyo. «Por qué -escribe- no predicamos antes los Padres misiones, sobre todo desde octubre, siendo así que éramos cuatro, y en casa, y en la iglesia había un culto muy lánguido?» Por fin consiguieron los Padres que el superior les dejara las manos libres y les diera carta blanca para organizar las campañas misionales poniéndose al habla con el secretario del Obispado, don Salvador Montes de Oca.

Sus ansias de trabajar en el campo de las misiones se vieron entonces plenamente colmadas. La primera campaña comenzó en enero, tres meses después de haber desembarcado en Puerto Cabello, y desde enero de 1926 hasta enero de 1929, tres años justos, tomó parte el P. Fernández en 35 misiones, muchas de ellas de quince y dieciocho días. Misiones duras, porque era campo sin cultivo, que había que roturar por primera vez. Muchas veces le oí decir que antes de llegar los nuestros, las misiones propiamente dichas eran casi desconocidas en aquellas tierras. De ahí los efectos casi sorprendentes que producían y los frutos, verdaderamente espléndidos que cosechaban. Como dato revelador del medio ambiente, duro e ingrato, en que tenían que trabajar la mayor parte de las veces anoto el siguiente: predicada la misión de Aguada Grande en compañía del P. Vadillo, se accidentó el auto en que volvían a casa. Las quebradas se desbordaron y los caminos se convirtieron en inmensos lodazales. Sin medios de locomoción para llegar a casa, se lanzaron al camino a campo traviesa y así ganaron los 30 kilómetros que les quedaban, llegando a casa el uno sin sotana y el otro completamente a pie, sin zapatos ni calcetines. Fue ésta una aventura de su vida misionera que el buen Padre Fernández no olvidó nunca, y a la que se refería con frecuencia. La forma en que se presentaron excitó la hilaridad de los cohermanos, que les esperaban. «¡Bufábamos!», solía decir riendo el P. Fernández al terminar de contar este paso de su vida .

Es una lástima no tener su diario misional que sería tan rico en sucedidos. Nos daría una idea de su asombrosa actividad misional, en tierras de Venezuela y Colombia. En una interviú periodística en su visita a la madre patria -habla el periodista, suponemos serán datos suministrados por el mismo Padre-, de 15.000 niños bautizados por él, 20.000 matrimonios legalizados y alrededor de 25.000 pueblos recorridos. Mucho parece a primera vista. Sin embargo, al leer lo que escribe de su actuación misionera algún cohermano de América, las cifras no parecen tan exageradas.

El P. Leonardo González escribe: «Se puede asegurar que toda su permanencia en Venezuela y Colombia fue una misión continuada. Será raro encontrar un pueblo en los estados de Lara, Yaracuy Portuguesa, Mérida y Táchira, en Venezuela, y Norte y Sur, Santander y Atlántico, en Colombia que no hubiera misionado». Puedo decir que más de una vez, aquí en Madrid, tuve necesidad de preguntarle por uno u otro pueblo de Venezuela o

Colombia. Era raro que no tuviese conocimiento de él por haberlo misionado o haber pasado cerca. Conocía bien la geografía de estas dos naciones americanas, y no porque la hubiera aprendido en los libros -no creo que la vida de trabajo que llevaba dejara mucho vagar para estas ocupaciones-, sino por haberla recorrido.

El 3 de enero de 1929 fue, destinado a la reciente fundación de Caracas. Desde este momento se le pierde de vista en su paso por las distintas comunidades y renuncio a reconstruir su itinerario por carecer de datos y fechas. En agosto de 1933 va a San Cristóbal de consultor. Hacía tiempo que esta casa estaba sin misiones. «Bastó que llegara él -escribe el P. Armada- para que consiguiese darlas en todas las parroquias, aun en aquellas en que ni sé había soñado por estar encomendadas a religiosos». Todavía hoy, por dondequiera que van nuestros misioneros, recuerdan con cariño al P. Fernández, tanto sacerdotes como seglares, por tierras del Estado de Táchira. Su paso por estas tierras ha dejado huellas que difícilmente borrará el tiempo.

El 10 de febrero de 1935 llega a Servitá. El cronista, que hacía las veces de superior, consigna su satisfacción por la adquisición de tan «valioso, entusiasta y trabajador elemento». Tengo la lista de los trabajos apostólicos del tiempo que permaneció en Servitá. No resisto a la tentación de copiarla, porque da una idea de su actividad. Y no se olvide que gran parte del tiempo de su estancia en esta casa era superior y director del jovenado. Llega en diciembre; en febrero de 1936 predica él solo la misión de Ragonvalia, que duró once días. En la primera quincena de marzo da ejercicios en Pamplona a todas las clases sociales: hombres, señoras, jóvenes de Acción Católica, niños y niñas. El 20 de marzo dio comienzo, con el P. Elejalde, a la gran Misión de Gramalote, que fue apoteósica. A la Hora Santa de medianoche asistieron dos mil hombres. Y el Domingo de Ramos organizaron en la plaza pública la comunión general de la misión, en la que tomaron parte cinco mil personas. En abril da ejercicios en Málaga a señoras, a los colegios de la ciudad y a niños y niñas de primera comunión. En los nombramientos de julio de este año fue nombrado superior de Servitá. En septiembre predica retiros en Chinacota y en Pamplona. En octubre predica con el P. Elejalde la misión de Arboledas, y en noviembre la de Cerrito, también con el mismo Padre, y en diciembre dirige los ejercicios a las Hermanitas de los Ancianos en Málaga. El 3 de febrero de 1937 se inaugura el jovenado de Servitá con nueve niños. A los pocos días, él mismo les predica los ejercicios. Y así transcurre su vida, alternando su actividad misionera con el gobierno de la comunidad, hasta agosto del 1939, en que deja Servitá, destinado a Socorro con el cargo de consultor.

En Servitá, a juzgar por algunas alusiones tuyas un tanto veladas, debió sufrir mucho por múltiples causas: estrecheces económicas, pleito del agua; algún caso de tifus, muerte del P. Pedrero... Pero era de los que olvidaban pronto o hacía que olvidaba y jamás culpaba a nadie. De Servitá salió con pena, y de Servitá, a pesar de los inconvenientes que esa fundación encierra y que él más que nadie tuvo que sufrir, hablaba con mucho cariño. Hay razones para afirmar que en los primeros jovenistas dejó un recuerdo imborrable. Cuando más tarde, recién profesos, venían a España y pasaban por Madrid para incorporarse al estudiantado, o ya ordenados regresaban a Colombia, era frecuente verlos en los corredores de Madrid en animados corrillos rodeando al Padre Fernández. En sus cartas con frecuencia hablan de «nuestro Padre Fernández».

Después de una corta permanencia en Socorro es nombrado Superior de Barranquilla, y a él le toca recibir y organizar la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que da vida a aquella fundación. Aquí se le manifiestan los primeros, síntomas de la ceguera que había de dar nueva orientación a su vida.

¿Cómo era el P. Fernández como misionero? Esto mejor que nadie nos lo dirán quienes le conocieron en sus buenos años o fueron sus compañeros de misión. El P. Armada escribe: «Fue notable como misionero por su habilidad en buscar misiones, conseguirlas y organizarlas, hasta el punto de que en alguna residencia, habiendo estado mucho tiempo sin dar misiones, bastó que llegara él para que se abriera el campo... Notable fue también su espíritu de sacrificio para oír confesiones, pasándose largas horas de la noche en el confesonario. Solía decir que, pasadas las doce, ya no le atacaba el sueño». El P. J. Sánchez redacta su ficha en estos términos: «Era un Redentorista cien por cien, de celo incansable, de extraordinario trato de gentes, de gran facilidad para la predicación apostólica. Enamorado de nuestro sistema misional alfonsiano, poseía grandes recursos para atraer a las muchedumbres a la misión... Prediqué con él varias misiones. En 1934 dimos la gran misión de Barquisimeto. Allí admiramos todos su consagración heroica al confesonario, su don para organizar procesiones con multitud de andas, a fin de atraer a los hombres y quitar a muchos el respeto humano con el buen ejemplo de caballeros a quienes invitaba. También era de notar su habilidad para aprovechar las conferencias a señoras y señoritas, a fin de empujadas al trabajo y por medio de ellas conseguir la asistencia de los hombres a sus pláticas particulares y a la confesión.

Desplegaba ante los auditorios de hombres toda su elocuencia, hablándoles con singular valentía para que comprendieran sus deberes y se acercaran al confesonario. Hubo en esa misión 30.000 comuniones. Más llamativo todavía fue el éxito en la misión de Quíbor, ciudad importante del estado Lara. Pocos eran los hombres de algún relieve que cumplían antes con la iglesia. En la misión logró el P. Fernández prender en el público tal entusiasmo que los hombres acudieron en masa a los sacramentos. En la procesión final decía el alcalde: «Esto es otro Quíbor». Y el señor párroco, aludiendo a los muchos que se habían rendido a la gracia, escribía a un amigo: «La misión redentorista resultó una hecatombe».

Cuantos escriben del P. Fernández como misionero hacen resaltar su afición y habilidad para organizar procesiones. Dándose cuenta del entusiasmo que despertaban en las gentes del país, las organizaba mayúsculas. No había santo en la iglesia donde se daba la misión que parara en el altar y no saliera a la calle escoltando a la Virgen del Perpetuo Socorro o la Santa Cruz de misión. Se hicieron célebres sus concursos en la procesión de la cruz, en que premiaba al que llevara la rama más copuda, dando ocasión más de una vez a que alguno se presentara con árboles que no cabían por las puertas de la iglesia.

Dos consignas animaban sus campañas misionales: guerra a muerte a la plaga del concubinato y propagación incansable de la devoción a la Virgen del Perpetuo Socorro. Hablando contra el concubinato, desplegaba todas sus energías, y en los sermones sobre la Virgen ponía todo su corazón, viéndose más de una vez obligado a interrumpir sus sermones a causa de las lágrimas que derramaba emocionado.

Más de una vez le oí referir el prodigio que la Virgen del Perpetuo Socorro obró con un niño mudo de nacimiento en la misión de Cocorote, Estado Yaracuy (Venezuela). Se le presentó una sencilla mujer del pueblo llena de fe con el hijito de siete años, pidiéndole que se dignara concederle el habla, pues era mudo de nacimiento:

-Cúremelo usted, Padre- le decía.

El P. Fernández, admirado de la fe que aquella pobre mujer había depositado en él, le dijo:

-Mujer, yo soy un pobrecito misionero y nada valgo. Sin embargo, en la iglesia está la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro. Pídale ese milagro todos los días de la santa misión.

Y sucedió que durante el sermón de la Virgen, predicado por el P. Fernández, se oyó de pronto, en medio de la iglesia, la voz de aquel niño que, señalando con su manecita la imagen de la Virgen, decía deletreando: «Per-pe-tuo So-co-rro.»

El P. Leonardo González, que cuenta este hecho, dice también que jamás olvidará su nobleza de corazón con los compañeros de apostolado. Lejos de pretender absorberlo todo y brillar sobre los demás, dejaba al compañero los temas principales y las intervenciones de mayor ostentación. Nos habla también de cómo reaccionaba sobrenaturalmente ante cualquier acontecimiento. De regreso de la misión de Carora, estado Lara, al pasar un gran torrente o quebrada, dicha de Carora, sufrió un accidente el automóvil, viéndose en peligro de ser arrastrados por el repentino aluvión. El P. Fernández, sosegado y tranquilo, dice a su compañero: «Nada tenemos que temer. Estos son los efectos de las rabietas del demonio por las derrotas sufridas en Carora.»

«No sabría ponderar -continúa el P. Leonardo González- su sencillez y buen contentar con cualquier cosa, aunque más de una vez le tocó ayunar. Nunca perdió el sentido del buen humor. Un detalle: en una misión la cocinera acostumbraba a servir la comida tocando los alimentos con las manos sucias y mugrientas. Como a pesar de una cariñosa advertencia del P. Fernández, la buena mujer no diera señales de enmienda, el Padre cortó por lo sano y le mandó que en todo el resto de la misión no presentara más que huevos pasados por agua. «Así -comentaba después, sonriéndose,- el estómago no tendrá ningún reclamo que hacer». Su franqueza y sencillez con las gentes eran proverbiales. Le abrían todos los corazones. El mismo monseñor Enrique M. Dubuc, Obispo de Barquisimeto, se hacía lenguas de su modo de tratar a los fieles: «Verdaderamente el P. Fernández tiene un gran don de gentes», solía decir.

En fin, digamos también que su carácter optimista y entusiasta con frecuencia le hacía soñar despierto. Esto, si bien es verdad que alguna vez le llevó a alguna situación poco airosa, otras muchas le prestó servicios incalculables.

El P. José Fernández, ante todo, fue misionero y el apostolado llenó lo mejor de su vida y consumió sus mejores energías. Sin embargo, no fue éste el único campo de su actividad donde mereció bien de la Congregación y se hizo acreedor a su gratitud. Tres años fue profesor en El Espino y otros en Servitá. De este último jovenado fue casi fundador y director algunos años y rector de la casa. Intervino en la fundación de varias residencias. Le alcanzó una parte no pequeña de las penalidades inherentes a toda fundación. En Servitá más de una noche durmió sobre unas tablas por haber cedido su catre a algún jovenista, Hermano o Padre, que acababa de llegar. En 1943 va de superior a Barranquilla, donde sobre él cae la ingrata tarea de organizar y poner en marcha todo el engranaje de una nueva parroquia. En 1948 se hace cargo de la comunidad de Mérida. De ninguna de estas dos 'casas' poseo dato ninguno. En total, diez años de superior.

Como cohermano era el Redentorista cien por cien, enamorado de la Congregación y de todos sus intereses, el compañero ideal. Bien lo pude comprobar en estos seis años que conviví con él. No necesito acudir a testimonios extraños. Recogeré, sin embargo, algunos, oídos en las conversaciones o leídos en cartas de las más diversas procedencias. «Decía que de súbdito era más feliz, trabajando en las misiones, ni envidioso ni envidiado». «Era un cohermano abnegadísimo para el trabajo. No sabía estar ocioso». «Se podía contar con él para todo, pues era sumamente caritativo». «Generoso para reconocer las cualidades de los congregados, que pregonaba a todos los vientos; en cambio, nunca recuerdo haberle oído críticas ni murmuraciones de nadie. Sus críticas nunca pasaban de un «¡Oh, Dios! amparador y compasivo».

Alegre y jovial, sembraba la alegría y el optimismo a su alrededor. En alguna de las casas donde él vivió corrió el dicho de que «donde está Fernández no puede haber tristeza».

[...]

Siendo superior de Barranquilla notó los primeros síntomas de debilidad a la vista. El lo atribuía al clima tropical. Se trasladó a Bogotá, donde le operaron de desprendimiento de retina en un ojo, pero sin resultado. Volvió a Barranquilla. De Barranquilla salió para su visita a España después de veinticinco años de ausencia. Aquí consultó a diversos especialistas.

[...]

A fines de 1950 volvió [definitivamente] a España, siendo destinado a la residencia del Perpetuo Socorro. Una nueva orientación a su vida. Había sido el misionero Redentorista de pueblos y ciudades de América; ahora seguiría siéndolo en el reducido espacio de un confesionario. Si antes fue el «campeón misionero», en adelante será «el Padre cieguecito del santuario».

Y ésta fue su jornada los seis últimos años de su vida en Madrid. Seguía a la comunidad en todos los actos. Después de la meditación decía misa en el oratorio. Daba gracias, bien aquí, bien paseando por el corredor de la parte destinada a forasteros, bien al pie de la escalera que sube al coro. Después se encerraba en el confesionario y allí estaba, con breves intervalos, hasta las doce y media o la una. Por la tarde, apenas terminados los actos de la tarde -con frecuencia antes-, volvía al confesionario hasta la hora de la meditación de la noche. De nuevo seguía a la comunidad hasta las últimas oraciones. Los días de disciplina, apenas el superior entonaba el Inmaculada Virgen, salía del oratorio a fin de estar a tiempo a la puerta de su celda para el acto de la disciplina. Y aun después había casi siempre algún Padre o Hermano que le pedía que le oyera en confesión. Así bien se puede decir que el confesionario llenaba su vida, desde la mañana a la noche. Los fieles le querían y agradecían su dirección. Últimamente, tal vez debido a su estado de salud, su actuación en el confesionario se resentía de precipitación y nerviosismo, que, como pudimos advertir, originaba algo de inquietud y sorpresa en más de uno de los que se acercaban a él.

Era confesor ordinario de las Religiosas Oblatas de Carabanchel. Un día a la semana, a primera hora de la tarde, las Hermanas, que hacían la postulación en Madrid, venían a buscarle con un taxi. Las predicaba y las confesaba. Con frecuencia hablaba a las religiosas del amor que deben a Dios. No aceptaba casi nunca o nunca la invitación de algún cohermano a salir de paseo. Creo que para ahorrarse el sufrimiento de no poder ver. Alguna vez venía a buscarle algún pariente suyo residente en Madrid y con él pasaba algunas horas. Vivía muy unido a su familia, interesándose por sus problemas. De su hermano, el P. Posado, hablaba con frecuencia.

EL PADRE CIEGUECITO.

Veía lo suficiente para poder andar por casa sin la ayuda de lazarillo, pero no mucho más. Aunque resignado a la voluntad de Dios que le había pedido el costoso sacrificio de la vista, jamás perdió la esperanza de recobrarla. No le gustaba cuanto diera a entender que estaba ciego del todo. Ni pensar en aprender la escritura de ciegos para poder leer, como alguno le aconsejaba. Contra lo acostumbrado en él, recibió agradecido y usó los últimos años un reloj de ciegos que le enviaron de una comunidad de América. Este su afán de dar la sensación de que veía más de una vez dio ocasión a lances curiosos. Como cuando entraba en el comedor pequeño y daba a la llave de la luz, ya abierta, diciendo: «¡Qué oscuro está esto! ¿Por qué no encienden la luz?» En ese caso alguno de los que estaban allí se levantaba y disimuladamente daba a la llave de nuevo. Advertirle de su error hubiera sido para él muy doloroso.

En cambio, cómo se esponjaba algunos días en que le parecía que veía más y los cohermanos le llevaban la corriente. Me pidió el Sábado Santo que le llevara a alguna iglesia donde se celebraran los oficios de mañana para poder comulgar. Le llevé a la cercana iglesita de las Siervas de los Enfermos. Entramos por la residencia. Como el pasillo estaba muy oscuro, le cogí del brazo para conducirlo, mientras decía a la Hermana: «El Padre es algo corto de vista». Noté que el Padre se reía con gana. Después le pregunté por qué se reía y me contestó: «Me hizo gracia el corto de vista. ¡Qué eufemismo!»

Allí mismo en aquella iglesita, pude presenciar la fe y sencillez con que pedía a Dios la gracia de la curación. Después de los oficios me pidió que le condujera junto a la urna que encierra los restos de la Fundadora de las Siervas, la Beata Soledad Torres Acosta. Se puso de rodillas delante de ella y oró largo rato. Después se acercó a la urna y pasaba una y otra vez su mano por el cristal llevándosela a los ojos.

Era su gran ilusión: un milagro que le devolviera la vista.

Para esto rezaba y pedía que rezaran por él. Acudía a todos los medios: reliquias de los santos, algodones empapados en lágrimas de la Virgen de Siracusa, que se aplicaba con frecuencia a los ojos, agua de Lourdes. En el Año Mariano hizo el viaje a Lourdes con la secreta ilusión de que la Virgen le devolvería la vista.

Con frecuencia, mientras la comunidad estaba descansando o en las horas de los actos de la tarde, bajaba a la iglesia, la recorría de rodillas y rezaba con los brazos en cruz. Más de una vez le sorprendí ante una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro que hay en el descanso de la escalera principal de esta residencia. Se cogía al manto de la Virgen, la acariciaba con la ternura que un niño acaricia el rostro de la madre, y después se llevaba las manos a los ojos.

Al M. R. P. Provincial le decía con frecuencia: «Pídale al Señor que me ponga los ojos buenos que no quiero verle con malos ojos». Y con este mismo objeto interesaba las oraciones de sus penitentes, y, de vez en cuando, pedía al prefecto de iglesia que rezaran en el púlpito, sobre todo en días de aglomeración de fieles.

En esto fue todo un caso. Creo que si alguno, ha pedido a Dios con insistencia un milagro fue el P. Fernández. Dios, en sus designios inexcusables, no ha querido escuchar sus súplicas y otorgarle el milagro tantas veces pedido. Los años de ceguera le habrán, sin duda, servido de purificación para prepararle a la visión divina, que estaba más cerca de lo que él y todos nosotros creíamos.

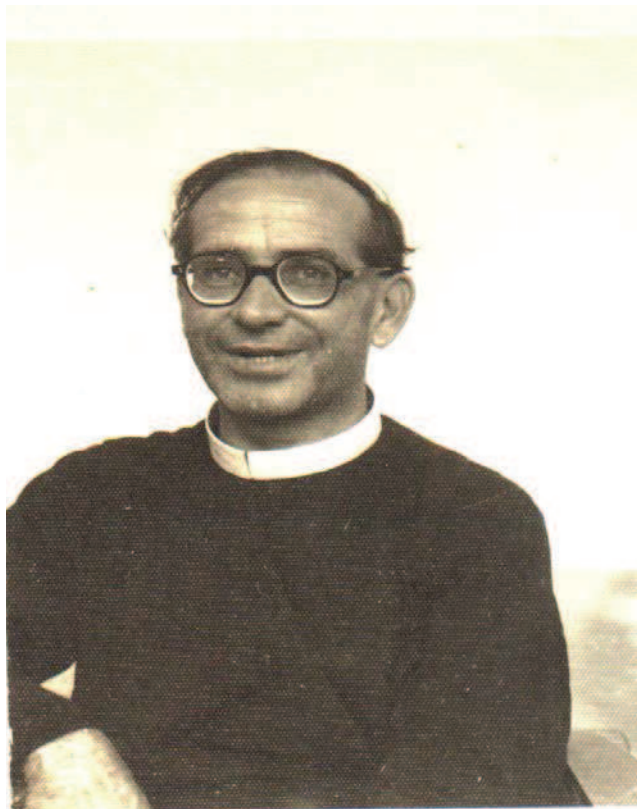
Al salir para Astorga a hacer mis ejercicios anuales, le invité a acompañarme, ofreciéndome a ser su lazarillo y hacer con él las lecturas y meditaciones de los ejercicios. No le desagradó la idea.

-Al año que viene- me dijo-, lo preparamos con tiempo y voy con usted.

Otros muy distintos eran los designios de Dios. En Astorga, el último día de mis ejercicios, me sorprendió la noticia de su muerte [7 de agosto de 1956].
[...].

(P. Roberto García)

RESEÑA BIOGRAFICA DEL P. LEONARDO GONZÁLEZ CUDEIRO (1899-1971)³¹⁵



«El P. Leonardo González Cudeiro había nacido el 1 de octubre de 1899 en Villar del Monte, provincia de Lugo. Ingresó en el jovenado de El Espino el 15 de septiembre de 1912; seguía los pasos de dos hermanos suyos; Daniel y Serafín, que habían ingresado con anterioridad; los dos se malograron prematuramente: Serafín fallecía en el Estudiantado de Astorga en 1918 a consecuencia de la tisis, y Daniel, poco después de terminar Estudiantado, moría en Cuenca en 1921, víctima de la misma tisis sin haber podido dedicarse al ministerio; ambos dejaron grato recuerdo de sus virtudes.

Nuestro Leonardo dejó El Espino en 1917 para ir a hacer la Retórica en el jovenado de San Pablo de Cuenca. Desde allí partió para el Noviciado de Nava, donde vistió el hábito el 24 de agosto de 1918 e hizo su profesión el mismo día del

año siguiente. Para evitar la extrañeza de canonistas meticolosos transcribimos la glosa del cronista provincial, P. Gamarra: “El 24 de agosto profesaron los diez novicios que en igual fecha del año precedente habían tomado el hábito. Fueron los últimos que lo hicieron así, y no sin dispensa especial, ya que el Derecho oficialmente interpretado disponía que el día en que empezaba el noviciado no entrase en la cuenta del año canónico; cosa en verdad extraña y aun ridícula, que ni tiene fundamento en la razón ni más motivo de ser que lo mandado. El mismo día salieron para Astorga”.

Ya en Astorga hace su profesión perpetua el 24 de agosto de 1922 y recibe la Ordenación Sacerdotal el 21 de septiembre de 1924, al comenzar su 2.º curso de Moral. La crónica provincial hace referencia al R. H. Cudeiro en dos ocasiones durante su Estudiantado: una en 1923, para ponderar la construcción, junto con el H. Porfirio Díez, del famoso piano, y la otra en 1924, en que se alude a una enfermedad (no precisa cuál) “que durante no poco tiempo tuvo postrado en cama, con grave riesgo, al H. González Cudeiro”.

En 1925 se inicia la fundación redentorista en Venezuela; la primera expedición sale a mediados de febrero, compuesta por los PP. Andrés Álvarez y Esteban Arce y el H. Rafael Nebot; se establecerán en Barquisimeto. La segunda expedición parte a finales de agosto y la componen los PP. José Fernández Posado y Leonardo González Cudeiro, más el H. Pedro Rogelio García. El P. Leonardo finalizaba aquel año el Estudiantado y el Hermano acababa de

³¹⁵ BOLETÍN DEL PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. XII, N° 94 (abril 1972), pp. 166-169

hacer su profesión; ambos recibieron tan precipitadamente el destino americano a fin de que se vieran libres del servicio militar.

El 7 de julio de 1927 acompaña a los PP. Alvarez y Domínguez en la fundación de San Cristóbal de Táchira, casa de la que en 1930 es consultor. En 1933 está en Mérida de ministro y consultor. El 23 de noviembre de 1935 inicia la fundación de Servitá, en la que desempeñará los oficios de ministro, consultor y profesor.

En 1942 le vemos de nuevo en San Cristóbal, y aquí permanecerá ya hasta el día de su muerte, desempeñando el cargo de admonitor vitalicio. En 1963 viaja a Europa como Vocal del Capítulo General en representación de las Viceprovincias de Caracas y San Salvador.

La labor que desarrolla el P. González Cudeiro durante estos casi cincuenta años por tierras venezolanas y colombianas queda sintetizada en estas líneas del director del Diario Católico, de San Cristóbal, Nelson Arellano: “El Padre González fue un hombre multivalente, polifacético. Ejerció incansablemente, con elevado espíritu, el sacerdocio. Fue misionero fogoso e infatigable. Predicó con celo el Evangelio. Administró Sacramentos. Formó sacerdotes. Proyectó edificios. Construyó templos y casas parroquiales. Fabricó instrumentos musicales. Fue pintor de finos quilates. Escribió libros. Ejerció la radiestesia y, a través de ella, curó muchas enfermedades de los cuerpos. Tuvo espíritu de investigador. Pulsó el órgano. Hizo esculturas, talló madera, confeccionó aparatos eléctricos... Dotado de brillante inteligencia y memoria privilegiada el P. González Cudeiro fue siempre un ameno conversador. El dogma, la moral, la liturgia, la historia eclesiástica y civil, la política, los problemas internacionales, la medicina, el derecho, eran temas habituales de sus charlas por demás interesantes”.

La labor apostólica la desarrolló ampliamente durante sus años jóvenes trepando a lomo de mula por los cerros, vadeando ríos y oteando llanos; cuando declinó su robustez física se entregó a la investigación llevado de su espíritu aventurero.

Su amor por el arte, del que dejó ya manifestaciones antes de partir para América, se desplegó en el Nuevo Mundo intensamente. Ya en los comienzos de la fundación de San Cristóbal “proyectó tanto la capilla como la residencia”, y no sólo eso, sino que “sus manos sangraron muchas veces llevando a pulso los ladrillos, el cemento, la cabilla y la tierra para configurar la estructura”. Más tarde dirigirá también la construcción de la torre del nuevo santuario.

Otro aspecto significativo de su actividad fue su entrega a la radiestesia. Más de una acusación y de algunos sinsabores le costó la dedicación a esta labor investigadora y curativa; pero tuvo la suerte de disfrutar siempre de la estrecha amistad del obispo de la diócesis, Mons. Alejandro Fernández Feo, del que ya en 1955 era confesor. Dedicado al estudio de las plantas, de las que su habitación era un auténtico invernadero, había llegado a formular más de 180 fórmulas químicas que

El P. Leonardo al final de su vida

conseguían realizar maravillas. En una carta escribe: “Me ha tocado curar a cuatro o cinco tíos del presidente de la República, a uno de infarto cardíaco, a otro de cáncer en la cara y a los demás de enfermedades que no conocían los médicos”.

San Cristóbal de Táchira le consideró como gloria propia; por eso en 1969, con ocasión de sus Bodas de Oro de Profesión religiosa, el Concejo Municipal del Distrito le otorgó las “llaves de la ciudad”.

Sobre sus últimos momentos escribía el P. Viceprovincial desde Caracas el 28 de octubre, día de su muerte: “En estos momentos salgo para San Cristóbal donde, me comunican, ha muerto hoy a las 9 de la mañana el P. Leonardo González. Hacía unos días

estaba en cama, al parecer sin mayor gravedad; eso sí, mostrándose renuente a toda comida. Hoy, mientras estaban con él, inclinó plácidamente la cabeza y expiró repentinamente”.

Pocos días después, al mismo tiempo que enviaba la información periodística aparecida en San Cristóbal con ocasión de su muerte y entierro, volvía a escribir: “Según declaración del médico, la causa fue un derrame cerebral. El 29, a las diez y media de la mañana, tuvimos el entierro. Asistieron representaciones de todas las comunidades de Venezuela y la comunidad de Cúcuta. En la misa que precedió al entierro concelebramos veintitrés sacerdotes presididos por el obispo de Barinas. El diocesano no pudo asistir por estar en Caracas asistiendo a una hermana enferma. Estaban presentes setenta y tres sacerdotes de la ciudad y pueblos vecinos. Los dos seminarios en pleno se encargaron de la parte musical. El Consejo de la Ciudad, que hacía unos tres años lo había declarado hijo ilustre con motivo de sus Bodas de Oro religiosas, en sesión extraordinaria acordó asistir a las exequias con pendón y en pleno, lo que cumplió acompañando el cadáver hasta el cementerio con el pendón de la ciudad, junto con una gran multitud de fieles. El pueblo quiso acompañarlo a pie hasta el cementerio, lo que hicimos con gusto atravesando gran parte de la ciudad, que conmovida presenció el desfile. No podemos calcular las personas que desfilarían por la iglesia convertida en capilla ardiente; pero, ciertamente, fueron muchos miles. La iglesia permaneció abierta toda la noche. Con su aplicación de la radiestesias a la curación de enfermedades, el P. González se había convertido en un pequeño mito popular. Era además el confesor de gran parte del clero, secular y regular, de la diócesis, inclusive del Obispo.

El Diario Católico terminaba su información sobre el impresionante entierro: “(En el camposanto) Hubo diferentes intervenciones de sacerdotes y amigos para testimoniar el dolor de ese momento. El Muy Ilustre Concejo Municipal del Distrito San Cristóbal... estuvo presente en todas las ceremonias. En su nombre, el Dr. Argimiro Chacón pronunció emotivas palabras de despedida y gratitud hacia el hombre que con su trabajo, con su dedicación, con su iniciativa y con su cariño contribuyó eficazmente al progreso físico y espiritual de la ciudad que lo hizo suyo y que ayer definitivamente lo recibió en sus brazos”».

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL HNO. PEDRO GARCÍA GONZALEZ (1904-1983)³¹⁶



«Hoy, 8 de Abril de 1983, fue inscrito en el MEMORIAL de la Congregación el nombre del Hermano Coadjutor, PEDRO GARCIA GONZALEZ.

Para el redentorista, fiel a su vocación hasta la muerte, ese Memorial es el “Libro de la Vida”.

Nace el Hermano Pedro el 31 -1 -1904 en el Valle de Tedejo, provincia de León, España. Profesa como Religioso, el 24-8-1925 en Nava del Rey. Fallece el 8-4-1983, a los 79 años de edad, en Valencia, Venezuela. Fueron sus padres Hilarío García y María González, honrados y cristianos labradores del Valle de Tedejo, en el Bierzo, el “Vergidum” de los romanos, jardín natural por sus arboledas umbrosas, verdes praderas y jugosas sementeras. En el Bierzo nació él.

En su bautismo recibió el nombre de Rogelio, que más tarde le cambiaron de religioso con el nombre conventual de Pedro Nolasco. Al calor de aquel hogar cristiano, creció el niño y en su edad escolar estudió el “Fleury”, en el que tantos niños leoneses se formaron. Hizo su Primera Comunión con la estricta preparación de aquel entonces y creció robusto en cuerpo y sano en el espíritu hasta llegar a ser mozo cabal; y pagó la “pesetilla”, tributo obligado del clan juvenil; y los amigos, en su “argot” regional, lo consagraron mozo de polaina entera.

Y tan cabal era el mozo, que antes de cumplir los veinte, picando muy alto, deja con resolución inquebrantable el mundo, su mundo; y, siguiendo la llamada de Dios, entra en el Convento. Es admitido como aspirante a Hermano Coadjutor. El 24 de Agosto de 1924 entra en el Noviciado. Bajo la dirección del gran asceta, Padre Rafael Caveró, maestro de generaciones redentoristas, se forma el Hermano Pedro, que ha de llegar a ser un perfecto ejemplar de la vieja guardia de los Hermanos Coadjutores.

De ese tiempo conserva el Hermano Pedro un cuaderno de apuntes espirituales, verdadero panal de miel para el alma religiosa.

El 24 de Agosto de 1925, profesa emitiendo los tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Quedaba armado caballero a las órdenes del Redentor y con su consigna perentoria: ¡Id por el mundo entero!...

En efecto, poco duró su estancia en España después de su profesión religiosa. En Marzo de 1925 se funda la primera casa de la Viceprovincia de Caracas en Barquisimeto. Está presente con los fundadores el joven Hermano Coadjutor Pedro García, soportando con espíritu generoso y sacrificado las estrecheces de las primeras fundaciones.

El año 26 rompe en las costas de Venezuela una fuerte ola de nuevos fundadores, que la revolución comunista de Plutarco Elías Calles, presidente de México, ha mandado al ostracismo, expulsando a todos los religiosos y sacerdotes extranjeros. Una docena de

³¹⁶ P. Vicente Berasain, *C.H. Pedro García González 1904-1983*, s/f

Misioneros Redentoristas españoles, que trabajaban en México, llegan a Barquisimeto en plan de expansión providencial de la primera colmena redentorista en Venezuela.

En efecto, terminado el año 26 y comenzado el 27 se funda con los nuevos elementos, la residencia de Mérida de Los Caballeros y allá es mandado el Hermano Pedro.

¿Qué recibimos en Mérida como base de fundación? Una vieja iglesia de muros de tierra pisada, de Padres Agustinos del tiempo de la Colonia, refaccionada más tarde por la Venerable Orden Tercera Franciscana, después de un fuerte terremoto, llamada en adelante Iglesia de la Tercera. El estado de la Tercera era deplorable. Solamente el presbiterio estaba medio en regla; de casa residencial nada de nada; por eso hubo que alquilar una, a tres cuadras de distancia.

Y aquí empieza la primera obra del Hermano Pedro en su largo camino de constructor de templos y residencias en Venezuela y en Colombia, siguiendo la trayectoria de aquellos maravillosos alarifes y cooperadores de los Misioneros y Ministros de la Palabra en los tiempos de la evangelización americana hasta el día de hoy; verdaderos Diáconos Apostólicos, que administraban y regían las obras materiales, construyendo templos, residencias, colegios y hospitales, puentes, acueductos y caminos; cultivando tierras, criando ganados, despensa de las Misiones y repartiendo entre los misionados los bienes temporales, para comunicarles los bienes del espíritu.

Lo primero que hizo el Hermano Pedro en Mérida fue montar una carpintería. El era primordialmente carpintero. En eso se formó él especialmente en aquellos oficios a que son destinados nuestros Hermanos Coadjutores. Le gustaba el oficio y tenía grandes aptitudes para ello y entre los viejos hermanos de su tiempo tuvo buenos maestros. Montó también una aserradora. Se trajeron del monte enormes “trozas” y a aserrar se ha dicho, no con sierras mecánicas, sino con las anchas sierras tradicionales, movidas a cuatro robustos brazos, donde dos hombres, uno montado arriba del puente y otro abajo hacían gimnasia formidable. Pues con esas tablas aserradas en casa, el Hermano Pedro hizo todos los pisos, ventanas y puertas de la primera residencia de Mérida y el flamante coro de la Tercera, con piso, bancos y reclinatorios para la oración, además del variado y múltiple mueblario de una Comunidad Religiosa.

Un gran ayudante tuvo el Hermano Pedro en esta obra: el Hermano Mateo Alcalde, pastor en Cuenca de un rico señor ganadero, modelador ahora improvisado de una casa religiosa, venido a Venezuela con los expedicionarios mexicanos.

En verdad, el Hermano Mateo como el Hermano Pedro, era un estuche de cualidades. Inteligente, imaginativo, audaz y buenas aunque toscas manos para las obras. No paraba en detalles ni en lindezas, con tal que la obra fuera sólida. Montó a su vez una fragua con su gran fuelle casero y forjó curiosas herramientas de trabajo con cabillas de construcción.

Con ayuda de tres o cuatro peones, preparó los cimientos de las columnas, osamenta de la obra, hizo, ayudado del Hermano Pedro, el carpintero, unas formaletas de madera para pisar la tierra y empezó la construcción. Para las columnas de cemento armado se compró el material importado, casi desconocido aquí en aquellas fechas, y hubo que enseñar a tratarlo a los peones, que no lo conocían. Ellos sabían de tierra amasada con los pies, mezclada con hierba seca picada y que el P. Gumersindo Guerra bautizó como el “cemento criollo”.

Surgieron las columnas a flor de tierra y espigaron lo suyo, pero no enfilaban muy iguales y algunas se veían tan panzudas... El Hermano Pedro, desde su taller, atisbaba la obra y sufría no poco. El, tan exacto en sus escuadras y en su metro carpintero, y aquellas columnas tan irregulares... y tan poco juncales. Se dirige al Hermano Mateo para advertirle el

desaguisado; éste se disgusta un poco, se molesta otro poco y disputan los dos un tercer poco, aduciendo cada uno sus técnicas y métricas decimales. En esto los sorprende el Superior, a quien ponen como Juez los dos Hermanos, para que dirima la artística contienda. El Superior algo tajante, aunque sonriendo por dentro, declara: Ud. Hermano Pedro, a su carpintería y a sus tablas, y Ud. Hermano Mateo a guardar mejor la “línea” de sus columnas... Pero en ese momento surgió en el buen Hermano Pedro la vocación de arquitecto y constructor, y siguió esa llamada en la larga trayectoria de su vida por Venezuela y Colombia, dejando a su paso verdaderos monumentos religiosos. Su oficio de carpintero le había enseñado muchas cosas.

En San Cristóbal del Táchira. Al poco tiempo de fundada Mérida, se funda en San Cristóbal del Táchira, en la capilla de San Antonio, regentada por religiosas dominicas de Santa Rosa y prestada a nosotros temporalmente para el culto.

Se compra un terreno, donde ahora se levanta el Santuario del Perpetuo Socorro. Se comienza construyendo primero la residencia actual, sirviendo de capilla la planta baja. Aquí, sí, había un gran arquitecto en el R.P. Leonardo González. A sus órdenes, como maestro principal de la obra, el Hermano Pedro aprovechó muchísimo.

Pagüita. Llega el año 1932. La Comunidad de Caracas recibió en fundación, poco tiempo atrás, una capilla en cruz griega, construida por el Presidente Guzmán Blanco en la Plaza de Pagüita, para trasladar a esa capilla un paso monumental con el Cristo crucificado, la Dolorosa y San Juan, en estatuas más que de tamaño natural, ubicada en el Cerro del Calvario, para erigirse a su vez, su propia estatua en la misma plataforma del Paso. A la vera de la capilla se había construido la casa-residencia y ahora, llegada la fecha del Bicentenario de la Congregación, 1932, la Viceprovincia se disponía a levantar un bello templo al Perpetuo Socorro.

Uno de los Padres hace el borrador de los planos, que satisfacen a la consulta doméstica y al Viceprovincial, P. Esteban Arce. El Canciller español, buen arquitecto y amigo de la Comunidad, los pone en limpio y comienzan las obras de cimentación para tener el campo listo y poner la primera piedra en la fecha del Bicentenario.

La ceremonia la preside el Nuncio Papal, acompañado del clero secular, religiosos y fieles en buen número. Después, a seguir las obras con entusiasmo y devoción.

Pero eran tiempos difíciles por la flaca economía, pues aún no había llegado la Era del Petróleo. Para solventar el caso, se pensó en el Hermano Pedro, que al poco llegó a Caracas. El, con tres hombrecitos de ayudantes, emprendió la tarea. Llevaba también la administración de la obra.

Sirviéndose de tablas largas hacía los encofrados y con cemento batido a pala, iba construyendo las paredes y columnas, armadas antes con cabillas apropiadas, algo más derechas que las del cuento; los largos ventanales surgían también a su tiempo, armados con fuertes celosías de cemento, que, metro a metro, cada día, en un molde artístico de madera, hecho por él, fundía; los vitrales serían más tarde encajados en esas celosías.

Según los planos, poco a poco, pero como por arte de magia, aquellos pocos hombres hicieron el prodigio de levantar un templo moderno y bello de tres naves, 18 metros de ancho por 35 de largo, lo que daba el terreno, con su gran coro y su esbelta torre, que la televisión venezolana ostenta como propaganda del progreso artístico de la nación. Todo muy nuevo en la Caracas de aquel tiempo. Hoy Caracas y las otras ciudades de Venezuela son emporios de la construcción vertical. Para algo llegó la Era del Petróleo.

Lástima que este templo de Pagüita, por mandato de Roma y en aras de la obediencia religiosa, tuviera que ser entregado a la Curia caraqueña pocos años después de inaugurado,

por salvar la fundación del santuario de Coromoto del Pinar, actual residencia viceprovincial; y no convenir de Roma que la Viceprovincia tuviera dos fundaciones en una misma ciudad.

El Hermano Pedro se consagró en Caracas como maestro constructor.

Sigamos ahora, aunque sucintamente, su carrera de obstáculos en el campo de la construcción en Colombia.

Jovenado de Servitá. El Colegio Jovenado de Servitá fue fundado para las dos Viceprovincias de Bogotá y Caracas. En pleno páramo de los Andes colombianos, al cobijo de una Capilla colonial, dedicada a Cristo Nazareno, cuatro colosos operarios misioneros: P. González Cudeiro, arquitecto; Hermanos: Pedro García, Mateo Alcalde y Florentino Alvarez, capitaneados por el P. Antonio Armada, construyeron un pequeño Escorial: Montaron también, para iluminación del Colegio y pueblo de Servitá, una planta eléctrica, con técnica propia, en una torrentera de aquellos cerros, superando difíciles pasos, lanzando puentes primitivos y venciendo obstáculos inverosímiles. ¡Pero la luz fue hecha! Un técnico suizo pasó por allí, vio y exclamó: Esta es, porque sí, obra de españoles, Quijotes al fin...

El itinerario del Hermano Pedro, maestro de obras, cruza y entrecruza el mapa de la Colombia redentorista. En distintas ocasiones y fechas trabaja en las residencias de Barranquilla, Bucaramanga, Cúcuta, Manizales, Bogotá y en algunas de gran envergadura, como las de Buga con su gran Basílica del Señor de los Milagros, a las órdenes del dinámico P. Miguel F. Aparicio, Rector del Santuario.

Como resumen de todo, oigamos un testimonio de mucho peso y bien documentado, que nos traza una semblanza perfecta del Hermano Pedro, física y espiritual, glosando el principio ascético famoso: *“ora et labora”*, que el Hermano Pedro cumple a cabalidad. El testimonio es del P. Fermín Aranguren, recién ido al Padre.

“Al Hermano Pedro hay que mirarlo en estas dos posturas:

- 1.- Vestido de sotana redentorista, rosario al cinto y en mano y casi siempre ante el Sagrario en la Capilla, un rato de rodillas y otro rato sentado.
- 2.- O bien, vestido con una bata de casi presidiario, algún botón de menos, un pantalón sencillo y unos zapatos negros, plan de trabajo.

Son las dos definiciones de oración y acción y sin dicotomías, ni en estas palabras ni en la persona que las vive. Dos facetas de la vida del Hermano, dos formas de su vida redentorista.

1.- Siempre que no estaba en trabajos, estaba en oración, El día lo tenía inexorablemente dividido: Levantarse, meditación en comunidad, Misa y Comunión, desayuno, vestirse en plan de trabajo y a preparar todo para la llegada de los obreros. Día de trabajo, comida, vuelta al trabajo, lo dejaba el último, y cambio de ropa y a la capilla. Asistía al recreo de la noche, capilla y cama. ¿Cómo podemos nosotros definir a ese hombre recio y curtido, en su vida espiritual de trato con Dios, su experiencia, virtudes, etc.? - Ni él lo sabría decir; pero todos estamos de acuerdo que vivía una vida de Dios, que lo sentía, lo experimentaba, conversaba, dialogaba a su modo, rezaba, tenía amistad con El a quien amaba. Sencillo, humilde, pobre, sacrificado, obediente, respetuoso; y así una letanía interminable de virtudes, una vida larga. No llamaba la atención en nada, solamente en saber hacer una vida que no llamara la atención de nadie. Ante Dios, un hombre que quema su cera sin cesar por el Amor. Ante los hombres: un hombre sencillo y agradable, siempre dispuesto a ayudar y sin saber decir lo que es, lo que vive y lo que quiere hacer. Los Doctores místicos dicen maravillas que nosotros, profanos, no entendemos y los “rústicos”, léase: sencillos místicos, las viven lo mismo; pero las dice no sabiendo decir...

Nunca se le vio una impaciencia, desentonación, disgusto, intranquilidad, siempre una dulce tranquilidad, equilibrio, paz, fruto de una vida entregada a Dios, sin aspavientos ni rarezas, con la sencillez evangélica de una entrega callada y total a su modo y según la gracia de Dios y su comprensión. Era una de esas almas niñas, en contraste con su contextura corporal.

No hablo de sus virtudes, votos, etc. No sé cómo el Hermano Pedro entendería las virtudes teóricamente; pero no sé si el mejor teórico supiera encontrarle el más mínimo desliz y rareza en su vivencia. Todo parecía en él primitivo, reducido a la mínima expresión, sencillo y fácil, hecho para eso: para ser bueno y santo sencillamente.

Su fe berciana, carbonera, hogareña, pocos cambios sufrió por las aulas de la ascética redentorista, no tenía molde, no tenía presupuestos apologéticos, así la aprendió y así la vivió. No creo que tuviera en la vida ni una duda, ni sobre Dios, ni sobre los dogmas, ni sobre su vocación, superiores, cohermanos, su misma vida y trabajo. Sabía con la fe, que esa era la voluntad de Dios.

Su esperanza, no sabía que era escatológica, ni nada de eso, era un niño en confianza en Dios y sobre todo la Virgen, y sin melosidades, con la reciedumbre de su contextura, más que corporal, espiritual.

Su amor a Dios, que lo digan aquellas horas enteras, cansado del trabajo diario, que las pasaba en la primera banca de la capilla, ante el sagrario.

Su caridad fraterna, que se levante quien tuviera algo contra él, y él menos tenía contra nadie. Siempre terminaba todo, con una carcajada o mejor sonrisa del otro. ¡Bendito Hermano Pedro: ni empeñándose se podía reñir con él!

¿De sus votos? No entendería que eran valores del reino, postura escatológica, signo de vida futura, pero creo que más que en Venezuela o Colombia, vivía en el cielo con Dios, mientras trabajaba para nosotros en la tierra.

Yo no puedo creer que todo lo bueno que se veía en él, fuera su obra, ni mucho menos; pero sí estoy convencido que Dios hacía en él a su gusto lo que quería, con esa materia buena, sencilla, incondicional. ¡Dios hizo lo que quiso con el Hermano Pedro!

2.- Su trabajo

Esto parecerá a muchos que es su característica. Yo me quedaría con lo anterior: su vida en Dios, con sencillez y devociones.

Pero sí era esto notable en el Hermano Pedro. Las obras que realizó en pro de la Viceprovincia de Venezuela y en la Provincia de Colombia, sólo se podrían vislumbrar contando los miles de metros de construcción, los miles de pesos de ahorros para la comunidad, los miles de horas de trabajos. ¿Se diría que tenía ansia de trabajar? - No creo. Tenía convicción de Hermano y sabía, a su modo, que ésa era gran parte de su ascética y su oración. Entraba el primero en el trabajo y salía siempre el último. Había que recoger herramientas, limpiarlas, etc. Los obreros lo miraban con admiración de santo patrono del trabajo, digno de admiración pero difícil de imitación.

Al principio de una obra todos lo creían un Simplicio, no se manifestaba tan fácilmente lo que valía. Por eso sufría él, porque veía hacer cosas mal, sabiéndolas hacer él, sabiendo dirigir él. Así pasó en muchas obras. Ni arquitectos, ni obreros, ni superior le apreciaron debidamente... y sufría no por la falta de aprecio, sino porque no se hacían las cosas como se debían.

Cuando en la casa e iglesia de Bogotá, el Dr. De la Mora se dio cuenta de que podía dirigir las obras, le encomendó incondicionalmente todo. Y nos decía aparte a los Padres: “¡qué calva de apóstol tiene y qué cabeza de ingeniero!”. Ocho días se pasó el arquitecto para

hacer un diseño de una escalera de caracol para subir al coro. Y a los ocho días no le salía. El Hermano Pedro se le acercó y con cara de ingenuidad dice: Doctor, creo que se puede. - Si se atreve, hágalo Ud. Hermano... A la media hora ya estaba trazada, y al día siguiente hecha.

Miles de correcciones hacía el Hermano: unas las presentaba al arquitecto y siempre se las aprobaba. Otras las callaba, sobre todo cuando quitaba varillas... El arquitecto lo veía, pero sabía perfectamente que no iba a afectar en nada la robustez de la obra. Callaba e intercambiaba con el Padre: “qué tesoro de hombre tenéis!”

La construcción del seminario de Manizales, con sus miles de metros, fue obra de encanto. Antes de aprobar los planos, casi la termina. Le sorprendió el visitador municipal y le puso una multa de cien pesos. Pagó y al día siguiente siguió trabajando. Vino el terremoto. Cayó una torre de la catedral y muchos edificios, y el seminario redentorista con sus cinco pisos, sin aprobar aún los planos, ni se agrietó; apenas se cayó un palo que estaba mal parado en la azotea. Bastó esa aprobación.

Con los obreros era admirable: medio en plan de ascética, medio en plan de regaño, los sabía explotar al máximo, y siempre los tenía contentos. Es que con el Hermano Pedro, nadie se puede enfadar, decían ellos. Unos diez minutos antes de terminar el tiempo de trabajo, hacía siempre alguna mezcla, qué requería otros diez minutos más de continuación para emplearla toda.

El sábado, al pagar, alargaba o retenía algún peso de más o de menos para consolar o reclamar a uno que otro con lo que todos terminaban riendo y... hasta el lunes, Hermano Pedro, que descansa y lo pase bien. Y todos se iban contentos. Sabía torear a todos los miuras falsos, que siempre los hay. Pero sabía hacer bien el papel, casi a lo buen gallego, o a lo berciano, injertado en gallego, que es de cuidado. Con los obreros tenía cariño de padre y les preparaba andamios, etc. con mucha más solicitud y cuidado que ellos mismos.

Cuántos monumentos nos ha dejado en estas dos naciones de Colombia y Venezuela. Las dos naciones y Viceprovincias le estarán eternamente agradecidas.

Otra fisonomía del Hermano Pedro, podría ser sus escasos días de recreo, vacaciones o su paso por otras casas. Nunca estaba de descanso: revisaba todo, veía deficiencias, llaves sueltas, servicios imprecisos, etc. etc. El llevaba siempre en el bolsillo algún alicate, algún destornillador y unas cuantas tuercas y clavos... y al ver esas deficiencias, miraba, metía la mano en el bolsillo y sacaba la tuerca precisa, el tornillo exacto: eso era el Hermano Pedro: todo le salía bien en el trabajo. El célebre Hermano Mateo, su compañero de faenas, solía decir: “El no echa medidas ni nada y todo le sale bien; y yo que he medido dos, tres y hasta cuatro veces, al fin acabo poniendo un petacho feo”.

Y termina diciendo el P. Aranguren: “Del Hermano Pedro digan que era, hombre de Dios, hombre de trabajo, hombre de amor a la Congregación. ¿Cómo? Eso lo sabemos todos, pero no para decirlo!

El 8 de Abril de 1983, viernes de Pascua, en nuestra residencia de Valencia (Venezuela), donde había vivido los últimos seis años, murió santa y calladamente, como había vivido, el Hermano Pedro García González, fiel a su vocación hasta la muerte.

En su larga vida de 79 años, gozó siempre de buena salud y trabajó con todas sus fuerzas en el desempeño de sus oficios, pero en los dos últimos años sufrió muy fuertes achaques, que lo llevaron hasta tres veces al quirófano. Primero fue operado del sistema biliar; y, aunque repuesto bastante bien, tuvo que llevar ya continuamente un tubo exterior de drenaje, que le causaba no pequeñas molestias.

A principios del año 1983, comenzó a sufrir trastornos graves en la orina. Y tras muchos dolores y molestias, el miércoles de Ceniza fue operado de la próstata. Se repuso bastante

bien, de modo que llamó la atención de todos, incluso de los médicos que lo intervinieron, y volvió a sus trabajos de carpintería y de la huerta. Pero poco después comenzó a quejarse de fuertes dolores en lo que él decía “a boca del estómago”. Nuevos exámenes y nuevos análisis y de nuevo a la clínica y al quirófano. El Viernes de Dolores, en la tarde, fue operado de urgencia para extirparle un tumor maligno en el hígado. Ya no se recuperó. Al salir del quirófano, a petición suya, se le administraron los últimos sacramentos, que recibió con verdadera fe y entereza.

Sufrió mucho en las clínicas (estuvo en tres) aunque siempre recibió atención esmeradísima de buenos y voluntarios médicos, pero sobre todo de sus hermanos de comunidad, con el P. Rector, Benigno Alonso, a la cabeza y hasta de las mismas empleadas domésticas, pues todos se turnaban día y noche para velarlo y atenderlo. La Semana Santa de este año, esta residencia de Valencia, tuvo dos Cristos de Pasión: el de la santa liturgia y el del buen Hermano Pedro, sometido a cuidados intensivos.

El Jueves Santo, a petición suya, pues quería morir entre sus hermanos, se le trajo a nuestra residencia, casi desahuciado. El lunes de pascua, a instancia de uno de los médicos, que tenía mucho interés en el enfermo, se le volvió a llevar a la clínica para un tratamiento más intensivo y una posible nueva intervención en el hígado. Ya era tarde. Ninguno de los tres médicos que lo atendían se atrevió a intervenirle. Y después de tres días en la clínica, según sus deseos, se le trajo de nuevo definitivamente a nuestra residencia, donde el viernes 8 de Abril, a las ocho y cuarto de la tarde, fallecía santamente, rodeado de todos los miembros de la Comunidad y de las empleadas domésticas, mientras se le hacía la recomendación del alma y se le impartía la Bendición Apostólica».

Vicente Berasain

RESEÑA BIOGRAFICA DEL P. FRANCISCO PADILLA MORAZA (1887-1955)³¹⁷



«Verdaderamente que este año ha sido probada la Viceprovincia de Venezuela por Dios: Tres muertos; dos de los cuales tocan a la casa de Caracas. En el intervalo de tres meses y cuando nos íbamos consolando del dolor que nos causara la muerte del P. Palacios, Dios se llevó al P. Padilla. Habían nacido los dos el mismo año y el mismo mes con un día de diferencia y sobre esto bromeaban y se querían como dos hermanos. La muerte no los pudo separar mucho tiempo. Hoy están los dos, el uno junto al otro, descansando de sus afanes.

Nació el R. P. Francisco Padilla en Peñacerrada, Provincia de Alava, el 24 de Junio de 1887. Su santa madre, pues quedó muy niño huérfano de padre, dirigió los pasos de su querido Francisco al Espino, donde ingresó a los once años, siendo Director el M. R. P. Pedrosa.

De sus años de Jovenado sabemos que los Superiores le apreciaron sobre manera por su piedad e inocencia. Un dato puede comprobarlo. Cuando terminó los estudios del Jovenado, expuso al Director un defecto que padecía en la vista y que podía más tarde impedirle el Sacerdocio; pero tanto era el cariño que se había merecido, que el Director le

mandó que se quedara tranquilo y que no dijera nada.

Terminado los estudios preliminares del Jovenado, fue trasladado a Nava del Rey para hacer el Noviciado y cimentar los principios de la vida espiritual, que tan profundamente habían de calar en su alma, bajo la dirección del santo P. Chavatte. Terminado el Noviciado hizo el Escolasticado en Astorga, ordenándose de Sacerdote el 8 de Septiembre de 1911 de donde pasó al Espino como Profesor de Preparatorios y Socio, cargo que desempeñó hasta el año 1918.

De su paso por el Espino como Profesor de Preparatorios y Socio, todos los que le conocimos guardamos de él un profundo y grato recuerdo, por su bondad y sobre todo por su abnegación con los enfermos. Aun recordamos la pequeña figura del P. Padilla, arrellenado en su pupitre, con su larga vara que llegaba a todas partes, y con la que llevaba el compás de las declinaciones y al mismo tiempo infundía orden y respeto a aquellos traviesos rapaces que disimuladamente se medían con él y del que superaban algunos centímetros.

La caridad con los enfermos era algo heroica y lo fue siempre. Su cuarto estaba pegado a la enfermería y no había noche que no pasara una o dos veces para ver cómo se encontraba el enfermo.

³¹⁷ N.V., *Necrología del Reverendo Padre Francisco Padilla*, s/f

Del Espino pasó a Pamplona, y después de hacer el segundo Noviciado, fue destinado a México, donde permaneció hasta que la revolución de Calles hizo imposible la vida, y la obediencia lo trasladó a Venezuela el año 1927; estableciéndose en la casa de Barquisimeto, pasando al poco tiempo a la de Mérida, enclavada en el corazón de los Andes y donde vivió la mayor parte de su vida y predicó sus mejores misiones en Venezuela.

COMO MISIONERO fue un verdadero conquistador. Con su simpatía natural, su don de gentes y su bondad influía profundamente en los corazones, dejando en todas partes un grato recuerdo de su persona y de los misioneros. El corazón de los Andes con sus recónditos pliegues y sus caminos de jeroglífico; lo mismo que Barinas, Pedraza, Puerto Nutrias en la inconmensurabilidad de los llanos, vieron pasar al P. Padilla, no una sino muchas veces, caballero en su mula con aires de un Napoleón conquistando almas para Jesucristo.

No era orador. Pero era un gran Misionero. Aquella simpatía natural, aquel presentarse tan gentil, tan caballero, tan bondadoso, hacía que las gentes le escucharan con cariño y aceptaran todas sus insinuaciones.

Habían llegado los Misioneros después de dos días a caballo y con jornadas de más de catorce horas a Acarigua, enclavado en el último rincón de los Andes. El Cura, un buen Párroco que tenía que atender cuatro pueblos con distancias de un día a caballo, dijo a los Misioneros, que mejor sería preparar la fiesta de la Inmaculada y descansar; y no predicar la Misión, porque el Jefe Civil era masón y se gloriaba, aun cuando escribía las cartas al Sr. Arzobispo, de firmarlas con los tres puntos. El P. Padilla dijo al Párroco, que le dejara aquel asunto por su cuenta. Al día siguiente se fue el Padre, a hacer una visita de cortesía al Señor Jefe, en compañía del Señor Cura, y se dio tan buena maña que el señor Jefe quedó encantado de la simpatía del Padre y no sólo no obstaculizó la misión, sino que iba todas las noches a escucharlo y si bien es verdad que no se confesó, animaba y hasta casi obligaba a hacerla a otros, llevándolos él mismo del brazo hasta la Iglesia y presentándolos al Padre.

Los nombramientos del año 1930 le trajeron el diploma de Superior de Mérida, la que gobernó durante tres años, hasta que, habiendo presentado la renuncia varias veces, le descargaron de esa responsabilidad; pues decía: “Yo no valgo para eso”.

De Mérida pasó a la casa de San Cristóbal, donde trabajó no sólo en las Misiones, sino como él decía, en la construcción de la iglesia. Los últimos diez años los pasó en Caracas, de Ministro, cargo que tuvo que dejar por enfermedad, que le fue minando poco a poco llegando a quedar casi inútil sin poder valerse por sí mismo; hasta que tuvo la fortuna de encontrar un médico quien comprendiendo su dolencia, lo dejó casi curado; pero el mal había arraigado tan profundamente que a pesar de su aparente bienestar y sobre todo de su gran voluntad, había ya minado su organismo que se fue resintiéndose poco a poco en diversos ataques, hasta que lo llevó al postrero en que acabó la vida como un verdadero héroe, de pie, cumpliendo su deber.

Las virtudes más sobresalientes en el P. Padilla fueron: la Caridad; la Oración y el Sacrificio.

Respecto a la caridad, creo que nadie le oyó murmurar ni una sola vez. El rosario lo tenía siempre en la mano y cuándo le preguntaban qué hacía, contestaba: “rezando el Rosario”. En misiones, durante las grandes aglomeraciones, cuando nos llamaban a cenar, solía mandar al compañero y él se quedaba confesando. En los últimos años, todos los ejercicios de la tarde tocaba él el órgano, algunas veces estaba tan mal que no tenía fuerzas para cantar y pulsar el teclado; sin embargo nunca permitió que nadie le supliera.

Por fin llegó el día siete de Octubre; primer viernes; como siempre fue a decir Misa. Al llegar a la sacristía, viendo que el Hermano que siempre le ayudaba no estaba bien, mandóle que después de comulgar se retirara a descansar y dejara al monaguillo que le ayudase. Salió a

decir Misa, dio la Comunión al principio de ella a la gente, que plenaba la iglesia. Consagró y consumió las Sagradas Especies y apenas dejó el cáliz sobre el altar y haciendo ademán de abrir el Sagrario para dar por segunda vez la Comunión a los fieles, cayó víctima de embolia cerebral, desplomado sobre las gradas de granito, con duro golpe en la cabeza y el consiguiente susto y alboroto de los asistentes. No recobró el sentido, a pesar de la cámara de oxígeno y las inyecciones de suero, muriendo a las ocho de la mañana siguiente, recibidos todos los auxilios espirituales.

Así murió nuestro querido Padre Padilla, yendo a recibir por su santa vida y muerte heroica, la recompensa que nuestro Padre San Alfonso vio preparada para los que morían en la Congregación».

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. FELICIANO VILAS BARREIRO (1876-1955)³¹⁸



«El P. Vilas hijo legítimo de Manuel Vilas y Josefa Barreiro había nacido el Previdiños, Provincia de Coruña y Diócesis de Santiago de Compostela, el 16 de agosto de 1876. Hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Santiago. Se ordenó de sacerdote el 31 de diciembre de 1899. Obtiene por concurso en el que toman parte 30 participantes, la Parroquia de Santa Eulalia de Vigo y al frente de ella estuvo durante cuatro años como Párroco. Entra como novicio de la Congregación de los PP. Redentoristas en junio de 1908, siendo Maestro de novicios por entonces el R.P. Nicanor Mutiloa, quien más tarde sería Provincial, Obispo de la Sede de Barbastro y de la de Tarazona sucesivamente; compañeros suyos de noviciado fueron los RR. PP. Abia, (q.e.p.d.), Laraya etc. y después los del curso del R. P. Sordo (q.e.p.d.) Barona etc. hasta su profesión que tuvo lugar el 18 de junio de 1909. Estudió un año en el Colegio Máximo que los PP. tienen en Astorga. De ahí pasa en 1910 a la reciente Fundación (1908) de Lourosa en Portugal. Al disolverse

aquella incipiente Comunidad, con la expulsión de religiosos en 1910 (Era el primer destierro del Padre), vuelve a España y el año 1911 destinado a Méjico, en donde fue gran misionero en Oxaca, Monterrey y San Luis de Potosí. Predicó con los PP. Nistal, Carrero, Montuno, Lobo, Rey, Vilorio, Guerra largas campañas misionales hasta que llegó su “2º destierro” en la época turbulenta del gobierno laicista del Presidente Calles. En febrero de 1926 refugiose en San Antonio de Texas, Estados Unidos, en la Comunidad de los PP. Redentoristas del Perpetuo Socorro, permaneciendo allí algunos meses hasta que fue destinado a Venezuela con los PP. José Pardo y Guerra (q.e.p.d.) el 8 de julio de 1926, con residencia en Barquisimeto. A fines de este fue enviado sólo como Fundador de una nueva Residencia a la risueña ciudad de los Caballeros, Mérida. En junio de 1927 regresa a Barquisimeto en donde permanece hasta su ida a San Cristóbal del Táchira (21 de abril de 1941); el 30 de Septiembre de 1942 regresaba en la Línea “Transportes de Occidente” a su querida Ciudad de Barquisimeto, a donde llegó el 2 de Octubre, pernoctando en nuestra Casa de Mérida al pasar; ya no volvería a abandonar a Barquisimeto. El cronista de la Comunidad barquisimetana de entonces hoy dinámico Superior de una de nuestras Residencias, tiene párrafos de encomio para el P. Vilas por su actuación en el confesonario y aún dice: “El ascético Padre Vilas huye a San Cristóbal por indicaciones superiores, la brusquedad del cambio desagradó a todos y desorientó a los que venían de

³¹⁸ ANÓNIMO, *Necrología del Reverendo Padre Feliciano Vilas Barreiro*, Barquisimeto, 1955

lejanas tierras a confesarse con él” y cuando vuelve a la Ciudad de los crepúsculos, lanza gritos de júbilo y escribe “Hoy pisa tierra larense el R.P. Vilas, conocido en Barquisimeto por haber estado 14 años sirviendo en la Residencia y en el Hospital Antonio María Pineda; su lado fuerte es el confesonario por esto goza de gran fama y aprecio en el Estado Lara”.

En Venezuela predicó el R. P. Vilas misiones en Tucacas, San Juan de los Cayos y Chichiriviche del Estado Falcón en los meses de septiembre y octubre y de 1927 en compañía del R.P Joaquín Sánchez; tiene salidas esporádicas, ya a las Misas de Aguinaldo de Campo Elías, del Yaracuy; ya a cuidar alguna Parroquia, como la de Duaca mientras el Párroco propio se ausenta para Europa. En Venezuela no pudo el P. Vilas dedicarse mucho tiempo a las actividades del apostolado externo, como lo hiciera en Méjico a causa de sus prolongados achaques y su debilidad persistente; así que el centro de su apostolado fue el Hospital, a quien sirvió como Capellán a lo largo de 29 años (El P. Vilas se había nacionalizado el 13 de junio de 1928) y sobre todo el confesonario de San José, donde se puede decir que le encontró la muerte, ya que, como dijimos anteriormente, estuvo hasta la misma víspera atendiendo a la devota y numerosa clientela, que le buscaba y que él con caridad de hombre de Dios atendía. [...]

El Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo, quiso que el Entierro se hiciese con toda solemnidad y se trasladó a San José con el Cabildo Catedralicio en pleno. Vino un grupo de Seminaristas, que además de ayudar en las ceremonias, intervinieron en el canto. En el Coro había varios PP. Paules del Seminario y de la Parroquia de la Milagrosa y algunos otros sacerdotes, entre ellos un Padre Claretiano. El Señor Obispo presidió y actuó en la Vigilia y Responsorio solemne e hicieron de Diáconos los PP. Moradillo e Irabien. La Iglesia estaba completamente abarrotada de fieles y no había Orden ni Congregación Religiosa que no estuviese representada hasta hubo Párrocos que estando de paso en la Ciudad, al enterarse de la muerte del padre Vilas vinieron a tomar parte en el Entierro y a dar el pésame a los Parres Redentoristas. El Padre Vilas “El Viejito” era muy conocido y apreciado en Barquisimeto. Varios miembros de Comunidades religiosas, sacerdotes y no sacerdotes, se confesaban con él. El P. Vilas, manso y callado, con la elocuencia del confesonario, silenciosa y sin aparato, se había hecho tan popular y apreciado como otros con bien labrados y magistrales discursos. [...]

Su vida interior: Comencemos por descubrir los móviles de su vocación al claustro. La clave la tenemos en su “Curriculum vitae”. En los primeros cursos de su carrera eclesiástica empieza a sentir las primeras llamadas a la vida religiosa, allá en el Seminario de Santiago de Galicia.

Los Ejercicios Espirituales de comienzo del curso despiertan en su espíritu el ideal de mayores fervores, es una voz interior que le invita a dejar el mundo; pero no se decide. El temor a no poder resistir las austeridades del Convento ahogan por entonces aquella voz; pasan los años y la idea de una mayor perfección viene a mezclarse de nuevo en la vida del joven Seminarista con las preocupaciones de los diarios afanes; pero no se determina a romper con los ideales de familia, factores, que entran en juego con demasiada frecuencia, al tratarse de la elección de un estado de mayor perfección. Se ordena de Sacerdote, pasan los días felices de la Primera Misa, Cantada, en la Iglesia en donde la Religión le abrió las puertas del cielo y comenzó a contarle en el número de los hijos de Dios, rodeado del cariño de los suyos y bendecido por todos los conterráneos; pasan los días del concurso para ganar en propiedad la Parroquia de Santa Eulalia de Vigo y la idea del claustro, aún persiste en su mente, Dios le sigue llamando, el joven Sacerdote no se resigna a abandonarlo todo; pero Dios que lo esperaba introduce en su vida uno de esos factores, que se

llaman reveses de fortuna y entonces comienza a desligarse de aquel estado de cosas, que como él nos dice “tan pocas ventajas le ofrecía”. El mal estado de su salud le preocupa, pues, a pesar de los varios remedios prescritos por los Drs., no se recupera suficientemente. Acude entonces a Jesús Sacramentado y a su bendita Madre, la Virgen del Perpetuo Socorro, cuya protección invoca, recitándole diariamente su novena a través de un año entero, pidiendo en ella que le ilumine sobre su futuro estado. Redobla las meditaciones sobre las vanidades del mundo falaz que pronto acaba y las tremendas realidades de una eternidad, que no termina; predicamos los nuestros una Santa Misión en su Parroquia, cuyos magníficos resultados levantan en su espíritu una santa emulación; entra en juego la muerte de un ser querido, de un hermano sacerdote, que le hace conocer más y más la vanidad de todas las cosas, y se determina por fin a pedir el ingreso en una Congregación de apóstoles, que hacen profesión de ir por el mundo ganando muchas almas para Cristo. A causa de lo endeble de su salud, es sometido a un año de prueba, en el que multiplicaba sus oraciones y saliendo victorioso de ella, es admitido al postulado el 5 de mayo de 1908 [...]».

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. JOAQUÍN SÁNCHEZ
PEREZ DE GAMARRA (1895-1976)**



“Nació el 26 de junio de julio de 1895 en Leza, pueblecito cercano a Vitoria [...]. El 24 de agosto de 1913 hicieron -como una excepción al Derecho canónico entonces vigente- la profesión temporal, por motivos de inestabilidad política en España. En septiembre de 1914, él y sus once compañeros profesaron perpetuamente en Astorga. Caso extraordinario en los anales de la Provincia española: ninguno de los doce fue infiel a su consagración en la Congregación: algunos, junto con el P. Sánchez, superaron la barrera de los ochenta años! A este propósito escribe el P. Sánchez: el Rvmo. P. Patricio Murray nos escribió una carta especial al concedernos la profesión perpetua a los doce compañeros: “Veo que son Uds. como los apóstoles, lo que me alegra, y les deseo que sean tan apóstoles y santos como ellos, y que no haya entre Uds ningún Judas! Cuando hace algunos años, en 1973, celebramos los sesenta años de la primera profesión, todos en España, un servidor les recordó a los compañeros que en lo de santos y apóstoles nos la ganaron los discípulos de Cristo, pero en lo de Judas nosotros se la ganamos a los apóstoles, porque de los doce que éramos en la profesión perpetua ninguno perdió la vocación” [...].

Fue ordenado sacerdote junto con todos sus condiscípulos el 24 de noviembre de 1918 [...]. “Y en el 1922 fui destinado primero a San Miguel, Madrid, y después a Valencia, El Temple [...] hasta el 15 de agosto de 1923, día en que ocho padres de distintas casas embarcamos en Santander, destinados a Méjico”.

En febrero de 1926 fue desterrado, con varios cohermanos, a los Estados Unidos. Se establecieron en Texas. Al Llegar fueron recibidos por el Sr. Obispo y por los Padres de la Comunidad [...]. Estuvo medio año en San Antonio de Texas predicando algunas misiones. En agosto pasó a la comunidad, medio improvisada para los desterrados de México, de La Habana, Cuba. El 2 de noviembre fue destinado con el P. Berasain a Barquisimeto, Venezuela.

Venezuela fue el campo privilegiado que el Señor le confió para ejercer su apostolado en plenitud de gracia y actividad misionera. Durante 22 años trabajó en esta nación con una entrega ilimitada a los ministerios redentoristas. Estaba maduro y muy bien capacitado para la labor que se le presentaba. Brilló con luz propia y potente como Superior de las casas de San Cristóbal y Barquisimeto, especialmente en el apostolado interno de nuestras iglesias. En este tiempo el Superior era misionero por esencia y daba al culto de la iglesia un sello de misión perpetua: No pocas veces, dicen los cronistas de Venezuela, nuestras iglesias parecían copias del famoso San Bennon, centro de apostolado de San Clemente [...].

Con la entrada del P. Sánchez al cargo de Superior [en San Cristóbal] entró también esta comunidad en una fase importantísima de su existencia en punto a trabajos apostólicos, que se multiplicaban como por encanto y en orden al afianzamiento definitivo de nuestra residencia y de nuestra Congregación en estas apartadas tierras de Venezuela. Cooperó con su habilidad y prestigio a la compra del terreno en que hoy se levanta la casa y el hermoso Santuario de Ntra. Señora del Perpetuo Socorro.

Lo que distinguió al P. Sánchez fue su incesante predicación de la Palabra de Dios, primero en la capilla de San Antonio y luego en la capilla provisional, por cierto muy amplia, que estaba en los bajos de la nueva residencia. Además, en las iglesias y capillas de la ciudad, adonde lo llamaban mucho. Hasta pudo predicar algunas misiones, entre otras una muy famosa en San Antonio del Táchira con el P. Leonardo »González. Creó, ayudado por sus excelentes colaboradores, un movimiento eucarístico y mariano extraordinario, que sorprendió a toda la ciudad, entonces no muy grande. De todas partes, no sólo de San Cristóbal, sino de los pueblos y veredas cercanas, acudían numerosos los fieles a nuestros cultos. Causaban admiración y afecto los misioneros por sus trabajos y virtudes sacerdotales y sobre todo por su dedicación al confesionario. Pronto se convirtió nuestro Santuario, por la organización del culto con nuestros elementos tradicionales y otros nuevos, en un centro potentísimo de renovación y santificación de vida cristiana, no sólo para la ciudad sino para toda la diócesis. Para el clero fue una revelación el apostolado nuestro, tanto el interno como el externo. Las crónicas hacen constar que el alma de este movimiento apostólico fue el P. Sánchez. Su palabra y su ejemplo arrastraban.

Un aspecto importantísimo de su labor pastoral fue la asistencia a los enfermos de la ciudad y sus vecindades, y hasta de veinte y más kilómetros a la redonda. En ese entonces había mucho descuido al respecto. Pronto conocieron los fieles la abnegación y preparación sacerdotal de los redentoristas y comenzaron a acudir numerosos a pedirles el favor de atender a sus enfermos. El P. Sánchez quería que, antes que a nadie, el portero lo llamara a él a cualquier hora del día o de la noche. A propósito escribe el Hno. Rafael: “En San Cristóbal tuvo casos tremendos... En una ocasión vinieron a buscarlo para un enfermo a cuarenta kilómetro de distancia. Para ir se arreglaron con un camión, pero a la vuelta no encontró medio alguno de transporte, y caminado se presentó en casa a las treinta horas de haber salido... casi desmayado. Otra vez lo tiró la cabalgadura, y estuvo dos semanas sufriendo las consecuencias, sin decir nada de lo que le pasó. Un día paseando por la azotea, me lo declaró” [...].

Indudablemente este apostolado tan extraordinario les atrajo a los redentoristas las divinas bendiciones en todo sentido y la gratitud de los favorecidos y de todos los que los sabían, incluso de los enemigos de la Iglesia, que reconocían el espíritu de sacrificio de los misioneros extranjeros, como algunos los llamaban... Sólo encontraron resistencia, crítica y falsas interpretaciones en algunos sacerdotes vecinos, porque veían que se les iban las limosnas a favor de las obras del Santuario. Hubo dimes y diretes, cartas y acusaciones al

Obispo. El P. Sánchez tuvo que aguantar mucho por este motivo. Pero la verdad brilló y todos reconocieron la obra misionera de la Comunidad.

La construcción de la actual residencia y de la capilla provisional que estaba en los bajos de aquella, se comenzó el año 1929 bajo la dirección del P. Leonardo González y del Hno. Pedro García, que tantas obras ha hecho en Venezuela y Colombia. El P. Sánchez procuraba recabar las limosnas de los fieles, y todos, el primero el superior, pusieron manos a la obra y derramaron sus sudores como peones en la edificación. Esto llamó muchísimo la atención de los fieles. Nunca, dice el cronista, faltaron las limosnas tanto de los trabajos de misiones como del culto y de los buenos cristianos devotos de la Virgen del Perpetuo Socorro.

La inauguración de la capilla fue, en cambio, motivo de graves dificultades por parte del clero de la ciudad, aún de los que se llamaban amigos. ¿Las razones? Las de siempre, y que podemos suponer: que iban a disminuir las entradas de las parroquias vecinas, que iban a quedar desiertas sus iglesias, etc. El obispo, Mons. Sanmiguel, quien personalmente estimaba mucho a los Padres y sobre todo al P. Sánchez, había permitido de viva voz, la construcción de la casa y de la capilla, pero cuando llegó el momento de darla al culto, por una inexplicable debilidad de carácter, no se atrevió a conceder el permiso escrito. Todo esto causó gran escándalo en la ciudad y animadversión hacia los opositores de los misioneros. Especialmente las autoridades de la ciudad y del Estado querían que se abriera la capilla al culto. Les parecía una injusticia lo que se les hacía a los Padres. El P. Sánchez fue muy prudente y precavido con esas mismas autoridades para calmarlas, y consiguió de ellas una intervención muy discreta, nada menos que de un hermano del famoso presidente de entonces, José Vicente Gómez. Por fin, el año 1931 se inauguró solemnísimamente la nueva capilla [...].

La primera etapa de la estadía del P. Sánchez en San Cristóbal terminó el 8 de julio de 1933. Pasó entonces como superior a Barquisimeto. En los nombramientos de 1939 regresó a San Cristóbal como Superior y en este cargo permaneció hasta el 17 de julio de 1949 [...]. El hecho más destacado de estos años fue la edificación del hermoso Santuario a la Madre del Perpetuo Socorro. Fue la prueba más entrañable de su amor mariano. Leyendo las crónicas comprobamos que le costó muchos dolores de cabeza y muchos sudores de su frente la ejecución de la obra, junto con contradicciones muy dolorosas e injustas, pero, gracias al Señor y al tesón y voluntad inquebrantable del P. Joaquín, a sus cualidades artísticas, a la ayuda de los fieles y de los cohermanos, vio coronada la obra con inmenso regocijo de su corazón, de la ciudad de San Cristóbal y de la Viceprovincia.

El 24 de mayo de 1940 fueron aprobados los planos en Roma y en Madrid, después de superar la oposición que encontraron por la novedad del estilo y la forma muy original del futuro templo. En abril del mismo año comenzaron las obras. El Padre, por obra de las circunstancias, se convirtió en maestro constructor, ayudado eficazmente por el Hno. Próspero y por algunos obreros muy trabajadores. Hábil dibujante como era, después de consultar diversos planos de Europa y América, encontró una combinación a su gusto, que inmediatamente plasmó con todo cuidado en todos sus detalles. Calculó todas las medidas internas y externas y procedió a consultar al mejor arquitecto que entonces había en la ciudad, Dr. Isidoro Monzón, muy amigo de la comunidad. Este lo tomó todo por su cuenta, excepto el estudio de la cubierta, que encargó a un perito de Caracas. Dirigía la obra en Sr. Achurra, quien se puso a disposición del Padre y le ofreció gratuitamente sus servicios. Pero cuando las paredes se levantaban a diez metros de altura, tanto el Dr. Monzón como el Sr. Achurra tuvieron que ausentarse; no lo hicieron sin asesorar concienzudamente al P. Sánchez sobre la manera de proseguir el trabajo.

Los trabajos iban muy adelantados cuando llegó una orden de la Curia viceprovincial, por la cual se suspendían. Se había acusado al P. Sánchez de no llevar bien las obras y de estar cometiendo locuras. El P. Andrés Álvarez, comisionado por el Viceprovincial, estudió con calma el negocio, consultó a los peritos y zanjó el asunto a favor del P. Sánchez. Su dolor fue muy grande, a pesar de todo, pero jamás recordó este episodio ni quiso que se le pregunta sobre el mismo; todo lo olvidó con generosidad y guardó siempre con todos un amor sincero. Claro que al fin le dieron la razón.

Trabajaba como un obrero más con sus manos; preparaba los materiales y ayudaba a levantar los andamios hasta la altura de bóveda y de los arcos, que se elevaban a veintiún metros sobre el suelo. También compraba los materiales, pagaba los obreros y llevaba la administración y las cuentas con todo rigor hasta el último centavo [...]. La obra consta de una sola nave, de 21 m. de altura y 15 m. de ancha por 65 m. de larga. Tiene bóveda de cañón gótico corrido. Se terminó el 10 de diciembre de 1944 [...].

Antes de terminar este capítulo de su vida, quiero dejar bien claro que –como consta en la crónica de San Cristóbal- fue el P. Sánchez y no el P. Leonardo González quien ideó y realizó prácticamente solo esta hermosa obra. El P. Leonardo fue destinado a San Cristóbal cuando ya las obras estaban en marcha; el P. Joaquín le ofreció reiteradamente que se encargase de ellas, pero el P. Leonardo no se atrevió o no quiso aceptar y se quedó al margen de los trabajos. A cada señor su honor.

Barquisimeto. Estuvo el P. Sánchez en esta comunidad de Superior durante dos etapas. Primero desde el 8 de junio de 1933 al 17 de octubre de 1939, y luego desde el 20 de julio de 1946 hasta febrero de 1948 [...].

Estuvo en Barquisimeto hasta el 14 de febrero de 1948, año en que llegaron los nombramientos y fue destinado a la Viceprovincia de Bogotá como consultor Viceprovincial [...].

En sus notas biográficas señala las etapas de su vida en Colombia: 9 de febrero de 1948, misionero, consultor admonitor del P. Viceprovincial de Colombia, Bogotá, Santa Inés. Fue suplente del Viceprovincial durante tres meses. 16 de julio de 1953, maestro de novicios en Servitá. 8 de agosto de 1955, maestro y Superior en Servitá hasta mayo de 1956. 15 de mayo, maestro de novicios hasta el 20 de abril de 1960. 20 de abril de 1960 a mayo de 1963, Rector en Servitá. 15 de diciembre de 1962, maestro de novicios coadjutores y al mismo tiempo Rector. Termina su residencia en Servitá en mayo de 1963. Total 10 años cumplidos. 15 de mayo de 1963, hasta septiembre de 1965, misionero en San Gerardo en los tiempos heroicos de la fundación, y luego, del 7 de septiembre de 1965 hasta el 7 de enero de 1970, confesor misionero en Buga. 7 de enero de 1976, cronista provincial en la Soledad, Bogotá hasta 1976 [... año de su muerte]³¹⁹.

³¹⁹ Copiado textualmente de Félix ELEJALDE, *Semblanza del R.P. Joaquín Sánchez*, Bucaramanga, 1977

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. VICENTE BERASAIN
ERVITI (1898-1989)³²⁰**



«El día 9 de octubre de 1989, el Rdo. P. Vicente Berasain Erviti se acostó con toda normalidad, aunque con la preocupación de levantarse temprano para ir a hacerse unos exámenes en la clínica Guerra Méndez donde había estado internado hacía una semana, aquejado de una hepatitis aguda.

En la mañana del día 10 el P. Jesús Ibeas fue a su cuarto para pedirle que se alistara. No lo vio en la cama pero oyó la ducha que estaba funcionando. Esperó a ver si terminaba. Pasado un tiempo largo, y al ver que no salía, empujó un poco la puerta del baño que estaba entornada y con sorpresa vio que tropezaba con el cuerpo caído del Padre. Lo tocó y estaba frío. Había muerto [...].

Tenía el P. Vicente Berasain 91 años y medio, de los cuales había pasado más de 50 en Venezuela, amén de otros 10 entre México y Centroamérica. Fue un gran misionero y un gran trabajador.

³²⁰ NER, N° 330, Nov. 89, p. 3

El Rdo. P. Vicente Berasáin Erviti nació el 10 de Mayo de 1898 en el pueblecito navarro de Auza. Muy joven ingresó en el Jovenado de El Espino, del que siempre guardó muy buenos recuerdos. Terminados brillantemente sus estudios de bachillerato, paso al Noviciado de Nava del Rey, siendo uno de los primeros alumnos del Santo Padre Caveró. Hizo su Profesión religiosa perpetua, según el código de entonces, el 24 de Agosto de 1917. Después de sus estudios de Filosofía y Teología en el estudiantado, de Astorga, se ordenó sacerdote el 23 de Septiembre de 1922. Estuvo un año de profesor en el Espino. Y por cuestión de quintas, según aquellas kalendas, fue destinado a México con un grupo de cuatro.

En México le sorprendió a los dos años la revolución de Calles. Supo de persecuciones y de cárceles y sufrió la expulsión de México en 1926 con mucho dolor. Siempre recordó con cariño a México y a sus gentes. A juzgar por lo que hablaba fue donde más contento estuvo. Era una delicia oírle contar a sus noventa años anécdotas de su apostolado mejicano y de la persecución callista.

En Noviembre de 1926, tras la expulsión de México, el P. Vicente Berasáin, tras una estancia en La Habana, llegó a Venezuela y aquí vivió durante 51 años, predicando misiones parroquiales por toda la geografía de Venezuela, que conocía como la palma de la mano.

Sus primeros años de Venezuela los vivió en Mérida, desde donde misionó por los tres estados andinos. Luego pasó diez años en Caracas, misionando por el oriente y colaborando eficazmente como constructor de la residencia e iglesia redentorista de Pagüita.

El P. Vicente perteneció después a la residencia de Barquisimeto, misionando sin cesar por los estados centrales de Venezuela, que recordaba también gratamente. En 1948 es nombrado Superior de la residencia de San Cristóbal, volviendo a recordar sus primeros años de misionero andino.

En 1953 el P. Vicente Berasáin es elegido superior Viceprovincial de todos los redentoristas de Venezuela, siendo el alma y animador de las triunfales campañas misioneras que en esos años se realizaron. En los años de su Superiorato en Caracas se inició y se llevó a cabo la construcción del hermoso santuario de Nuestra Señora de Coromoto en El Pinar del Paraíso. Seis años permaneció como Viceprovincial, durante los cuales se iniciaron otras fundaciones redentoristas en Venezuela, y en especial ésta de Valencia que él realizó personalmente.

Una vida tan dura y sacrificada, minó su salud, por lo que al cesar de Superior Viceprovincial en 1959, el P. Vicente pasó a la Viceprovincia de San Salvador, donde perteneció a las comunidades de Tegucigalpa y Alajuela, hasta 1967 en que, de visita a España, se quedó en la casa de Sevilla hasta 1970, fecha en que regresa de nuevo y definitivamente a Venezuela.

Desde 1970 el P. Vicente Berasain ha permanecido fijo al servicio de esta Parroquia de Valencia (Venezuela), sobre todo en el confesonario, para el que tenía buena aceptación. En esta Casa celebramos los 90 años de vida y los setenta años de profesión. Y aquí murió dejándonos el recuerdo de sus virtudes y buenos ejemplos» (Miguel Ferrero Aparicio).

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. RAMIRO MACUA ECHEGARAY (1882-1945)



Nació en Dicastillo (Navarra) el 13 de marzo de 1882, profesando el 24 de septiembre de 1900 y ordenándose sacerdote el 23 de diciembre de 1905. Vino a Venezuela el 21 de diciembre de 1926. Y estuvo en territorio venezolano hasta el año 1940. Murió el 11 de junio de 1945 en Bogotá, en aquel entonces formando una misma Viceprovincia con Caracas.

Así es presentado por el relator de la Necrología del P. Macua, una excelente síntesis de lo que fue su vida redentorista:

«He querido presentarte a mi biografiado titulándolo: “Un Redentorista de avanzada” porque el muy Reverendo Padre Macua fue eso, un Redentorista descollante en todo lo bueno, virtuoso y noble. Un religioso que se destacó y sobresalió en las tres características como sabio, sano y santo. Fue sabio por su talento pulimentado con la asidua lectura y el perpetuo estudio, y por su vasta erudición de garra intelectual indiscutible. Toda su vida fue bibliófilo impenitente. Se verificó en él lo de “mens sana in corpore sano” por su afición a la gimnasia y a los deportes. Cultivó siempre los ejercicios físicos y el alcinismo, conservándose ágil y juvenil hasta bien rebasados los sesenta. Y fue edificante y santo como lo atestiguaba su modestia y compostura, su piedad, su amor a la regla, su espíritu sobrenatural y su don de consejo, el ascendiente en fin de toda su persona... A cualquiera le chocaba que el Padre Macua con su carácter festivo siempre hallaba en la nota de los tipos gordos una vena irrestañable de hilaridad. Solía decir que estos habían nacido en tiempos de vacas gordas. Los gordos eran para él fuente de inspiración, disponiendo Dios que en tantos años como fue Superior nunca faltase algún honrado adiposo en sus Comunidades, a quien él invariablemente catalogaba como “el personero” y el hombre prestante del Convento. El, flaco y enteco y de poca persona atribuía con razón el haber salido tan desmedrado al año de su nacimiento, 1882, que fue de sequía universal en toda Navarra... “Fue creciendo en mí de día en día un amor inmenso a mi vocación, estando por ella resuelto a todo. En este punto nunca experimenté, gracias a Dios, tentación alguna. Por ella iría al destierro y daría la vida [...] No hallo dificultad en la santa pobreza. Acostumbro a ir pobremente vestido y no me cuestan las privaciones. Me seduce la virtud de la pureza. Anhele ser puro y casto toda mi vida y yo trataría por todos los medios de guardar esta virtud, aun cuando tuviera la desgracia de perder

mi vocación. Aunque fuese preciso morir, no ofendería a Dios. En las tentaciones soy muy escrupuloso y repito siempre: Jesús y María, ayudadme”»³²¹.

Recién ordenado sacerdote fue enviado de profesor al Seminario Redentorista del El Espino (Burgos). En 1910 le destinan a la reciente fundación de México, en concreto a nuestra casa de Veracruz, y, al año siguiente, a México, capital. En 1915 vuelve a Veracruz. Y en 1916 regresa a España, a la Comunidad de Granada, desde donde participó en numerosas misiones. En 1926 parte para la nueva fundación en Venezuela, donde será Superior de la Comunidades de Caracas, Barquisimeto y San Cristóbal.

«Fue siempre como predicador completamente genial y muy fervoroso. Reunía la unción con la originalidad y la sencillez, resultando un complemento encantador [...] Su predicación era sencilla y apostólica. Por su carácter era amigo de servir temas sustanciosos, yendo directamente al grano. Su tono era esencialmente familiar y comunicativo y sus ademanes exquisitamente sociales [...] Muchas veces oímos predicar al Padre Macua. Vamos a tratar de esbozar algunos no más de aquellos geniales toques que se desprendían del púlpito como guirnaldas ante los sugestionados oyentes. Y perdónesenos la osadía de pretender reproducir en frías frases escritas su gracia incatalogable [...] “CAMINO DEL CIELO. Todos los seres deben solucionar el problema de la viabilidad. El ave en el espacio. El pez en el mar. El pensamiento, la idea inalámbrica en las ondas hertzianas. El tren en los rieles. El auto en la pista de cemento. El avión en el espacio. El astro en su órbita. Todos somos viajeros. Veis, por ejemplo, cómo la carretera trasandina sale de Caracas, la capital. Sube a refrescarse a los Teques, baja al bellísimo parque de Aragua; se asoma al mar en la costa, penetra luego en la gran selva de Yaracuy, y entra en nubes de polvo en Barquisimeto. Se arrastra después por la quebrada de Carora, asciende a las magníficas alturas de los Andes, vecina de los cóndores y de las nieves, y llega al Táchira, confín de Venezuela. Somos viajeros. Entre la cuna del nacer y la cruz del morir se extiende el camino de la vida, y por la cruz se sube al cielo. Esa carretera es el camino del “deber” que nos conduce al Cielo. El deber hace al trabajador, al héroe, al santo. El Camino: la ley de Dios. Como los ingenieros trazaron las carreteras de la tierra, trazó Dios la del Cielo. Por aquellas viaja el hombre, por estas viaja el cristiano. La flecha es la conciencia que dice: “Por aquí”. Y el gran deber es Dios. *Hoc est maximum et primum mandatum...* Todo nos lleva a Dios, a adorarlo, a obedecerlo. Fidelidad a Dios... como Tomás Moro [...]”»³²²

³²¹ Párrafos entresacados al pie de la letra de: P. JOAQUÍN SÁNCHEZ, *Un redentorista de avanzada. Bosquejo biográfico del Muy Reverendo Padre Ramiro Macua Echegaray de Didecastillo (1882-1945)*, Viceprovincia de Bogotá, octubre de 1950, pág. 2

³²² Id, págs. 23-26



Fue superior en siete casas. Tres de ellas le deben a su superiorato su construcción: la de Torreón en México, la de Bogotá y la de Bucaramanga en Colombia. Así describe el biógrafo citado su manera de animar la Comunidad: «Gobernaba sin absorber. Aprovechaba las cualidades de sus súbditos y los dejaba destacarse en sus puestos y oficios, dándoles así ocasión de que trabajasen con gusto. Respetaba la autonomía respectiva de los oficiales de la casa. Testimonio elocuentemente abonador de su humildad y modestia es el que no empeciente su buen nombre como eximio predicador, en las grandes ocasiones de festividades, jubileos, etc. en vez de hacerla él con su competencia y genialidad características, prefería presentar a los buenos predicadores de su Comunidad, ocultándose él y pasando desapercibido. Y hasta en los negocios más arduos de compras, pleitos, etc. acostumbraba emplear así mismo algún Padre o Hermano muy hábil que entendían de aquellos asuntos. Y así a todos los tenía contentos. En efecto seguía el sistema contrario al de los que padecen el lamentable espejismo de pensar y decir que todo lo tienen que hacer ellos»³²³.

Murió el 11 de junio de 1945 en Bogotá, traído de emergencia desde Bucaramanga para operarlo de cáncer gástrico³²⁴.

³²³ Id, pág. 34

³²⁴ Id, pág. 49

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. DANIEL DOMÍNGUEZ
MARTÍNEZ (1893-1950)**



«El 29 de diciembre, a las tres de la mañana, fallecía piadosamente en San Cristóbal (Venezuela) el R. P. Daniel Domínguez. Hace unos seis años había sido acometido el buen Padre por un ataque de hemiplejía que lo dejaba medio inutilizado. El 28, la víspera de morir, se le repitió el ataque cerebral, esta vez con mucha más fuerza. Llamado el médico a toda prisa diagnosticó que el caso era desesperado. Se le administraron todos los auxilios espirituales y, después de una suave agonía, expiraba plácidamente.

Había nacido el Padre en Barrientos (León) el 19 de julio de 1893. El 20 de agosto de 1907 ingresaba en El Espino. Hizo su profesión religiosa -el 25 de diciembre de 1912 y se ordenó de sacerdote el 24 de noviembre de 1918. En 1919 hizo el segundo noviciado, y, concluido éste, era destinado al Espino, como profesor de accesorio. El 1920 pasaba a Astorga a explicar Derecho. El 1921 salía para Pamplona, a cuya casa había sido destinado. De Pamplona pasó a Santander y el 1923 a Madrid (S. M.), de donde salió para México. Destinado posteriormente a las fundaciones venezolanas, en ellas ha consumido lo mejor de sus esfuerzos y ha encontrado la muerte. Era hermano del célebre P. Domínguez (Gregorio). Que Dios le haya dado el descanso eterno»³²⁵.

³²⁵ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. III, N° 39, Enero 1951, p. 331

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. JOSÉ PARDO PEREZ (1872-1940)



P. Pardo, primer redentorista que ha dejado su cuerpo sembrado en tierras venezolanas

«El día 21 de noviembre [1940] falleció repentinamente en Barquisimeto el R. P. José Pardo, Consultor Viceprovincial. Comenzó a sentirse mal en Mérida con ocasión de un viaje que hizo para predicar Ejercicios a nuestros Padres. En Caracas sufrió dos fuertes ataques al corazón, y el diagnóstico médico fue de muerte, aunque consolándole con algunos años de vida si guardaba reposo absoluto. Juzgando que el clima de Barquisimeto le sería más provechoso, se le trasladó a esta residencia. Allí le sorprendió el temido desenlace...

Nació en Grajal del Campo (Palencia) el 3 de septiembre de 1872. Ingresó en el Jovenado en 1885; profesó en Nava del Rey el 2 de diciembre de 1889; se ordenó de sacerdote en Astorga el 29 de febrero de 1896. De 1887 a 1889 fue profesor en el Jovenado. Perteneció a las Comunidades de Madrid (P. S.), 1889; Pamplona, 1900; Astorga, 1904; Espino, 1905; Granada, 1906; Madrid (P. S.), 1908; Pamplona, 1909; Cuenca, 1913-1920 (S. Felipe y S. Pablo), desempeñando en estas dos últimas los cargos de Consultor, Ministro y Prefecto del segundo Noviciado. En octubre de 1920 embarcó con destino a la Viceprovincia de Méjico, pasando en 1926 a la de Venezuela, donde ha sido Consultor Viceprovincial. En 1939 celebró el jubileo de oro de su profesión religiosa. Excelente misionero y trabajador infatigable, no descuidó el apostolado de la pluma, dejándonos, entre otros trabajos, varias versiones de San Alfonso y de escritores redentoristas y la obra en tres tomos *Domingos y Fiestas*, de predicación y de lectura»³²⁶.

³²⁶ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. I, 2 de febrero de 1941, Nº 11, pág. 3.

«Como viejo estratega en las misiones redentoristas se le confió el cargo en 1919 de formar a los jóvenes Padres en las tareas del apostolado y en la técnica alfonsiana, cumplido su encargo en que tuvo que sufrir no poco, dio por terminada su actuación en España después de haber dejado clavada la cruz de la misión en 157 pueblos, además de muchos ejercicios a religiosos y seminaristas.

En 1920 dando un adiós sentido a las costas españolas, con el espíritu de Francisco Javier, dejando los lazos de la familia y de la patria que no volvería ver, ni el suelo amado recogería sus cenizas fue a sembrar la luz del evangelio a tierras de Méjico.

Desempeñó como hombre de consejo, y de gran prudencia y espíritu religioso el cargo de Admonitor Viceprovincial. No tenemos la menor noticia de las casas en que residió pero el trabajo que desarrolló en sus mejores años fue intensísimo, pues el corto espacio de seis años que vivió tierras aztecas misionó 65 parroquias. Conservando toda su vida un gran cariño para aquellas gentes que tan agradecidas se mostraron a trabajos y desvelos: interesándole todos las noticias que de aquella tierra desdichada se recibían.

En 1926 aventado por la revolución persecutoria mejicana le esperaban ansiosas las playas del mar Caribe llegando a Venezuela y a Barquisimeto que amoroso había 14 años más tarde de recoger sus restos. Estuvo en las fundaciones de San Cristóbal y Caracas que como en todas las fundaciones de ordinario la incomodidad y estrechez tienen su asiento. En los primeros años predicó numerosas misiones por las serranías de los Andes sobre todo, recorriendo los altos páramos de eternas nieves a lomos de rocines y mulos cansinos y matalones bajo el sol del trópico y las calliscas de la sierra, llegando a 34 las misiones que apuntó en su carnet, de abundantísimos frutos, y en pueblos como Duaca se conserva su memoria como la de un santo milagrero. La mayor parte de su estancia en Venezuela la pasó en Caracas habiendo desempeñado el cargo de Consultor y Admonitor Viceprovincial.

Predicó numerosa tanda de Ejercicios a religiosas y al Clero de la Diócesis de Barquisimeto donde era muy apreciado tanto del Prelado como del clero y de los fieles.

En las Bodas de Oro del R. P. Bordagaray, representó a las casas de Venezuela recorriendo con el homenajeado las casas de Colombia, quedando algunos meses de profesor en el Jovenado.

Al año siguiente celebró las suyas en Caracas donde se reunieron todos los Superiores de las casas de Venezuela para dedicarle un sentido homenaje y luego vino a Barquisimeto a primeros de enero de 1940. donde la gente le presentó sus agasajos y ofrendas espirituales y materiales, habiéndose ido muy satisfecho, no sospechando tal vez que dentro de pocos meses iba a venir a descansar para siempre.

En Agosto habiendo querido los de la Comunidad de Mérida enfervorizarse en la vida regular, llamaron al viejo entrenador para que les predicara los Ejercicios, los que hicieron todos con mucho provecho quedando muy contentos del Padre Pardo: pero esto mismo fue la causa de acelerarse el curso de la enfermedad que latente le venía trabajando.

Pues hizo el Padre Pardo el viaje en muy malas condiciones por la premura de predicar la fiesta de San Alfonso, y por tener la costumbre de privarse casi en absoluto de alimento en los viajes, estando enfermo del corazón, la ascensión al páramo de Mucuchíes, pasando en cosa de dos horas de los cuatro cientos a los cuatro mil metros de altura, tuvo que afectarle gravemente, amén del cansancio de predicar cuatro veces al día, y al mismo tiempo atender a las confesiones de la casa por estar los cuatro Padres que componían la Comunidad de retiro, de tal modo que habiéndole llamado de noche para un enfermo fue el mismo P. Pardo a auxiliarle y en la casa del enfermo le dio el primer síncope que tuvieron que ayudarlo a traerlo, como manifestó a aquí a un Padre.

A los pocos días de regresar de predicar esos ejercicios sintió la fatiga y los primeros ataques al corazón. Habiendo ido a un especialista de enfermedades cardíacas y héchole la radioscopia, vio el galeno que tenía extraordinariamente hipertrofiado el corazón dándole como un caso perdido.

Deseando el Padre conocer su estado le preguntó al médico si el diagnóstico era de muerte o de vida y el médico imprudentemente le respondió que a sus años era de muerte: cosa que afectó al Padre en gran manera, pues que se le clavó como una idea fija y una obsesión que no podía quitar de su espíritu; cosa que sin duda Dios permitió para que se preparara a bien morir.

Habiéndole dado opción el M. R. P. Visitador para ir él Barquisimeto aunque el médico le dijo que no era necesario, con todo por tener gran afecto a la gente y a la Comunidad determinó aprovechar el permiso y el 19 de octubre llegaba a esta casa.

Ya fuera por efecto del cansancio de un día de autobús, además de la enfermedad, fue una impresión dolorosa la que produjo en la comunidad su estado de agotamiento al dirigir por saludo las siguientes palabras, “vengo a morir entre Ustedes” queriendo ese mismo día dar principio a los Ejercicios de 10 días que no los había hecho: a los ruegos de los Padres que le pedían descansara al menos un día los empezó al siguiente, manifestándonos que eran los últimos de su vida. Los hizo con gran fervor pasando la mayor parte del día delante del Santísimo, terminándolos el 30 de octubre.

Mostró deseos de predicar los siete primeros días de noviembre lo que hizo con mucho provecho de la gente por la claridad y abundancia de la doctrina sobre el dogma del Purgatorio, sin dar muestras de fatiga ni cansancio. Los primeros días subía a la azotea de la casa a pasar las recreaciones para tomar el fresco, pero como le cansase la subida se hacía la recreación en el primer piso. Llevó una vida normal no faltando a ningún acto de comunidad, y como le molestase el estar de rodillas los pasaba sentado, notando por las mañanas alguna fatiga y dificultad al respirar, hasta que se desayunaba que recobraba las fuerzas.

Lo demás del día lo pasaba escribiendo a máquina y poniendo en limpio unas Homilias breves que pensaba dar a la estampa, llegando a cinco y seis horas las que pasaba escribiendo, y como se le advirtiese que eso podía cansarle, contra lo que el médico había prescrito de reposo casi absoluto respondió, que no le fatigaba, ni le producía cansancio alguno, solo sentía fatiga en el confesionario por lo que rarísima vez confesaba alguna persona: así trascurrieron las tres semanas que pasó entre nosotros después de terminado el retiro, solo que la preocupación de la muerte cercana se le fue disipando, por la persuasión e interés que tomaron los Padres de la Comunidad por quitarle aquella idea que apenas le dejaba comer y reposar. Unos días antes de su muerte le repitió por la noche uno de los ahogos que le dieron en Caracas pero que se le pasó pronto, no dejando de celebrar. Como ya hacía el mes que había llegado a la casa y aunque el enfermo seguía el régimen del especialista quisimos que le viera el mejor médico Dr. Salom para ver la marcha que llevaba la enfermedad, dándonos la hora de las nueve para examinarlo el día 21, jueves, la víspera hizo el Padre la vida normal, acostándose con la Comunidad como todos los días. [...]

Habiéndole preguntado si quería que llamaran al médico a la casa respondió que no, que él iría a la Clínica porque así le podría examinar mejor por tener más medios, a las 9 de la mañana bajó de su cuarto y se sentó a esperar el automóvil que lo había de llevar a la Clínica, venido el vehículo salió rezando el rosario, se acomodó en el coche acompañándole el Superior de la casa.

No había andado apenas unos 40 metros de arrancar el coche cuando el PADRE PARDO reclina la cabeza, abre la boca y sin decir una palabra ni hacer un gesto espira repentinamente, volviéndolo a casa y dándole los santos oleos *sub conditione*, a los pocos minutos llegó el médico y certificó que estaba muerto. Así se durmió en el Señor este valiente y esforzado soldado que si fue de repente no le cogió la muerte impreparado, pues que toda la vida había sido verdadera preparación y sobre todo en los dos meses anteriores después de unos Ejercicios fervorosísimos y con el rosario en la mano en el día de la Presentación de la Santísima Virgen, a quien tanto había servido y amado y había publicado sus glorias.

La noticia anunciada por la radio fue como chispa eléctrica que sacudió la sociedad entera, acudiendo la gente en masa a ver el cadáver que se expuso en la iglesia, velándole numeroso público por la noche, orando delante de sus restos. Al día siguiente el Sr. Provisor y Vicario General en representación del Obispo ausente en el extranjero, el Deán de la Catedral con el Cabildo, el Seminario diocesano, las Ordenes Religiosas de los PP. Capuchinos, Paúles, Pasionistas y las religiosas existentes en la ciudad acudieron a los solemnes funerales y al entierro: junto con todo lo principal de la sociedad e inmenso público que a pie fueron acompañando al cadáver al cementerio, encargando los fieles muchos sufragios por su eterno descanso y siendo numerosísimas las ofrendas florales.

Era el de más edad de las casas de Venezuela y fue el primero que con la bandera de la fidelidad a su vocación en la mano subió al cielo a recibir la preciosa corona que en más de cincuenta años de vida fervorosa y observante había cincelado y engarzando en ella las piedras preciosas de las virtudes religiosas.

Tuvo la Provincia española una gran pérdida con la desaparición de este modelo de genuinos redentoristas, de observancia intachable, de sólida piedad, de abnegación ejemplar al prestarse a todos los ministerios sobre todo al ir a los enfermos por lugares tan pendientes, ásperos y quebrados como eran los de Caracas. Trabajador infatigable además de la predicación misional que como vimos por un apunte suyo fue tan abundante, de los ministerios ordinarios estando en casas de mucho movimiento, dejó una copiosa bibliografía, publicada una, como traducciones, Devocionarios, Homilías dejando además algunas obras preparadas para la imprenta desde la cruz a la fecha, a los Superiores toca juzgar el que vean la luz pública».

(Barquisimeto: 2 de febrero de 1941)³²⁷

³²⁷ ANONIMO, *Necrología del R. P. José Pardo. 1872, 1940, Barquisimeto, 1941*

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. BENITO GONZÁLEZ
PEREZ (1891-1958)**



«Nació el R. P. Benito el 21 de marzo de 1891, en Revilla del Campo, Diócesis de Burgos. Ingresó en el Jovenado el 7 de septiembre de 1904. Hizo la profesión religiosa el 8 de septiembre de 1911; se ordenó de Sacerdote el 24 de agosto de 1916.

Dedicado al ministerio, trabajó como bueno en las siguientes Casas, tanto de España como de América: Madrid, P.S.; Astorga; Madrid, S.M.; México; La Santísima; Oaxaca; Torreón; San Luis Potosí; otra vez Torreón; Mérida; San Cristóbal; Barquisimeto; otra vez Mérida y Barquisimeto; Bogotá; Socorro y Bucaramanga, donde falleció»³²⁸.

³²⁸ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, VI, N° 63, febr. 1958, p. 35

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. GREGORIO ARBELOA SOLANO (1876-1954)

(SEGUNDO SUPERIOR VICEPROVINCIAL DE CARACAS)



«El miércoles -20 de octubre de 1954- fallecía en nuestra Casa-Jovenado y Noviciado de Servitá, a consecuencia de un colapso cardíaco, el R. P. Gregorio Arbeloa.

El P. Arbeloa nació en Lerín (Navarra) el 18 de enero de 1876. Hizo sus estudios de latín en la preceptoría de Muniain y en el seminario de Pamplona, donde se ordenó de sacerdote el 19 de diciembre de 1903. Tenía un hermano mayor, llamado Ignacio, en la Compañía de Jesús, que fue muy ilustre profesor de Teología en Oña (Burgos), y murió con fama de muy ferviente religioso. Vive también una hermana suya, cinco años menor que él, que es Misionera Franciscana (de las Blancas) en Barcelona, y que estuvo más de cuarenta años en China. El R. P. Arbeloa fué párroco de Olazagurría, donde restauró la iglesia parroquial. Entró en el Noviciado de los PP. Jesuitas, pero hubo de retirarse por enfermedad. El año 1918, a los cuarenta y dos años, ingresó en nuestro Noviciado de Nava del Rey, profesando el 21 de julio de 1919. Residió en Astorga hasta el año siguiente, en 1920, en que fue trasladado a México. Allí predicó tres años bastantes misiones, y en 1924 fue nombrado Superior de nuestra casa de Cuernavaca. Al trienio siguiente fue nombrado Viceprovincial de Venezuela, en 1927. En un solo trienio que permaneció en el cargo, fundó las residencias de San Cristóbal y Caracas, en Venezuela, y de Barranquilla, el Socorro y Bogotá, en Colombia, con el agravante de tener que viajar enormes distancias a lomo de mula, por no haber en aquel tiempo carretera central. El año 1928 hizo la visita a nuestras casas de Centroamérica. Desde

1930 fue Rector de Barquisimeto, San Cristóbal, Bogotá y Caracas. Y en 1939 hizo la Visita Extraordinaria a toda la Viceprovincia.



Después residió en Bogotá varios años, hasta su traslado a Servitá como confesor del Jovenado. Con frecuencia pasaba temporadas en Málaga, supliendo al Capellán de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. En dicho Ancianato atendió en sus últimos momentos al R. P. Bordagaray, en enero de 1952. Y como siempre lo instalaban en la misma pieza que ocupó el Padre en el Ancianato, decía que le esperaba el mismo camino. Hace tiempo se quejaba de afecciones cardíacas; pero, a pesar de sus achaques y edad, procuraba asistir a los ejercicios comunes. Era muy respetuoso con los Superiores y muy humilde, a pesar de los elevados cargos que había desempeñado. Poseía una maravillosa memoria y un repertorio de lo más típico y pintoresco de sucedidos y anécdotas de su larga vida de párroco y de sus viajes como Visitador, por lo que su conversación resultaba siempre

amenísima y le acompañaba excelente buen humor.

El P. Arbeloa era sumamente piadoso. Tenía muy buena voz, y ocho días antes de morir cantó la Misa y el himno a la Virgen del Pilar. Tenía setenta y ocho años y medio. A fines de julio pasado, terminando una noche de dar la Bendición con la Sagrada Custodia a las monjitas del Ancianato, le dio un ataque de hemiplejía en Málaga. Las mismas religiosas tuvieron que llevarlo, ayudándole a caminar hasta la sacristía. Esa noche estuvo a la muerte en un coma prolongado, del que le sacó el médico, haciéndole una sangría. Se curó perfectamente. El médico le recetó tierra caliente, pero él debía de estar muy a gusto en Servitá, pues no se animó a ir a Cúcuta y el presentimiento del médico se realizó.

La víspera de Santa Teresa le dio un fuerte cólico, del que se repuso, porque pudo provocar, y celebró Misa el día de San Gerardo, el domingo y el día del onomástico del M.R.P. Provincial. Pero ese día le repitió el cólico, y éste fue el último. Nos decía insistentemente: «Recen por mí». Y él movía continuamente sus labios en oración. Aprovechando una pequeña tregua, el P. Pérez le invitó a rezar el Rosario a la Santísima Virgen. Rezaron tres misterios y descansaron, para aplicarle el lavado que le recetó el médico. El mismo ayudó a ponérselo, y parece que le favoreció, pues le vino sueño. Pero era el sueño de la muerte. Eran las cinco de la tarde del día 20 de octubre de 1954. Se le colocó esa noche en el recibidor, y al día siguiente, en la iglesia. Se le hicieron muy solemnes funerales y entierro, asistiendo los señores Sacerdotes de los pueblos comarcanos, el Rector de los Jovenistas de Miranda, P. Herrera, Eudista, que presidió, y las Hermanitas de los Ancianos y

Terciarias Dominicas de Málaga. Se le sepultó en el cementerio de Servitá, junto a los Padres E. Pedrero, Villamor y Bordagaray”³²⁹.

³²⁹ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. IV, Nº 50, 1954, págs. 302-304.

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL Hno. ALFREDO GÓMEZ MARTÍNEZ (1906-1996)



«El día 10 de julio de 1996, a las cuatro de la tarde, en la Clínica Albarregas, de Mérida (Venezuela), falleció nuestro querido H. Alfredo Gómez Martínez, a los 89 años de edad y 70 de vida religiosa [...]

Atisbando ya el final de su vida, tranquilo y sin nervios, y con una serenidad asombrosa, comenzó a hacer limpieza en sus habitaciones, y a poner orden en todas sus cosas, dejándonos las direcciones y los teléfonos de sus familiares y amigos, y de todos los bienhechores del Santuario. También nos dejó escrito un “Testamento de Agradecimiento y de Perdón”, que nos ha conmovido profundamente y nos ha manifestado los altos quilates de su vida espiritual.

Con un gran espíritu cristiano y religioso se fue desprendiendo de todas las cosas materiales para que, como diría José María Pemán, “cuando llegue la muerte le quede poco que hacer” [...]

El H. Alfredo Gómez Martínez había nacido en San Román de Bembibre, Provincia de León (España) el 23 de septiembre de 1906. La Partida de Bautismo dice que nació el 24 de septiembre, y que fue bautizado el 5 de octubre del mismo año [...]

Nos dice el H. Alfredo en sus apuntes autobiográficos que desde que tuvo uso de razón su inclinación fue siempre la de hacerse algún día Religioso. “Aunque mis padres querían encaminarme hacia el Sacerdocio llevándome al Seminario Diocesano de Astorga, donde tenía un tío Sacerdote; fue él, sin embargo, el que me arregló todo para que entrara en la Congregación de los Redentoristas como Hermano Coadjutor... Por fin mi viaje fue fijado para el primer Domingo de septiembre de 1923. Tenía 17 años menos unos días... Recuerdo perfectamente que el día de mi partida, muy de mañanita, se acercó mi padre a mi cama y me preguntó si aun persistía en mi idea de irme al Convento. Yo le contesté firmemente que “sí”, que lo había pensado mucho. “Pues entonces, me dijo mi padre, desde hoy no me tengas más por tu padre”; y se retiró enfadado de mi habitación. Esa fue su despedida”.

“En compañía de mi santa madre, y con mis 17 años casi cumplidos, llegamos al antiguo Convento de San Francisco que los Padres Redentoristas tienen en Astorga. Nos recibió en la Portería el H. Pío, quien de un modo rápido me hizo un detallado examen sobre mi determinación de hacerme Religioso y Religioso Redentorista. Luego llamó al P. Superior, P. Victoriano Miguel; y él fue el que me admitió en el Convento como Postulante Redentorista. Luego de unas palabras de saludo y de aliento a mi madre, me invitó a entrar en clausura, despidiéndome allí mismo de mi madre, que toda deshecha en lágrimas se volvió a San Román de Bembibre. Por fin, veía realizadas mis ilusiones de dejar el mundo y hacerme Religioso, entregándome totalmente a Dios”.

En un principio fue destinado a la Sastrería, a las órdenes del H. Agustín. Y él sería su Maestro en todo lo relacionado con el oficio, sobre todo en lo que se refiere a la confección de la sotana Redentorista y demás prendas talaras propias de la Congregación, como él mismo nos dice.

En Astorga estará como Postulante de la Congregación casi un año hasta su partida a Nava del Rey (Valladolid) para hacer su Noviciado. Lo comienza con la Toma de Hábito el 23 de agosto de 1924, emitiendo sus Votos Religiosos como Profeso Redentorista el 24 de agosto del año siguiente, 1925.

Del Noviciado nos dice el H. Alfredo que “fue el año más feliz de mi vida”[...]

El 18 de febrero de 1928, procedente de Barcelona, regresa otra vez a El Espino, donde permanece unos días hasta su destino definitivo a Venezuela. Dejemos que nos lo cuente él mismo:

“A finales del mes de febrero de 1928, recién llegado de Barcelona, recibo una carta del P. Provincial donde se me comunica que había sido incluido en la nueva Expedición para Venezuela; que fuera al pueblo a despedirme de la familia, y que cuanto antes me esperaba en Madrid para arreglar mi pasaporte y demás documentos necesarios para ingresar en Venezuela... Mi despedida a la familia fue rápida y “hasta siempre”, pues pensaba que no volvería a ver a los míos hasta el cielo... Con mi pequeño equipaje llegué a Madrid, donde ya me esperaban los demás Redentoristas de la famosa expedición. Todos juntos salimos hacia Valencia el día 1 de abril de 1928, con la esperanza de embarcar rumbo a Venezuela el día 3; pero, debido a ciertos disturbios políticos ocurridos aquellos días en Caracas, hubo que retrasar la salida hasta el día siguiente, en que desde Cádiz zarpamos rumbo a La Guaira... Fue entonces cuando todos los expedicionarios desde cubierta del barco dimos el último adiós a la Patria y a la familia. A algunos se nos escaparon de los ojos algunas lágrimas, convencidos firmemente de que no volveríamos nunca más a España”.

Por fin, luego de 15 días de navegación, el día 19 de abril, llegaban, sanos y salvos, al puerto de La Guaira.

Al H. Alfredo le dejaron en la recién fundada casa de Caracas, concretamente en la capilla del Carmen de Catia.

Al principio, nos dice el H. Alfredo, tuvieron que vivir como podían, en la sacristía de la Capilla, comprando la comida a una señora del lugar, por no disponer de espacio para una cocina. Así fueron pasando los días sin solucionar gran cosa la situación; para lo cual, a mediados de 1928 se deciden a abandonar Catia. En la espera de la orden de salida llega una propuesta de Mons. Rincón, Arzobispo de Caracas, ofreciendo a la Congregación la Capilla del Calvario en Pagüita. Sin más se acepta, y el día 2 de Septiembre del mismo año se toma posesión de la Capilla del Calvario trasladándose toda la comunidad a una casa cerca de la Capilla. En ella vivirán dos años. Después de un período de crisis en el que, incluso se llegó a pensar dejar Pagüita, por fin el 23 de enero de 1930 se comienza la construcción de la nueva casa en los terrenos donados por la Arquidiócesis de Caracas. La casa fue proyectada en gran parte por el P. Andrés Alvarez. Al finalizar mayo del mismo año 1930 toda la Comunidad comenzó ya a vivir en la nueva Residencia.

Copio ahora literalmente al H. Alfredo: “El día 1 de noviembre de 1932 se coloca la primera piedra de la nueva Iglesia dedicada a la Virgen del Perpetuo Socono. Fue ideada en su mayor parte por el P. Vicente Berasain, ejecutada por el H. Pedro García y decorada con las pinturas del P. Juan Calvo... El 13 de octubre de 1935 se bendecía e inauguraba solemnemente el nuevo templo... Todo el mundo colaboró en la construcción de esta bella Iglesia, por lo cual se le dio el nombre de “La Obra del Centavo”.

Sigue el H. Alfredo: “La fundación de Caracas fue una de las más difíciles, pero luego todo fue recompensado con la esplendidez del culto y el cariño y la generosidad de la gente”.

Efectivamente, el culto de la nueva Iglesia siempre fue muy solemne y concurrido; de manera especial en el Mes de Mayo, las Navidades con las Posadas y la Paradura del Niño, Semana Santa, San Gerardo, la Inmaculada y la Fiesta Patronal de la Virgen del Perpetuo Socorro. La catequesis de preparación a la Primera Comunión constaba de dos tandas al año con unos 300 niños cada una.

No nos lo dice expresamente el H. Alfredo, pero sí sabemos que él tomó parte muy activa en estos cultos y Celebraciones, desde su puesto como Sacristán y Catequista. En Pagüita es donde se inició y se perfeccionó como Maestro de Catequesis [...]

Desgraciadamente, a los pocos años (1948), “con mucho dolor hubo que dejar la casa e Iglesia de Pagüita a la Arquidiócesis de Caracas. Era una disposición de los Superiores Mayores, y órdenes son órdenes que hay que acatar. Todos los Congregados de Pagüita pasamos sin más, a formar la nueva residencia de El Paraíso-El Pinar, bajo el manto de la Virgen de Coromoto, Patrona de Venezuela. La zona y el ambiente de El Pinar es completamente distinto del que dejamos en Pagüita... Por eso, esta Fundación definitiva de Caracas pronto fue una exitosa realidad, gracias a las diligencias de nuestros Superiores, sobre todo de los PP. Vicente Berasain y Juan Calvo, autores y fundadores del flamante y hermoso Santuario de Nuestra Señora de Coromoto”.

En esta residencia del Santuario de Coromoto, en El Pinar, el H. Alfredo estará cuatro años trabajando como Portero, Sacristán y Catequista. Pero no todo fue “vida y dulzura”. También tuvo que aguantar sus disgustos y sinsabores. Nos cuenta uno que quiero transcribir, más o menos, al pie de la letra. Nos dice:

“Con motivo del permiso que nos concedieron para visitar a la familia y a la madre patria, el año 1950, el P. Juan Calvo y un servidor emprendimos alegres el viaje a España. Lo hacíamos con dos fines: primero para visitar a la familia; y segundo para adquirir todo lo necesario para equipar decorosamente el nuevo Santuario de la Virgen de Coromoto, que estábamos terminando... En España hicimos lo que se dice “una compra millonaria”, a la que generosamente había colaborado la gente de Caracas, porque el Santuario de la Coromoto era de todo Caracas. En total preparamos 18 enormes cajones.

Para no pagar flete especial, que parecía abundante, recuerdo que un día me dijo el P. Calvo que había una ley, según la cual todo Sacerdote que iba por primera vez a América podía llevar consigo todas sus pertenencias sin pagar ningún flete ni ningún impuesto especial; que si yo quería hacer ese servicio a Venezuela y a la Congregación llevando conmigo los 18 grandes cajones como parte de mi equipaje. Para ello tenía que cambiar mi Documentación... Después de pensarlo bastante, al fin me decidí, embarcándome en semejante aventura que pudo costarme la cárcel o algo peor.

Mientras el P. Calvo viajaba en avión a Caracas para preparar mi llegada y de mi equipaje, yo me embarcaba con mis “18 cajones”. Al principio todo fue bien. Pero tres días antes de llegar a La Guaira nos pidieron la Documentación a todos los pasajeros. Poco más o menos a las dos horas me llama el Capitán del barco y secamente me dice: “¿Usted es Alfredo Gómez Martínez? Por lo que veo Usted puede tener dificultades para desembarcar en La Guaira...” Recuerdo que mi rostro pasó por todos los colores del arco iris. Pero no me di por vencido. Muy preocupado busqué al Capellán del barco y le expuse mi situación angustiosa. “Francamente, me dijo, está usted en un gran problema. Yo hablaré de nuevo con el Capitán, y veremos lo que se puede hacer. Le advierto que yo a los Misioneros Redentoristas siempre les he tenido mucho aprecio, pues fui monaguillo en el Santuario del Perpetuo Socorro de Manuel

Silvela, Madrid"... Gracias a Dios y a la Virgen del Perpetuo Socorro, o la Virgen de Coromoto, el problema no pasó de un tremendo susto, y todo se arregló satisfactoriamente, desembarcando tranquilo en La Guaira con todo "mi equipaje de los 18 enormes cajones".

El H. Alfredo no pudo contemplar inmediatamente todos los logros de su famoso viaje a España en el embellecimiento del Santuario de La Coromoto. Los nombramientos de noviembre de ese mismo año 1950 lo destinan a la Comunidad de Mérida con el P. Restituto Alvarez Palacios como Superior.

A este propósito dice lacónicamente la Crónica de la casa de Mérida: "Hoy día 30 de noviembre llega el H. Alfredo, procedente de Caracas, después de haberse detenido un día en San Cristóbal del Táchira, porque el avión en que venía no pudo aterrizar ayer en Mérida, debido al mal tiempo".

Y Mérida será su casa favorita durante casi 50 años. Como nos dice el P. José Miguélez en su lenguaje expresivo: "En buena hora se instaló en esta Comunidad merideña, para ser realmente alma y cuerpo de ella, como actor y espectador de la Historia de esta ciudad. Esta ciudad que ha ahuyentado a algunos por su frío climático, pero que benefició de tal manera al H. Alfredo que hizo de ella su nido permanente y definitivo".

En los oficios domésticos de la Comunidad de Mérida en mayo de 1951 el H. Alfredo aparece como Ecónomo, Portero, Sacristán y Catequista, cargos que, de una manera casi ininterrumpida ejercerá competentemente a lo largo de los 46 años de estadía en esta "Ciudad de las flores y de los caballeros".

Con bastante frecuencia la Crónica de la Casa alude al H. Alfredo y a sus actividades. Me permito copiar algunas de esas referencias:

"Hoy 21 de junio (1951) el H. Alfredo ha comenzado a prestar su ayuda eficaz como Organista y Cantor". Es de advertir que todos sus conocimientos musicales los adquirió por sí mismo, a base de constancia y trabajo. Es realmente admirable constatar la gran preocupación que siempre tuvo por superarse en su formación humana y religiosa. Le gustaba hojear enciclopedias, revistas, diccionarios y otros libros acordes a sus estudios. En este sentido, el H. Alfredo fue un auténtico autodidacta, ansiando ponerse al día en todo, siempre dentro de sus posibilidades intelectuales.

Seguimos al Cronista de Mérida: "Nuestro Hermano Sacristán (léase Alfredo) con diligencia y buen gusto ha preparado en el Presbiterio un altar provisional muy lindo, que ha sido del agrado del público". Y en otro apartado nos dice: "Son muchos los merideños que se acercan a la Iglesia de La Tercera para contemplar el hermoso Pesebre que, con excelente buen gusto y con recursos sencillos, ha preparado el H. Alfredo".

Y un poco más adelante, con motivo de la Fiesta-Cabalgata de los Reyes, añade: "Como nota especial y digna de mención se ha de resaltar la llamativa Cabalgata de los Santos Reyes Magos que ha tenido lugar el día 6 de enero, organizada con verdadero lujo y exquisito acierto por el H. Alfredo". Y copia una crónica del Diario "El Vigilante", en uno de cuyos apartados dice: "Partiendo de la Plaza Milla, montados en briosos corceles y acompañados de vistoso cortejo de heraldos y de pajes, a los acordes de la música ofrecida gentilmente por el Ciudadano Gobernador del Estado Mérida, y en medio del estruendo de los morteros y voladores, y ante el innumerable gentío que llenaba las aceras de la Avenida Independencia, llegaron los Reyes a la puerta de templo de La Tercera, penetraron en él y realizaron la ofrenda simbólica, en cuadro vivo, de un sencillo y cautivador encanto... Tan del agrado ha sido de los Sacerdotes presentes que allí mismo han propuesto que el año que viene se celebre una Cabalgata semejante pero aún más espléndida si cabe y que recorra más calles de la Ciudad".

Iguales o parecidos elogios teje el Cronista de la Casa de Mérida al hablar del Monumento de Jueves Santo del año 1952: “El H. Alfredo ha hecho un Monumento muy del agrado de todos, que lo han considerado con mucho el más hermoso y expresivo de todos los levantados en las Iglesias de la Ciudad”.

Más o menos en los mismos términos se repite la Crónica a lo largo de los 46 años que el H. Alfredo ha estado como Sacristán en este Santuario del Perpetuo Socorro de Mérida, y que popularmente se conoce como Iglesia de la Tercera, porque aquí estuvo radicada por muchísimos años la Orden Tercera de San Francisco [...]

No es mi propósito hacer un seguimiento exhaustivo del proceso espiritual del H. Alfredo a lo largo de sus 70 años de vida religiosa. Me contentaré con transcribir algunas de las Resoluciones que he encontrado entre sus apuntes espirituales. De un modo reiterativo se afirma más o menos en los mismos temas y compromisos.

“Hoy, día 1 de noviembre de 1989 he hecho Confesión general de toda mi vida religiosa, desde que entré en la Congregación hace 65 años. He quedado tranquilo de mi Confesión, y sin ninguna duda ni incertidumbre en mi alma. Por lo cual doy gracias a Dios, a la Virgen del Perpetuo Socorro y a todos mis Santos Patronos. Gracias; muchas gracias”. En los Ejercicios Espirituales de 1978 hace una revisión de toda su vida religiosa, renueva sus compromisos, y formula unas líneas fundamentales y programáticas que le ayuden en el cumplimiento de sus obligaciones cristianas y religiosas. Helas aquí:

“1. Trabajaré por ser Religioso según el espíritu de San Alfonso y las nuevas Normas del Concilio Vaticano II.

2. En medio del laberinto de Reformas de la Iglesia y de la Congregación atenderé a lo que determine el Santo Padre y mis Superiores Mayores.

3. Como Religioso Redentorista seré muy diligente en el cumplimiento de mis obligaciones religiosas de acuerdo a las Constituciones y Reglas de la Congregación.

4. Jamás dejaré de hacer mis Oraciones de la mañana y de la noche, y rezaré todos los días el Santo Rosario. Jamás me acostaré sin haberlo rezado, esté donde esté.

5. Todos los días oiré, por lo regular, la Misa de 7 de la mañana.

6. Todos los sábados renovaré mi Consagración a la Santísima Virgen.

7. Todos los primeros Viernes de mes haré el Retiro mensual, si la Comunidad no determina otro día.

8. Me confesaré mensualmente.

9. Todos los días haré por lo menos media hora de Lectura espiritual. 10. Al abrir las puertas de la Iglesia, por la tarde, haré un cuarto de hora, por lo menos, de visita al Santísimo Sacramento, al mismo tiempo que cuido la Iglesia.

11. En general, seré hombre y Religioso de oración y de mucha oración. Si rezo y rezo mucho, ciertamente seré buen Religioso y buen Religioso Redentorista.

12. Seré muy puntual en asistir a todos los Actos de Comunidad, y los haré con fe y recogimiento.

13. En las discusiones o contrariedades con algunos cohermanos cederé humildemente, y procuraré anteponer por encima de todo la Caridad y el Espíritu de Comunidad.

14. Con la gente de fuera seré afable y sencillo. Les escucharé a todos con atención, y estaré siempre dispuesto a servirles a todos, sin acepción de personas, siempre que esté dentro de mis posibilidades.

15. Tendré como norma de mi vida religiosa no hablar mal de nadie y menos con la gente de fuera de la Congregación. Lo que no quiero para mí, no lo haré a nadie, sea el que sea.

16. Todas estas resoluciones las revisaré detenidamente y las renovaré todos los meses en el día del Retiro mensual” [...]

Si el H. Alfredo ha sido conocido y muy conocido en Mérida por su labor como Portero y Sacristán de La Tercera, tanto o más, si cabe, se le conoce como Catequista de Primera Comunión. A lo largo los 46 años que ha vivido el H. Alfredo en Mérida habrán hecho la Primera Comunión bajo su Dirección más de 9.000 niños y niñas.

A decir verdad el H. Alfredo se inició como Catequista en nuestra Iglesia de Pagüita, en Caracas. Allí se tenían todos los años dos tandas de Primeras Comuniones con cerca de 300 niños cada una.

Sobre la actividad y responsabilidad del H. Alfredo en la Catequesis de Primera Comunión nos dice el P. Revilla: “A la Catequesis acudían niños no sólo de la ciudad, sino también de poblaciones cercanas y no tan cercanas. Las Primeras Comuniones se tenían siempre en las Fiestas de San Gerardo, en el mes de Octubre. La preparación comenzaba ordinariamente en febrero. Más de 9.000 niños y niñas habrán hecho así su Primera Comunión. Y es de admirar la fidelidad de las numerosas Catequistas que tenía, entre las que había Maestras y Universitarias. El ascendiente que tenía entre ellas les daba unidad y eficacia en su Apostolado... Todo esto hacía de él una figura en Mérida”.

Por su parte el P. Toral escribe: “Tuve ocasión de conocer al H. Alfredo en las visitas que como Promotor vocacional hice a la casa de Mérida. Pero sobre todo conocí al H. Alfredo durante los tres años que estuve al frente del Noviciado. Entonces me di cuenta de lo que era el H. Alfredo y del secreto del tanto aprecio de la gente... Por una parte estaba su simpatía y su espíritu acogedor que le hacían agradable a todos los que tenían que trabajar con él... Pero lo que más me llamó la atención del H. Alfredo era su capacidad de entender a los niños y a los jóvenes. Solamente él ha sido capaz de mantener durante tantos años el grupo de monaguillos en nuestra Iglesia de La Tercera... Todavía ahora cuántos jóvenes y hasta profesionales se ufanan y nos dicen: “Yo fui monaguillo con el H. Alfredo”, o “Yo hice la Primera Comunión con el H. Alfredo” [...]

Sabemos que el H. Alfredo era español y berciano leonés por más señas, del Señorío de Bembibre que cantara Gil y Carrasca. Pero, ¡cómo amaba a Venezuela! Porque la amaba entrañablemente se nacionalizó como venezolano “prometiendo de manera formal y obligándose a cumplir y respetar fielmente la Constitución de Venezuela y las demás Leyes de la República”. La solicitud de su nacionalización está firmada en Mérida el 14 de noviembre de 1952; y concedida el año siguiente, 1953.

Precisamente el hecho de no querer ir de vacaciones a la madre Patria, desde hacía más de 15 años, por miedo a morir allí y a que no le trajeran a enterrar en Venezuela, nos habla sobradamente de su amor a Venezuela.

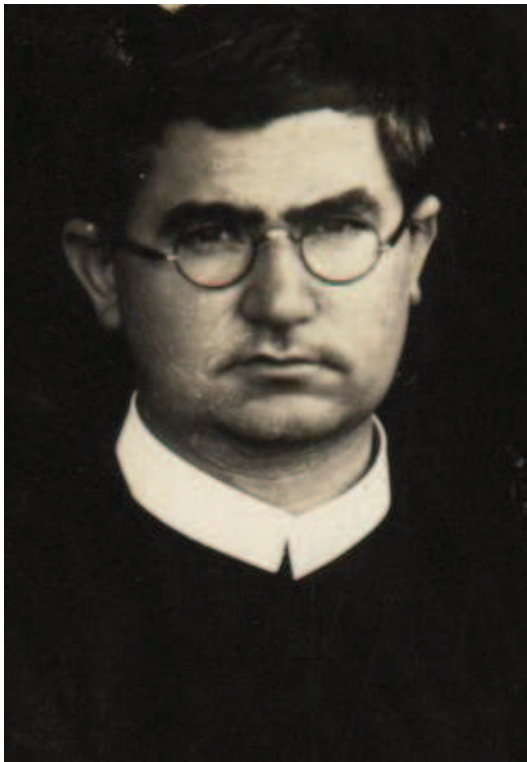
Muchas veces se lo oímos decir en las conversaciones y recreaciones de la Comunidad... Sentía profundamente a Venezuela y a toda su gente como parte suya; y vivía como ninguno las campañas y elecciones presidenciales, y hacía todo lo posible por no perder su derecho al voto. Venezuela fue real y verdaderamente su segunda patria. No en vano, la mayor parte de su vida, la pasó en Venezuela: 68 años. Que Dios se lo haya recompensado»³³⁰.

³³⁰ TEODOMIRO GONZÁLEZ ARNAIZ, *Notas biográficas del H. Alfredo Gómez Martínez 1906-1996*, Mérida (Venezuela), 1998



El H. Alfredo con un grupo de catequistas en Mérida

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. JUAN CALVO GÓMEZ (1901-1990)

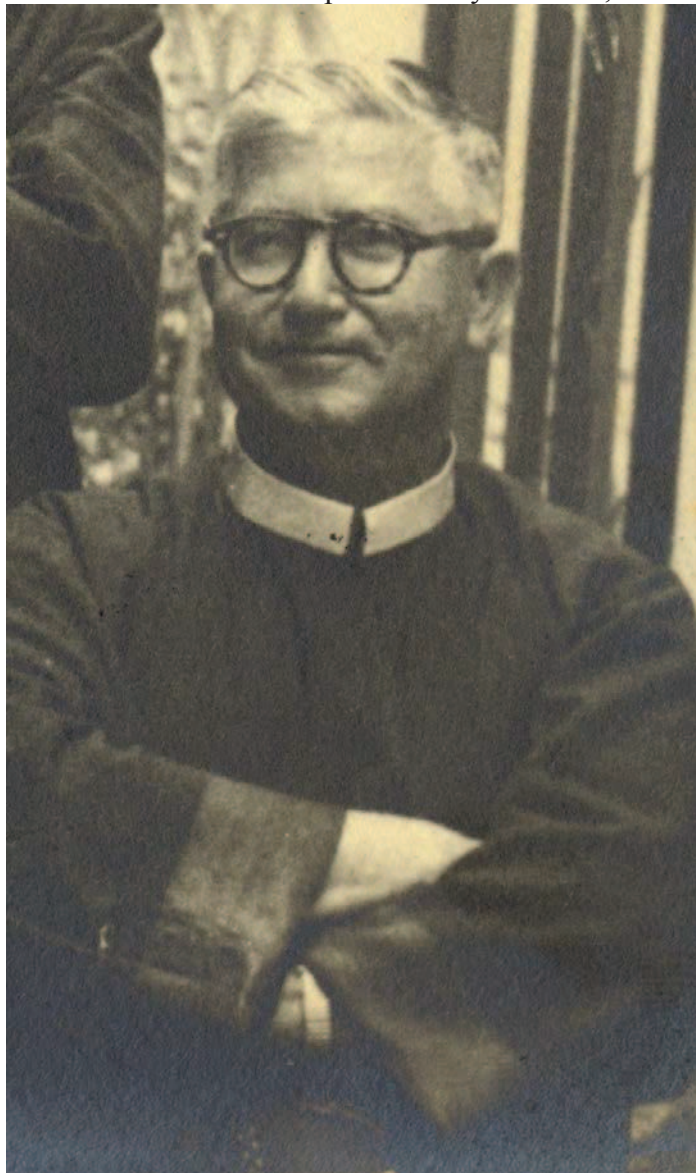


«El P. Juan Calvo tenía 89 años de vida (11-11-1901); de Profesión religiosa 70 (27-8-1921), y de Sacerdocio, 64 (26-9-1926). A Venezuela llegó hace 62 años, en 1928, y comenzó la fundación de la Casa y Comunidad Parroquial de San Alfonso (Maracaibo) en 1952. El día 22 de octubre, a las 8 de la noche, partió para la casa del Padre a juntarse con todos los misioneros y apóstoles que han sembrado la palabra de Dios en el mundo, para recibir la corona de la Gloria.

El P. Juan Calvo nace en Tombrio de Abajo (León), España, zona de las minas de carbón, El Bierzo. Hace su carrera eclesiástica en el Seminario Mayor de los Padres Redentoristas en Astorga, y es ordenado sacerdote, el 26 de septiembre de 1926, por Monseñor Antonio Senso Lázaro. A los dos años de ser ministro del Señor, los superiores lo mandan a Venezuela y viene para quedarse. El 6 de julio de 1943 se hace ciudadano venezolano con la cédula de identidad 21.775; y, el 27 de septiembre de 1948 recibe el Título de Profesional del Volante, título que le valdría para llevar camiones, y conducir gandolas. Por eso, lo vemos en Caracas armar en un camión-volteo una capilla rodante y celebrar Misas por los barrios de

Caracas, y luego cargar materiales para la construcción del Santuario de Coromoto en el Paraíso, y traer también útiles para la Fundación de Maracaibo.

El P. Juan Calvo, a pesar de su salud delicada toda su vida, con dieta casi de puro arroz blanco y sin sal, ha recorrido como misionero casi toda Venezuela. Ha sido Superior en San Cristóbal, Mérida, Barquisimeto, Caracas y Maracaibo, y en la incipiente Fundación de Upata en Bolívar. En todas partes ha sido el incansable predicador y confesor, constructor y pintor.



Una pose típica del P. Calvo en la madurez, con su mirada al mismo tiempo de satisfacción, de sabia ironía y de dominio de las situaciones

El hoy hermosísimo y bello Santuario de Nuestra Señora de Coromoto en el Paraíso, Caracas, es obra totalmente de él. Cuando aquellos terrenos eran unos potreros y hacienda, allí comenzó él con unas latas de zinc a construir; pero al mismo tiempo pensó que había que llevar la Palabra de Dios y la Santa Misa. Por ello, construyó una Capilla Rodante con su altar y campanario, que se hizo famosa en los barrios de Caracas, cuando celebraba la Santa Misa y predicaba sobre la devoción a la Virgen con el título de Coromoto. En Maracaibo comenzó en

esta zona de Santa María, cuando limitaba con todo el sector de Nueva Vía y Primero de Mayo, todo lleno de barrancos y quebradas.

Creía en los Medios de Comunicación Social, por eso creó la Hora Coromotana por radio, todos los domingos, por La Voz de la Patria. Y sacó la Hoja también Coromotana, todos los meses. Decía: una hoja en la Iglesia con anuncios y enseñanzas es como un sacramental. Siempre produce su efecto cuando menos se piense.

Comienza su labor apostólica con Monseñor Godoy, celebrando las misas en el garaje de la Quinta Emérita, calle 69 con Avenida 27, haciendo una enramada, que era la capilla y salón de catecismo para los niños, que venían numerosos para ver las películas que les pasaba el P. Calvo. El Catecismo para niños y grandes, con películas y filminas, fue algo común en su vida. Era famosa la Misa de los Niños del P. Calvo, con toda la mímica que desarrollaba al contar las escenas del Evangelio... El primer Domingo de Cuaresma comparaba al Demonio con un supermán tentando a Jesucristo.

La Isla de Toa fue atendida varios meses por el P. Calvo. La Santa Cruz de las Morochas, en Ciudad Ojeda, es recuerdo de sus Misiones con el P. Pedro García. En sus tiempos libres le tiraba la pintura, y pintura en grande. La iglesia de Pagüita tiene unos grandes murales con la historia de la Virgen del Perpetuo Socorro, que llaman poderosamente la atención; uno cree que son de tiempos lejanos, y son del P. Juan Calvo. Aquí, en Maracaibo, la Capilla de San Gerardo en Primero de Mayo se vio engalanada con todas las escenas de San Gerardo en su vida de santo.

La edad lo separó del trabajo pero no de la oración; por eso, el santo Rosario no lo dejaba de sus manos, y murió, se puede decir, desgranando las Avemarías a la Virgen y con el santo Rosario al cuello.

Dos días antes de morir fue censado por los empadronadores que visitaron la Parroquia, pero el día 22 de octubre, a las 8 de la noche, San Pedro y San Alfonso María de Liguorio le abrieron las puertas de la eternidad y lo censaron para el Cielo.

Que la obra del P. Juan Calvo, en sus 62 años en Venezuela, y 30 en Maracaibo, siga dando fruto, en nuevas vocaciones Sacerdotales y Misioneras para seguir sembrando Evangelio. Así sea»³³¹.

³³¹ NER, 341, Nov 90, 3

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. COSME GARCIA ORTEGA
(1874-1946)**



“El 4 de diciembre de 1946 falleció santamente en Barquisimeto el R. P. Cosme García Ortega. Nació en Villagutiérrez (Burgos) el 27 de septiembre de 1874; ingresó en el Jovenado en 1888; profesó el 8 de septiembre de 1894; se ordenó de sacerdote el 31 de marzo de 1900. Terminados los estudios es designado profesor de ciencias, primero, y después de filosofía en el Estudiantado. En 1906 pasa a la Comunidad del Espino; en 1908 se le destina a las misiones de Méjico; en los nombramientos de 1912 es nombrado Superior de Veracruz; en 1921, consultor admonitor de Méjico; en 1924, consultor admonitor y ministro de Cuernavaca; en 1926 la persecución de Calles le obligó a regresar a España perteneciendo a las Comunidades de Santander (1926) y Astorga (1927-28); en este mismo año partió para las misiones de Venezuela-Colombia perteneciendo en 1930 a la casa de Barquisimeto; en 1933 a la de Mérida; en 1936, a la de S. Cristóbal; en 1942, pasa nuevamente a la de Barquisimeto donde le ha sorprendido la muerte.

“La salud del buen P. Ortega fue siempre excelente superando los 72 años con bríos y arrestos juveniles; no tuvo que enfrentarse nunca con notables achaques. Un buen día de los últimos de noviembre se sintió indispueto; le sobrevino un ataque de uremia y dio inesperadamente con él en la eternidad; pero no tan inesperadamente que no tuviese tiempo de ofrecer a Dios muy gustoso el sacrificio de una vida, que cual bengala perfumada había venido quemando desde niño para iluminar el camino a los moradores de ambos mundos hacia el Corazón divino.

“Este veterano misionero estuvo siempre en la brecha en España, Méjico y Venezuela, batiéndose como un león por la gloria de Dios y la salvación de las almas hasta el último momento. Sus setenta años no le impidieron recorrer impertérito los llanos y sierras venezolanas por sendas impracticables, ya preparando el camino a las visitas pastorales, ya administrando él mismo, debidamente facultado, el sacramento de la confirmación.

“Hombre cultísimo e inteligente, dotado de una pluma maravillosa, ejerció también ese apostolado netamente alfonsiano en defensa de la verdad o en aras de su amor a María. Nuestra Revista y publicaciones extraídas archivan en sus páginas brillantes pruebas de su genio literario. Ha sido también un asiduo colaborador de este Boletín. Las crónicas, modelo en su género, de la Viceprovincia de Bogotá, brotaron de su pluma. Con arte inimitable sabía recoger el dato preciso, la nota interesante, y adobado todo ello con un gracejo sin igual, envuelto en un estilo fluido, denso, sobrio y elegante, nos lo ofrecía para esparcimiento y solaz de los cohermanos de España. La nota dominante del carácter del P. Ortega fue su bondad, envuelta en atrayente simpatía: bueno con los de dentro; bondadoso y compasivo con los de fuera; bueno y abnegado con los humildes; complaciente con los de arriba; bueno y servicial con todos; su lema fue: «Haz el bien sin mirar a quién, y no te pesará». Volcó sin reservas y a manos llenas las ternuras y bondades de su corazón generoso. Sobre su sepulcro, compendiando su vida, puede campea esta bella y evangélica expresión: *«pertransit benefaciendo»*”³³².

³³² Tomado del BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. II, 15 de agosto de 1947, núms. 29-30, págs. 420-421. Es el segundo redentorista que ha dejado su cuerpo sembrado en tierra venezolana.

**RESEÑA BIOGRÁFICA DEL HNO. PRÓSPERO VELASCO
CACIQUE (1896-1964)**



(Es el primer Redentorista nacido en Venezuela muerto en la Congregación)

«Murió en nuestra casa de San Cristóbal el 9 de septiembre último [1964]. Sobre él nos envía estas notas el P. Gregorio M. Gómez: Nació el 13 de febrero de 1895 en Valle del Rosario, del municipio Capacho Viejo, Libertad. Hijo legítimo de Rafael Antonio Velasco y Sebastiana Cacique. A mediados de febrero del año 1930, al poco tiempo de unas Misiones predicadas por los Redentoristas en la Parroquia y aldeas de Capacho, Próspero se presenta en nuestra Residencia de San Cristóbal pidiendo ser admitido en la Congregación.

En San Cristóbal permanece hasta el 15 de mayo, en que es mandado a Barquisimeto, que es la casa Noviciado. La Crónica de esta casa hace de él este elogio: «Muy bueno y servicial». En la casa Noviciado de Barquisimeto toma el Hábito el 25 de marzo de 1931. Terminado el Noviciado, bajo la magistratura del Padre Feliciano Vilas, es admitido a la Profesión, que hace el día 26 de marzo de 1932.



El H. Próspero (primero izquierda) con otros redentoristas

Hecha su profesión sigue su vida de buen religioso en todas las residencias donde la obediencia le destina. Recorre las casas de Caracas, Valencia..., San Cristóbal. En San Cristóbal estuvo desde 1940 al 1945. En enero del 1958 ya está de nuevo en San Cristóbal, de donde no volverá a salir.

El H. Próspero ya hacía tiempo que sufría de diabetes, pero en octubre de 1962 comienza a sentir más molestias. El 18 de octubre hay que amputarle el dedo pulgar del pie derecho porque tiene gangrena. Así sigue, más o menos mal, hasta primeros del año 1964. El 3 de febrero de 1964 comienza el fin. No se siente bien, o mejor dicho, se siente bastante peor, y va a consultar al médico. Sigue más o menos el régimen que el doctor le ha prescrito, y el 14 se va a Barquisimeto con la esperanza de que el clima, mucho más benigno que aquí, le ayude a mejorarse, pero sigue empeorando a ojos vistas, y de nuevo pide se le traslade a San Cristóbal.

Llegó aquí el día 28 de febrero más muerto que vivo, a pesar de que el viaje lo hizo en carro expreso. Los médicos de Barquisimeto dicen que tiene los pulmones deshechos. Al día siguiente se le lleva a varios médicos para que le hagan un reconocimiento completo y queda hospitalizado en el Sanatorio Antituberculoso de la ciudad. Todos los exámenes dan resultado positivo en cuanto a tuberculosis, pero debe quedar en el sanatorio en observación durante mes y medio. Vuelve a casa, pero ya no puede hacer nada; le han recomendado reposo absoluto, pero no se resigna a ello; camina más de lo que debe por casa y por la huerta. Siempre fue amante del trabajo y no puede estarse quieto. Sobre todo la huerta le atrae. Saca una silla y se sienta a la sombra o al sol... A mediados de agosto, una pierna se le va hinchando cada vez más. Le comienza otra vez la gangrena. Camina casi arrastrando la pierna, pero aun así no se queda quieto. Muchas veces sale a la huerta y no puede volver solo, hay que ayudarlo a entrar en casa.

El 28 de agosto se le lleva al Hospital Central. Los médicos, como último recurso, deciden cortarle la pierna, pues la gangrena ahora le amenaza de muerte. El 7 de septiembre se le amputa la pierna. Después de la operación, el H. Próspero parece sentirse mejor, pero la muerte ya estaba cerca. El 9 de septiembre moría en el Hospital Central de la ciudad a las 6 p. m., después de haber recibido unas horas antes los Santos Sacramentos, que le administró el R. P. Superior.

Al entierro nos acompañaron algunos compañeros de varias residencias. De la ciudad estuvieron presentes el excelentísimo Mons. Vicario General de la Diócesis, varios sacerdotes, religiosos y religiosas, y bastante gente, a pesar de que el tiempo estaba de invierno. «El H. Próspero dio ejemplo de las virtudes de un buen Hermano, escribe un Padre que le conoció últimamente. Sufrió bastante ante la orden de que dejara el trabajo, pues no podía estar quieto, con el afán de ayudar todo lo que pudiera. Su piedad era notable. Se pasaba ratos y ratos rezando. Me dijo que siempre había rezado los tres rosarios. No dejaba nunca la visita al Santísimo; y su derrotada humanidad pasaba horas ante el Señor Sacramentado. Hasta que materialmente no se tenía en pie, jamás dejó de recorrer el viacrucis»³³³.

³³³ BOLETÍN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA, Vol. IX, diciembre de 1964, N° 81, págs. 393-394

***RESEÑA BIOGRAFICA DEL P. FÉLIX MARTÍNEZ
MORADILLO (1900-1977)***



Nació en Rioseras, provincia de Burgos, en España, el 28 de enero de 1900. Hizo su profesión religiosa como Redentorista el 12 de noviembre de 1918. Fue ordenado sacerdote el 21 de octubre de 1924. Vino a Venezuela el 23 de abril de 1928 donde residió hasta su muerte, acontecida el 18 de diciembre de 1977. Dedicado en exclusiva a las Misiones Populares Redentoristas hasta donde sus fuerzas le alcanzaron (no se dejó ningún escrito sobre su vida por lo que no damos más detalles sobre ella). Lo conocí personalmente en sus últimos años y tenía una gran aureola de excelente misionero.

***RESEÑA BIOGRÁFICA DEL P. JUAN NICANOR VADILLO
MARTÍNEZ (1901-1978)***



Nació en Deusto-Bilbao, Provincia de Vizcaya, Euskadi, España, el 6 de septiembre de 1901. Profesó como Misionero Redentorista el 27 de agosto de 1921, ordenado sacerdote el 26 de septiembre de 1926. Llegó a Venezuela el 23 de abril de 1928 juntamente con el P. Félix Moradillo. Murió el 22 de agosto de 1978 en Maracaibo donde se encontraba de vacaciones, pero fue llevado a enterrar a su Comunidad de San Cristóbal donde residía. También lo conocí personalmente sus últimos años y era considerado por sus cohermanos como un Misionero cabal, de por vida, hasta que los años se lo permitieron. Como en el caso del P. Félix Moradillo no se conserva ningún escrito sobre su vida, por lo que no damos más detalles biográficos.

APENDICE III: ANEXOS ESTADÍSTICOS

ANEXO ESTADISTICO I:

PERSONAL PERTENECIENTE A LA VICEPROVINCIA DE CARACAS POR PERÍODOS

Ofrecemos a continuación unos datos estadísticos sobre los sacerdotes redentoristas que han pertenecido a la Viceprovincia de Caracas. Como hubo un tiempo en que Colombia y Venezuela formaron una única Viceprovincia, hemos partido de la ficción metodológica de considerar la Viceprovincia actual de Caracas, bajo cualquiera de las denominaciones que recibió en el pasado, como equivalente territorialmente sólo a Venezuela. Por lo tanto, para los efectos estadísticos que aquí ofrecemos vienen a equivaler los términos de pertenencia a la Viceprovincia de Caracas y residencia en territorio venezolano.

Los datos han sido extraídos de la Crónica Viceprovincial. Ofrecemos solamente la estadística de los sacerdotes porque nos ha resultado imposible seguir la trayectoria (entradas y salidas) de los Hermanos, sobre todo en los primeros años.

Los datos personales sobre cada uno de los miembros de la Viceprovincia se han tomado del “Catálogo de la Provincia Española de la CSSR”, Ed. PS, Madrid. Tanto el balance total de miembros, como el cálculo de su edad se ha elaborado para el 1 de enero de cada año considerado.

CUADRO 1: Número total de miembros sacerdotes incorporados a la Viceprovincia de Caracas desde 1925, por períodos, media de edad y con corte en situación de 1982 (a)

Períodos	Nº de incorporados	Media de Edad al incorporar	Quedaban en 1982		
			Nº de porados en cada período	% sobre Nº incorporado	Media de edad de este % al incorpor.
1925-35	29	35,6	3	6,8	26,7
1936-48	5(b)	38,0	0	0	0
1949-61	30(c)	37,0	16	36,4	35,4
1962-71	24(d)	39,6	16	36,4	41,8
1972-82	9	46,7	9	20,4	46,7
Totales	97	38,2	44	100,0	39,4

(a) La distinción de períodos no obedece a criterios estadísticos sino históricos, expuestos en el texto de este trabajo.

(b) Se incorporaron dos más que ya habían pertenecido anteriormente a la Viceprovincia. Su edad en el momento de su segunda incorporación era de 63 y 43 años.

(c) Se incorporaron tres más por segunda vez. Su edad en el momento de la segunda incorporación era de 52, 63 y 76 años.

(d) Se incorporó uno más por segunda vez. Su edad en el momento de la segunda incorporación era de 72 años.

CUADRO 2: Número total de miembros sacerdotes incorporados a la Viceprovincia de Caracas desde 1925, por períodos, media de edad, con corte en situación de 2008(a)

Períodos	N° de incorporados	Media de edad al incorporarse	Quedaban en 2008		
			N° de incor. actuales por period.	% por período N° de actuales incorporados	Media de edad de este % al incorporarse
1925-35	29	35,6	0	0	0
1936-48	5(b)	38,0	0	0	0
1949-61	30(c)	37,0	3	9,7	29,3
1962-71	24(d)	39,6	6	19,4	39,2
1972-82	9	46,7	3	9,7	38,3
1983-91	7	27,6(e)	2	6,4	23,5
1992-08	21	34,5	17	54,8	34,2
Totales	125	37,0	31	100,0	34,4

(a) La distinción de períodos no obedece a criterios estadísticos sino históricos, expuestos en el texto de este estudio.

(b) Se incorporaron dos más que ya habían pertenecido anteriormente a la Viceprovincia. Su edad en el momento de su segunda incorporación era de 63 y 43 años.

(c) Se incorporaron tres más por segunda vez. Su edad en el momento de la segunda incorporación era de 52, 63 y 76 años.

(d) Se incorporó uno más por segunda vez. Su edad en el momento de la segunda incorporación era de 72 años.

(e) A partir de este período, el cálculo de la media de edad de los nuevos incorporados a la Viceprovincia, si son venezolanos, no se hace sobre la fecha de su entrada al país ni sobre la fecha de su ordenación sacerdotal sino sobre la fecha de la primera profesión que es cuando

comenzaron a formar parte de la Viceprovincia. Pero adviértase que en estos cuadros estadísticos solamente tenemos en cuenta a los que llegaron a ordenarse de sacerdotes.

CUADRO III: Evolución del número total de miembros sacerdotes y su media de edad (1930-2008)

<u>Años</u>	<u>Número</u>	<u>Media de edad</u>
1930	21	40,7
1940	16	44, 1
1950	20	44,6
1960	27	47,7
1970	45	51,9
1980	41	59,2
1982	44	60,5
1990	39	61,0
2000	39	61,0
2008	31	57,0

CUADRO IV: Evolución de la estructura de edades de los miembros sacerdotes (1930-2008)

<u>Años</u>	<u>Edad mínima del 75% mayor</u>	<u>Edad mínima del 50% mayor</u>	<u>Edad mínima del 25% mayor</u>
1930	29,2	39	47,7
1940	37	41	50
1950	33	45,5	50,5
1960	38,7	44	59
1970	43	49	62,7
1980	52,5	59	64
1990	53,2	65,9	70,2
2000	44	64,8	76,6
2008	38	59,3	71,9

ANEXO ESTADISTICO II:

Centros misionados por períodos, duración, residencia misionera y Entidades Federales de Venezuela

A continuación ofrecemos la estadística de los centros misionados en Venezuela por los Redentoristas pertenecientes a la Viceprovincia de Caracas, desde su fundación hasta 1982.

Los datos han sido extraídos de los siguientes documentos y fuentes:

- 1) Desde 1925 hasta 1945, más los años 1948 y 1949, los datos se han recogido de las Crónicas de cada residencia misionera, exclusivamente.
- 2) Desde 1946, excepto 1948 y 1949, hasta el año 1963 inclusive, la cifra total de centros misionados (incluyendo las llamadas “misioncillas”) se toman del Boletín de la Provincia Española, años respectivos. Pero la distribución por Estados o Entidades Federales se toman exclusivamente de las Crónicas de las casas.
- 3) Desde 1964 hasta 1970 inclusive, cuando las Misiones son dadas por todas las casas en equipo, los datos se toman de las Crónicas de las residencias misioneras, cotejándolas entre sí para evitar dobles contabilizaciones .
- 4) Desde 1971 los datos se toman de la relación anual del Equipo Misionero, cotejándola en algunos casos con las Crónicas de las Casas, sobre todo para hacer la distribución por Entidades Federales y duración.
- 5) A partir de la fundación del Equipo Misionero (1964) todas las Misiones se consideran dadas por el Equipo, aún cuando, en algún caso, estas Misiones fueran dadas por alguna residencia misionera fuera del Equipo.
- 6) Antes de 1946 no se han tenido en cuenta los datos anuales del Boletín de la Provincia Española porque informa sin distinguir la residencia misionera, incluyendo, por lo tanto, en la información, los centros misionados por las residencias colombianas en territorio colombiano. Desde 1964 tampoco se ha tenido en cuenta el Boletín porque informa por casas o residencias conteniendo contabilizaciones dobles puesto que las misiones son dadas en Equipo por todas o casi todas las residencias.

- 7) Cuando se ha utilizado el Boletín para las cifras totales, se han utilizado también las Crónicas de las casas para la distribución por Entidades Federales. Las Crónicas siempre se quedan cortas con respecto a las cifras del Boletín.
- 8) Hay que agradecer la paciente labor de los que colaboraron por cada casa leyendo las Crónicas y sacando ficha de cada Misión dada, especialmente al P. Susaeta, a quien le tocó esta ingrata tarea en dos residencias.

CUADRO I: Número de centros misionados por períodos y residencia misionera hasta 1982

Residencia	P e r í o d o s				TOTAL
Misionera	1925-35	1936-48	1949-61	1962-71	
<u>1972-81</u>			(a)	(a)	
Equipo Misionero			1274	1526	2800
S.José Barq.	93	37	256	97	483
Caracas	59	31	117	24	231
Maracaibo			81	45	126
Mérida	144	135	391	75	745
San Cristóbal	84	69	537	125	815
<u>Valencia</u>			284	101	385
TOTALES	380	272	1666	1741	5585

(a) Desde 1964 todas las Misiones se consideran como dadas por el Equipo Misionero

CUADRO II: Número de centros misionados por períodos y duración (a)

<u>PERÍODOS</u>	<u>DURACIÓN</u>		
	9 días o más	6-8 días	Duración desconocida o menos de 6 días
1925-35	159	87	134
1936-48	61	78	133
1949-61	239	1051	376
1962-71	212	1317	212
1972-81	53	1252	221
TOTALES	724	3785	1076

(a) Como en el caso de la Estadística de personal los períodos obedecen a criterios históricos, expuestos en el texto, y no a criterios estadísticos.

CUADRO III: Número medio de centros misionados por año y por períodos: Relación entre centros de una semana de duración y de más de una semana.

<u>PERÍODOS</u>	Número medio por año de <u>centros misionados</u>	Número de centros misionados <u>de 6-8 días por cada uno</u> de 9 días o más
1925-35	34,3	0,5
1936-48	20,9	1,3
1949-61	128,1	4,4
1962-71	174,1	6,2
1971-81	152,6	23,6

CUADRO IV: Número de centros misionados por Entidades Federales y períodos:

<u>Entidades</u> <u>Federales</u>	PERÍODOS					<u>Totales</u>
	<u>1225-35</u>	<u>1936-48</u>	<u>1949-61</u>	<u>1962-71</u>	<u>1972-81</u>	
D. Federal	1	-	3	-	-	4
Anzoátegui	-	-	3	6	-	9
Apure	-	-	-	2	-	2
Aragua	6	-	-	12	20	38
Barinas	19	21	33	66	-	139
Bolívar	-	-	4	-	-	4
Carabobo	1	-	80	63	48	192
Cojedes	-	-	23	4	-	27
Falcón	5	-	-	10	9	24
Guárico	-	-	-	-	18	18
Lara	44	14	64	142	191	455
Mérida	79	58	248	167	262	814
Miranda	1	-	-	-	-	1
Monagas	-	-	-	-	-	-
N. Esparta	-	-	-	69	-	69
Portuguesa	16	-	33	-	54	103
Sucre	-	-	3	-	12	15
Táchira	85	47	478	620	538	1768
Trujillo	46	44	52	152	80	374
Yaracuy	9	8	16	103	8	144
Zulia	9	-	49	138	32	228
No consta	59	80	577	187	254	1157
TOTALES	380	272	1666	1741	1526	5885

